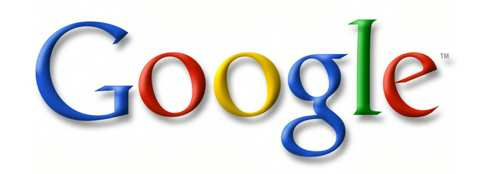


LA

CARIDAD CRISTIANA

PARIS. — TIP. de GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

LA CARIDAD CRISTIANA

SEGUNDA PARTE

DE

EL CURA DE ALDEA

NOVELA ORIGINAL

DE

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

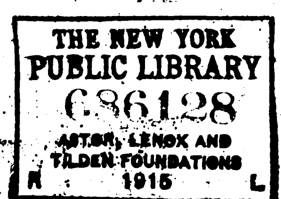
TOMO PRIMERO

PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1890



Á MIS LECTORES

Cuandò di comienzo á la publicacion de la novela EL CURA DE ALDEA, estaba muy léjos de imaginar la brillante acogida que habia de dispensarle el público.

Mi humilde libro se ha introducido en el hogar doméstico, lo mismo en las capitales que en las aldeas; y lo digo sin modestia: sus páginas se han humedecido mas de una vez con las lágrimas de los lectores

Terminada su publicacion, multitud de suscritores, felicitándome por mi obra, me escribieron cartas que yo conservaré toda mi vida como un tesoro inestimable, porque son la única fortuna que me ha legado en herencia mi libro.

En todas se me suplicaba que escribiera una Segunda Parte de EL CURA DE ALDEA, y yo, deseoso de accedur á las exigencias de mis lectores, he meditado detenidamente el plan de una obra que pudiera por lo ménos ser digna hermana de su antecesora.

Mi nuevo libro, como el primero, está basado en el EVANGELIO, ese poema que comprenden hasta los niños, que aman los desgraciados, y que admiran los sabios; en esa obra imperecedera que brotó de los labios de Dios; en esa ley que haciendo á los hombres hermanos, les enseñó la palabra *humanidad*, desconocida hasta entónces, y recogiendo los restos de la civilizacion y del arte dijo á la criatura : « Marcha hácia la luz y hazte digna de tu Creador. »

Tal vez los rebuscadores del realismo literario no hallen el protagonista de este libro en la vida real; pero no importa : mi deber es presentar por su parte mas bella los tipos que elijo para el desarrollo de mi obra; presentarlos tal como deben ser, tal como conviene que sean para el engrandecimiento y perfeccion de la clase á que pertenezcan.

Así comprendo que debe escribirse todo libro cuya base principal es la moralidad

Ahora, pasemos á la novela.

LA CARIDAD CRISTIANA

LIBRO PRIMERO

UN RAYO DE LUZ

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE EL AUTOR COMIENZA LA NOVELA

— Le digo á su merced que es imposible llegar á Ledesma sin derrumbarnos en alguno de los profundos barrancos que nos rodean. La nieve es espesa y cae de cielo como una bendicion; pronto se cubrirán los senderos y los precipicios; y entónces dar un paso será una imprudencia.

— Si no conoces el camino, ¿por qué tomas la prefesion de guia? ¿Por qué engañas á los viajeros?

— He nacido en estos móntes, y conozco los atajos y las veredas mejor que los pastores del radio; pero una noche como esta desorienta á los mas prác-

ticos. Con buen sol y el camino despejado, me atrevo á andar por estos despeñaderos mas ligero que una cabra silvestre.

— Con buen sol y cantando los pájaros, para nada te necesito, imbécil. Yo quiero que me pruebes tu práctica de noche y nevando.

— Eso es imposible.

— ¿Cómo imposible?

— Sí, señor; y no daré un paso mas : ya lo he dicho.

— ¡ Miserable ! ¡ Adelante, ó te rompo el cráneo de un pistoletazo !

El viajero profirió esta amenaza como el hombre acostumbrado á mandar.

— ¿ Y qué haria su merced solo en estos barrancos? — repuso con acento irónico el guia.

La reflexion le pareció lógica al irritado viajero, y guardó silencio.

— Ademas, — continuó el guia, — tengo hijos y mujer que viven de mi trabajo, y no quiero que me suceda lo que á Anton el Chato y á Romualdo Pajareta, amigos mios, de mi mismo pueblo y de igual oficio.

— ¿ Y qué les sucedió á esos señores? — preguntó algo distraido el viajero.

— Uno de ellos, conduciendo á los baños de Ledesma á una familia que, como su merced, iba á buscar la salud y queria llegar en una noche como esta, se quedó ciego; porque para ser guia se ne-

cesita ir con los ojos muy abiertos, y la nieve le quemó las pupilas; y al otro, regresando del mismo punto, estando los móntes, como están en este momento, cubiertos de nieve, se le comieron los lobos.

— ¿Los lobos? — preguntó con algun recelo el viajero. — Yo pensaba que por esta tierra no los habia.

— ¡Anda! ¡anda! Pues casualmente son unos animalitos que tienen querencia á estos móntes, — respondió el guia; — y como en una noche caminan cincuenta leguas, suele acontecer que hoy no se les ve el pelo y mañana se los ponen á uno de punta con sus aullidos y su repiqueteo de mandíbulas.

Este diálogo tenia lugar en mitad de un barranco que la nieve iba alfombrando con sus blancas partículas, á las primeras horas de una noche de Diciembre del año 1861.

Los dos interlocutores eran, como habrá comprendido el lector, un caballero enfermo que en busca de la salud se encaminaba á Ledesma, y uno de esos guias que por un módico jornal caminan al trote delante del caballo del señor que les paga, con su vara de fresno cruzada sobre el cuello y las manos colocadas sobre ella para aligerar el peso del cuerpo.

El viajero montaba un cuartago alquilon, de miserable estampa y raida piel, tan escaso de carnes como de voluntad para el trabajo.

Su traje no podia distinguirse, ni ménos su fiso-

nomía, pues llevaba completamente oculto el semblante con el embozo de la capa, y un pasamontáñas de piel de nutria que no le dejaba en descubierto mas que un ojo para orientarse.

El frio era extremado y su salud debia hallarse algo quebrantada, á juzgar por la tos asmática y seca que le hacía agitarse contra su voluntad sobre el cortante lomo de su rocin.

Sin duda las razones poderosas empleadas por el guia calmaron el carácter colérico del viajero, porque, despues de una ligera pausa, exclamó con una entonacion ménos imperiosa :

— Pero ¿ qué diablos vamos á hacer en mitad de este barranco? Yo no estoy bueno, y una noche á la intemperie puede agravar mi mal.

— Tampoco yo soy muy aficionado al relente ni á dormir en despoblado, — respondió el guia ; — por lo que opino que nos dirijamos hácia la derecha en busca de un camino vecinal que conduce á un pueblecillo que debe distar média legua de estos sitios.

— ¿ Y no habrá peligros en esa travesía?

— Cuando cae nieve hay peligro en todas partes ; pero ménos lo debe haber en una distancia corta que en una larga.

— Y en ese condenado pueblo, — volvió á preguntar el del cuartago, — ¿ habrá una posada ó un meson donde hospedarse?

— ¿ Posada ? ¡ Ca ! No, señor. Como no es pueblo

de la carretera, sus vecinos no han pensado nunca en los viajeros.

— Pues entónces, ¿qué diablos de villorrio es ese?

— El Carrascal del Obispo.

— Ese pueblo no está en las cartas geográficas.

— No, señor; si está á la falda de un monte.

— ¡Eh! ¡No digo eso! Digo que no conozco ese pueblo.

— ¿Qué mas da? Le conozco yo.

— Eres un imbécil y te has propuesto desesperarme. Pero, en fin, condúceme adónde quieras. Buen cuidado tendré yo de no tomarte mas á mi servicio.

El guia se encogió de hombros, diciendo para su capote:

— ¡Valiente cuidado me da á mí esa amenaza! De cien enfermos que pasan al año por estos cerros en busca de la salud, suele tornar uno por casualidad; porque el que cura no vuelve, y el que se muere se va tan léjos, que olvida el camino.

Y echó á andar delante de la cabeza del cuartago, no al trote y con los brazos colgados de la vara, sino al paso y tanteando con el extremo del palo los sitios donde iba á poner los piés.

— Díme, — preguntó el viajero, despues de algunos minutos de marcha: — y si no hay meson ni cosa que se le parezca en el lugar, ¿dónde pien sas hospedarme?

— Ya le conduciré yo á su merced á una casa

donde no ha de faltarle fuego, buena cena y mejor cama para descansar.

— Bien lo necesito; porque ya no siento las piernas, á causa del frio.

— Si quiere su merced que entren en calor, baje y fróteselas con nieve.

— No es necesario. Ese remedio tal vez fuera peor que la enfermedad.

— Pues es el que yo empleo cuando empiezo á sentirme helado.

— Te agradezco la medicina. pero no la acepto.

— Como su merced quiera; yo se lo aconsejo por su bien, y nada mas.

Continuaron el camino y cesó la conversacion.

Si al novelista le es permitido escudriñar los pensamientos de los personajes que pone en juego para el buen efecto de la fábula, diremos algo de lo que pensaba el nocturno viajero.

— Este lugareño que he tomado por guia, puede ser un buen hombre, — se decia miéntras caminaba en busca del pueblo; — pero tampoco es inverosimil que sea un pícaro, y me conduzca engañado á alguna madriguera donde me desplumen sin conciencia, como á un ave de paso. Él ignora si soy rico ó pobre, es verdad; pero tambien es cierto que un enfermo que camina en busca de la salud, debe llevar algun dinero en la maleta, requisito indispensable en estos casos. Vayamos, pues, alerta, que hombre prevenido vale por dos.

El viajero reconoció con disimulo los bolsillos de su gaban, y volvió á decirse :

— La cartera la tengo aquí y el revólver en la funda del cinturon. ¡ Bah ! Yo no soy de esos hombres que se dejan intimidar. Para contrarestar al peligro que pueda sobrevenirme, tengo mi corazon, mi cuchillo de monte y mi revólver de seis tiros. Vamos andando.

Aquí llegaban las reflexiones del viajero, cuando el guia se detuvo.

El caballo hizo lo mismo.

— ¿ Qué occurre? — preguntó el del penco, extendiendo su cuerpo como para ver mejor por encima del apergaminado cuello de su cabalgadura.

— Nada, senor, sino que ya veo las luces del pueblecillo que le he dicho á su merced.

— ¡ Ah! — exclamó el viajero dirigiendo su mano derecha al sitio donde guardaba el revólver.

— Solo dista medio cuarto de hora, — volvió á decir el guia. — Pronto llegamos.

— Pues aviva el paso, si el camino te lo permite ; tengo impaciencia por combatir este frio que me enerva.

— Espere su merced un momento, pero sin menearse de este sitio, porque en derredor nuestro se hallan las hondonadas del arroyo, que son muy traicioneras. Voy á ver si el puente está hácia la derecha.

El guia, sin esperar respuesta, desapareció, con

no poco asombro del viajero, á quien aquella inesperada fuga disgustó sobremanera.

Transcurrieron algunos minutos, y el hombre del cuartago en vano dirigia miradas en derredor suyo, demostrando ese recelo peculiar del que teme una emboscada.

— De seguro, — dijo hablando consigo mismo, — ese tunante sabe quién soy, y va á buscar á otros para escamotearme en estos barrancos el gran caudal que llevo en los bolsillos. Pero caro les ha de costar su propósito. ¡ Pobres de ellos si la oveja recuerda que ha sido leon!

El viajero suspendió sus reflexiones, y dirigió con anhelante interes la vista hácia un punto por donde se oia una voz que cantaba la siguiente copla :

Yo no tengo tabaco;
yo no tengo papel;
yo no tengo camisa;
yo no tengo mujer.
Si tuviera dinero,
que es lo que hay que tener,
yo tendria tabaco,
yo tendria mujer.

Cesó el cantar, y el viajero vió salir de entre unas matas al montañes, el cual dijo con naturalidad :

— Ahora ya podemos correr sin riesgo todo cuanto su merced quiera; he reconocido el camino y no tiene máculas.

El del cuartago, cuyos temores se habian aumen-

tado con el cantar del guia, estuvo á punto de dispararle un tiro á boca de jarro, pero se detuvo al verle caminar sereno delante de la cabeza de su caballo.

Guia y caballero emprendieron la marcha, y al poco rato llegaron al pueblo.

El viajero vió con asombro que habian cruzado todo el pueblo y no se detenian.

— ¿ Adónde diablos me llevas? — preguntó con receloso tono. — ¿ Hemos atravesado el pueblo y no nos detenemos en él?

— No, señor; vamos allí.

Y el guia indicó una casa que como á doscientos pasos del pueblo se destacaba en la oscuridad.

Esta casa, apartada de las demas, no inspiró mucha confianza al viajero; así es que, guardando silencio, se dejó conducir pensando en su situacion.

— Ya hemos llegado, — dijo el guia deteniéndose delante de una puerta.

El del caballo echó pié á tierra, empuñó con la mano derecha la culata del revólver y con la izquierda buscó el llamador de la puerta, y dió un golpe.

— ¡Que éntre el que sea! — dijo desde dentro una voz varonil con una tranquilidad que se la hizo perder al que llamaba.

— Para entrar por una puerta, — respondió el viajero con entonacion bastante dura, — es preciso que ántes esté arbierta.

— Mi puerta no se cierra nunca; empujad, empujad, que está abierta, — volvió á decir la voz.

El viajero obedeció.

Avanzó dos pasos y se halló en una ancha y limpia cocina, alumbrada por la confortable llama del hogar de una chimenea de campana.

Sentadas al rededor del fuego, en esa actitud pacífica del que nada teme porque nada debe, se hallaban tres personas.

Una de ellas era una mujer.

Tendria cincuenta años; su color era sano y su semblante ingenuo, y estaba vestida con el modesto traje de las montañesas de Leon.

La otra era un muchacho de unos diez y seis años de edad.

La tercera era un sacerdote.

Su noble y bondadosa fisonomia, su dulce mirada y sus blancos cabellos respiraban tranquilidad de erpíritu y virtud acrisolada.

La anciana hilaba, el sacerdote leia en su breviario, y el mozo hacía cuerda de esparto.

El cura dirigió sus ojos hácia la puerta, y dejando su libro sobre el poyo donde estaba sentado, se puso en pié y dijo con dulzara :

— Entrad, hermano mio.

El viajero dejó caer el revólver en la funda, y llevándose la mano á la cabeza para descubrirse, murmuró con voz entrecortada :

— Buenas noches, señor cura.

El sacerdote fijó una mirada llena de bondadosa ternura en el viajero, el cual le contemplaba á su vez con cierto respeto.

— ¿En qué puedo seros útil, hermano mio? — preguntó el dueño de la casa.

La voz de aquel anciano, cuya frente resplandecia como la de los antiguos patriarcas, conmovió el corazon del viajero, porque, creyendo encontrarse con un enemigo, se encontraba con un pastor de Jesucristo.

— Padre, — le dijo, inclinándose con veneracion, — vengo á pedir á usted que me conceda hospitalidad por esta noche.

— Los que llaman á mi puerta, los que confían en la infinita bondad del Todopoderoso, son los únicos dueños de esta casa. Cuénteme usted desde ahora como un criado suyo.

CAPÍTULO II

LA FÉ Y LA DUDA

El sacerdote, como para inspirar una verdadera confianza, avanzó unos pasos, y rodeando dulcemente con sus brazos el cuello del huésped que la casualidad le enviaba, añadió :

— Yo te doy el abrazo de bienvenida. Desde este mismo instante tú eres el primogénito de mi casa, hermano mio.

El viajero apénas podia explicarse lo que pasaba. ¿Era aquel anciano un sacerdote moderno, ó un apóstol del tiempo de la nueva ley?

El dueño de la casa volvió á decir :

— Antonio, añade algunos troncos á la lumbre, que estos señores traerán frio. Y usted, señora Francisca, acerque dos sillas al hogar.

Estas órdenes fueron ejecutadas al momento.

— Dispense usted, caballero, — dijo el viajero, algo repuesto de su asombro, — si venimos á molestarle á estas horas. La nieve nos ha sorprendido

en mitad de los barrancos que conducen á Ledesma, la luna se ha ocultado y nos ha sido de todo punto imposible continuar nuestro camino sin grave riesgo de nuestras vidas.

— Y yo, que sé lo que es esta casa, — dijo á su vez el guia, — he aconsejado á este caballero que viniésemos aquí á pedir hospitalidad á su merced.

— Has hecho muy bien, porque esta casa no es solamente mia : pertenece tambien á todos aquellos que la necesitan; mi puerta no se cierra nunca. Pero sentémonos; el hogar nos espera, y á fe que esta noche es bastante grata su compañia.

— Dispénseme su merced; pero quisiera ántes llevar mi jaca á la cuadra, — dijo el guia. — El pobre animal está á la puerta...

— Déjalo, que tú estarás cansado; eso es incumbencia de Antonio.

El muchacho no esperó mas, y salió á obedecer las órdenes de su amo.

Miéntras tanto, el viajero se habia quitado la capa y alzaba las caídas del pasamontáñas, que sujetó con unos corchetes en la parte superior de la gorra.

Entónces, y á la luz brilladora del hogar, se pudo ver que era un hombre de unos cincuenta años.

El color de su cara, extremadamente moreno, sus ojos grandes, su cabello crespo, sus labios abultados y su nariz aplastada, decian bien claramente que aquel hombre era uno de esos hijos de las Antíllas,

de raza mista, á quienes tan poco falta para merecer el nombre de mulatos.

Vestia un gaban corto de castor de un color claro, chaleco de terciopelo, y un pantalon de paño oscuro.

Un grueso diamante brillaba en el dedo índice de su mano derecha, y desde el cuello al bolsillo izquierdo de su chaleco colgaba una lujosa cadena de oro.

El sacerdote abarcó con una mirada á aquel hombre miéntras se quitaba los guantes de piel de gamuza y se sentaba junto á la chimenea.

— Puesto que la Providencia ha conducido á usted á mi casa, — le dijo el clérigo, dirigiéndose al hombre de la sortija, — confío en que nos honrará aceptando un cubierto en nuestra humilde mesa y un pobre lecho donde descansar de las fatigas del viaje.

— Acepto lo segundo con el mayor placer, caballero, — respondió el hombre del gaban; — pero en cuanto á la cena, me veo en la dolorosa necesidad de rehusar; estoy enfermo.

Y dicho esto, un golpe de tos seca vino á confirmar sus palabras.

— ¡Ah! En ese caso, tomará usted una taza de leche caliente y unos bizcochos. Eso no puede causarle daño de ningun género.

— Acepto, señor cura; y crea usted que no sé cómo demostrarle mi agradecimiento por la cariñosa hospitalidad que le merezco.

El sacerdote hizo una inclinacion de cabeza y dió algunas órdenes en voz baja á la anciana, la cual desapereció por una escalerilla que sin duda conducia á la parte alta de la casa.

Digamos algo acerca del cura párroco del Carrascal del Obispo.

Hacía quince años que don Roque de Lara, pues este era el nombre del sacerdote, era el director espiritual de los sencillos y modestos habitantes de aquel pueblecito.

Era un hombre de historia, como suele decirse vulgarmente; pero su historia era de esas que enaltecen y honran.

Huérfano, abandonado á la puerta de la casa de su antecesor en los aciagos tiempos de la guerra de la Independencia, creció respirando la atmósfera evangélica que rodeaba la humilde casita del virtuosísimo párroco que le sirvió de padre.

Á la caridad de un sacerdote debió el sustento de su cuerpo.

Á la bondad nunca desmentida del anciano que le recogió recien nacido, debió la educacion, esa primera piedra del edificio humano, sin cuya base el hombre no llega nunca à dominar sus instintos desordenados, ni á perfeccionar las buenas condiciones que se anidan en el corazon de toda criatura.

Su vida, durante los primeros quince años, no tuvo nada de notable.

Roque el expósito era un buen chico, cristiano

de corazon, con una fe á pueba del martirio; servia al señor cura en la casa como criado y en la iglesia como sacristan, y le amaban en el pueblo por su humildad y su carácter bondadoso y servicial.

Pero ya hemos dicho que tenia su historia honrosa; historia que narraremos mas adelante.

Andando el tiempo, el caritativo anciano que recogió à Roque, y á quien llamaban el padre Juan, pagó su tributo á la muerte.

Su ahijado recibió su último suspiro y cerró sus ojos, siendo sacerdote como su bienhechor y reemplazándole en los oficios divinos.

El pueblo lloró la muerte del caritativo anciano que por espacio de cincuenta años habia sido su director espiritual, su consejero, su Providencia.

El padre Juan, durante su larga vida, fué siempre el amigo de todos, uno de esos tipos angelicales que aman á Dios sobre todas las cosas, que tratan á los hombres como hermanos suyos, que cruzan el sendero áspero de la vida con el corazon en la mano, y nunca tienen pereza si se trata de distribuir el bien y el consuelo en la casa ajena.

Roque de Lara tenia todas las cualidades morales de su maestro y protector.

Pero á la bondad cristiana añadia aquel ministro del altar la experiencia de un hombre avezado á la desgracia, curtido en la guerra y acostumbrado á dominar los gritos de su corazon.

Roque en otro tiempo habia amado con toda la

fuerza de un alma generosa y sensible á una mujer, y esta mujer no habia descubierto nunca el secreto de su pasion, porque para ella Roque no era otra cosa que un amigo leal, un hermano cariñoso.

Roque buscó en Dios y en los libros el olvido de esa pasion secreta que le atormentaba.

La lucha fué terrible y dolorosa, pero supo salir vencedor al fin.

María, pues este era el nombre de la jóven, llegó á ser, andando el tiempo, una hermana cariñosa de Roque de Lara.

Pero volvamos á buscar á nuestros personajes, y dejemos la histoJia del sacerdote, pues debe ocupar otro sitio en nuestro libro.

Francisca, la mujer que hemos visto hilando junto al fuego, con una ligereza que desmentia sus canas, puso una mesa junto al hogar, extendió sobre ella un blanco mantel, y arreglando todo lo necesario para la cena, volvióse hácia el cura, diciendo :

— Cuando el señor guste.

— Mis huéspedes son los que disponen y mandan en mi casa, — respondió con dulzura et sacerdote, dirigiéndose al viajero.

— Estoy á las órdenes de usted, — repuso el hombre de la cadena de oro.

— Pucs á la mesa, amigos mios, á la mesa, — volvió á decir el cura, acercando una silla.

El viajero imitó al sacerdote.

Francisca y el muchacho que ya conocen nuestros lectores con el nombre de Antonio, hicieron lo mismo, con no poca extrañeza del huésped, á quien admiraba ver que los criados se sentaran á la mesa al lado del amo de la casa.

— ¿ Qué haces tú ahí tan léjos? — preguntó el sacerdote al guia, que se calentaba sentado en el banco del hogar.

— Yo estoy bien aquí, — respondió el interpelado. — Un poco de pan, una tajada, si sobra, y un trago de vino, me pondrán como un reloj.

— ¡ Vaya! ¡vaya! ¡ No parece sino que desconoces las costumbres de mi casa! En mi mesa caben todos los que llegan á pedir hospitalidad : pobres y ricos, el rey y el villano; porque al cruzar esa puerta, yo no veo en los hombres mas que hermanos. Acércate y come como Dios manda.

El guia no se hizo repetir la órden; tomó una silla y fué á sentarse al lado de Antonio.

Roque de Lara se puso en pié, y extendiendo las manos sobre la vianda, bendijo la cena y murmuró el rezo de gracia á média voz.

Todos imitaron al sacerdote.

El viajero rezó tambien; pero en su mirada y en su intranquilidad se notaba algo extraño.

Aquel hombre sin duda rezaba por la primera vez de su vida, y lo hacía avergonzándose de sí mismo, tal vez por no saber ninguna oracion.

Pero ¿qué importa la frase, cuando el deseo y la

fé arrancan del fondo de un alma endurecida la palabra que pide gracia?

Dios, que posee todos los idiomas, porque es el Padre de todo lo creado, traduce la súplica cuando esta llega á implorarle por el arrepentido, y su perdon desciende sobre la cabeza del culpable.

— Ahora cenemos, hermanos mios, — dijo el sacerdote, despues de haber hecho los platos.

Y dirigiéndose al huésped, añadió, sonriendo con bondadosa expresion :

— En cuanto á usted, caballero, le está prohibido comer de este guiso de patatas. Esa taza de leche y esos bizcochos son su racion por esta noche; manjar que fortalece el estómago de aquellos que desgraciadamente tienen la salud quebrantada.

— La mia se encuentra bastante mal parada, — dijo el viajero mojando un bizcocho. — Los médicos de la corte me aconsejan el aire puro de la montaña, y vengo en busca de la salud que me falta; sin embargo, debo confesar que desconfío de la ciencia.

— La ciencia es respetable, y Dios misericordioso. Crea usted, caballero, en la ciencia, y pídale á Dios que no le abandone.

— ¡Ah! Padezco tanto, que hay momentos en que dudo de todo.

— La fe es el consuelo de los justos, y la duda la desesperacion de los malos. Dudar de Dios es ser ciego, porque al hombre le basta mirar en derredor

suyo, en cualquier parte que se halle, para conocer sus obras, admirar sus bondades, bendecir su infinita sabiduría. El que aparta sus ojos del cielo suele hundirse con frecuencia en el fango de la tierra.

La voz del sacerdote tenia algo de grande y majestuosa al pronunciar estas palabras.

Sus miradas, que respiraban compasion y mansedumbre, hicieron estremecer al viajero, y bajó los ojos á su taza, como para ocultar su turbacion.

Los cabellos blancos del sacerdote, las profundas arrugas de su despejada y alta frente, el bondadoso semblante en el cual la mano del tiempo comenzaba á imprimir las primeras huellas de la ancianidad : todo le admiraba.

El alma mas perversa, el corazon mas infame, tiene momentos en la vida en que se impresiona por la cosa mas pequeña.

Esta impresion suele ser la chispa divina que regenera al hombre.

Instante sublime y misterioso que hace de Pablo un mártir, de Ignacio de Loyola un santo, de Júdas Macabeo un héroe.

El mulato apuró la taza de leche distraidamente y casi sin atreverse á mirar á aquel venerable sacerdote que con tanta dulzura le reprendia su blasfemia.

— ¿ Ha dispueto usted la cama para este caballero ? — dijo el cura á Francisca.

— Todo está á punto, — respondió la interpelada.

Roque de Lara, que habia estudiado en la fisonomía del mulato algo de lo que pasaba en su alma, se puso en pié, diciendo :

— Soy con usted al momento, caballero.

Y cogiendo una luz, subió una escalera que conducia á una habitacion, sacó de un armario un libro y escribió ligeramente en el forro blanco de sus tapas algunas frases.

Luego déjó el libro sobre un reclinatorio que se veia en la habitacion.

Un momento despues entraba de nuevo en la cocina.

Indudablemente algun pensamiento cristiano habia cruzado por la imaginacion del sacerdote.

— Cuando usted guste, amigo mio, puede seguirme, — dijo al viajero. — Un modesto lecho le espera para descansar de las fatigas del viaje.

— Es usted muy bueno, señor cura, — repuso el enfermo, — y no olvidaré nunca su generosa hospitalidad. Me siento fatigado, me duele el pecho, y el descanso creo que ha de hacerme bien.

— Entónces, debe usted acostarse. Le acompañaré hasta su dormitorio.

Poco despues ambos entraban en la habitacion destinada al huésped.

El sacerdote dejó sobre una mesa la luz y vol-

viéndose al viajero, le dijo con pausada acento :

— En ese armario se hallan algunos libros, para que los huéspedes que me honran puedan reconciliarse con el sueño cuando es rebelde. Aquí está el reclinatorio con la imágen del Crucificado para los que tienen la costumbre de orar ántes de entregarse al descanso. Este cordon comunica con una campanilla que está sobre la cabecera de mi cama ; si usted me necesita á cualquiera hora de la noche, me tendrá á su lado sólo con agitar ese llamador. Ahora, buenas noches, hermano mio. Que el ángel Gabriel extienda sobre usted sus protectoras alas, dándole un sueño feliz.

El mulato, por un impulso que él mismo no podia explicarse, cogió una de las manos del sacerdote y la besó respetuosamente.

Era la primera vez en su vida que habia practicado una obra de humildad y veneracion semejante con un pastor de Jesucristo.

El sacerdote creyó adivinar algo en aquella mansedumbre, comprimida y como avergonzada, pero guardó silencio.

— Buenas noches, padre mio, — murmuró commovido el mulato.

Buenas noches, querido huésped, — le dijo el sacerdote ; — y no olvide usted nunca que la oracion fortalece el espíritu.

El sacerdote salió de la habitacion, dejando solo al mulato.

Este hombre giró en derredor suyo los ojos con espanto.

No sabía explicarse por qué las palabras del sacerdote habian resonado en lo mas profundo de su alma, y permaneció algunos segundos inmóvil y silencioso como una estatua

---

CAPITULO III

LA GOTA DE SANGRE

Transcurrieron algunos minutos.

De repente recordó que no habia dicho su nombre al generoso dueño de aquella casa hospitalaria, y dió unos pasos hácia la puerta, con intencion de bajar á disculparse; pero se detuvo, y haciendo un movimiento de hombros, se dijo en voz baja:

—¡Bah! Mañana será otro dia. Pero es muy extraño lo que siento; la quietud de esta casa y la mirada cariñosa de ese sacerdote, han causado en mi alma una impresion desconocida. Mis ojos giran con asombro recorriendo esta modesta sala. La imágen de Jesus en la actitud mas dolorosa de su amarga pasion; ese reclinario, ante el cual parece que debia doblar mis rodillas para pedir á Dios la salud que los hombres no pueden darme; la luz de esa lámpara que, suspendida del blanco techo, baña con sus opacos y religiosos rayos los objetos que me rodean; las cuatro camas colocadas en los

cuatro ángulos de la habitacion; las modestas pilas de agua bendita puestas por una mano cristiana sobre la cabecera; estas sillas de paja, esa pobre librería de pino que encierra algunos volúmenes; todo, en fin, me preocupa y admira. Porque esto, mas que un cuarto preparado para un viajero que pide hospitalidad y refugio en las noches crudas y oscuras de invierno, parece un hospital en miniatura, fundado para los pobres que, faltos de salud, llegan á la puerta de esta casa á pedir á su dueño con el sombrero en la mano una limosna por el amor de Dios.

El mulato hizo una pausa, y como si aquellas reflexiones le hubieran fatigado, se dejó caer en una silla, y comenzó á toser con violencia.

Despues de algunos minutos se serenó.

—¡Oh! — exclamó con voz entrecortada. —¡Esta tos parece que me arranca el corazon! ¡Es horrible mi sufrimiento! ¿De qué me sirve ser millonario, si soy un cadáver que camina encorvado hácia el sepulcro bajo el peso de una enfermedad y un remordimiento?

Otro golpe de tos le interrumpió.

Algunos esputos de sangre aparecieron en sus gruesos y descoloridos labios.

Llevóse el pañuelo á la frente para limpiarse el sudor, y luego á la boca.

—¡Sangre!... — murmuró. —¡Sí, siempre lo mismo! ¡Sangre, y de un rosa brillante y

hermoso! Los médicos saben que soy rico, y me dicen: « Eso no es nada; es del estómago, de la cabeza tal vez. » Pero yo digo: ¡ Esto es la muerte que se acerca!

El mulato se cubrió la cara con las manos, y pasó así un largo rato.

— Si al ménos ántes de morir pudiera reparar mi gran crímen, sería feliz. ¡ Quién sabe si hay un mas allá despues de esta vida! Yo lo dudo... pero no me explico por qué el recuerdo de la niña de los cabellos de oro está vivo y fresco en mi imaginacion despues de tantos años; por qué al cerrar los ojos la veo todas las noches arrodillada á mis piés, con sus pequeñas manecitas dirigidas hácia mí, exclamando: « ¡Pancho, llévame adónde está mi mamá! »

El huésped se estremeció como la copa del tierno arbolillo agitado por el cierzo de la tarde, y sin explicárselo él mismo, se puso en pié.

Diríase que temia que una mano misteriosa le cogiera por detras, segun la rapidez con que volvió en torno suyo los espantados ojos.

— ¡Soy un imbécil, un cobarde! — volvió á decir — Yo no sé por qué recuerdo esa antigua historia que sólo yo sé. Por ventura ¿me conoce álguien por el nombre de Pancho? Yo soy don Pedro de Medrano, rico criollo de Puerto Príncipe, á quien el comercio de Madrid envidia, y cuya firma se arrebatan en la plaza. Á la luz del sol

nunca se ha atrevido á faltarme nadie sin sentir los efectos de mi cólera. ¿ Por qué, pues, he de temblar cuando la noche cubre la tierra con sus tinieblas, cuando me encierro en mi dormitorio, cuando me quedo solo con mis recuerdos de ayer? Y ademas, mi culpa ¿es un crímen ó una casualidad? Lo ignoro. Yo debia salvarme y me salvé. La catástrofe era inevitable, y mi valor me libró de ella. Si hay Providencia, si Dios interviene en todas las acciones de la criatura, ¿ por qué, pues, me salvó á mí y puso la víctima al alcance de mi mano? Pero ¡ bah! ¡ bah ! Bien mirado, soy un niño de cuarenta años, un mentecato. ¡ Dios ! ¡ Dios ! ¿ Quién sabe si Proudhon es un loco ó un profeta?

Y el mulato, soltando una carcajada, se puso á dar paseos por la habitacion.

En uno de los paseos alzó los ojos del suelo y su mirada fué á fijarse en la imágen del Mártir del Calvario, cuyo santo rostro alumbraba un rayo triste y melancólico de la lámpara.

El fingido Medrano detuvo su paseo y se quedó contemplando por un segundo la santa faz.

Aquel Cristo clavado en el sagrado leño tenia una expresion triste y dolorosa.

En sus ojos, velados por el dolor, brillaba una lágrima; de sus hermosos labios pálidos y entreabiertos parecia hallarse suspendida una frase.

El mulato se estremeció porque creyó oir estas palabras :

— *¡ Padre mio, perdónalos! ¡ No saben lo que se hacen !*

La conciencia comenzaba á levantar su voz aterradora en el alma de aquel hombre.

Maquinalmente dió un paso para acercarse á la imágen de Dios.

La herida abierta en el divino costado del Redentor por el ciego Longinos, manaba sangre.

Una gota de aquel precioso bálsamo brillaba sobre el costado de Jesus, como si en aquel momento acabara de brotar de sus santas venas.

El mulato, aturdido y fascinado por la soledad que le rodeaba y la dolorosa imágen que tenia ante sí, comenzó á sentir que su razon se ofuscaba.

Creyó por un momento que aquella gota de sangre se deslizaba hácia los piés del Nazareno, y aplicó su pañuelo á la herida de Jesus.

Luego miró el lienzo, y vió que estaba manchado de sangre.

Era la que poco ántes habia esputado; pero él abrió los ojos inmensamente con asombro, porque el remordimiento le enloquecia.

Entónces sintió que las piernas le flaqueaban, y cayó, sin poderse contener, arrodillado á los piés del reclinatorio.

Su mano se apoyó en la pequeña tabla, sobre la que descansaba la cruz, y sintió un cuerpo extraño entre sus dedos.

Era un libro.

Este libro estaba forrado de papel blanco, y en su forro se leian en claros caractéres estas palabras :

« Yo creo de muy buena gana las historias cuyos » testigos se dejan degollar. (*Pascal.*)

» Si Jesus no es Dios, se le parece mucho. (*Vol-* » *taire.*)

» Pascal dudó de Dios : sus noches, siempre asal- » tadas de horribles visiones, le hicieron desgra- » ciado ; pero al final de sus dias, estas palabras : « Creo en ti, Dios mio » le devolvieron la felicidad.

» Voltaire fué un escéptico que era cristiano sin » saberlo. »

El mulato leyó las palabras de los dos filósofos y las notas del misterioso comentador.

Luego abrió el libro.

En su primera página se leia este título : *El santo Evangelio de Jesucristo segun San Mateo.*

Se hallaba de rodillas, y en aquella actitud, olvidándose de sí mismo, comenzó á leer.

Poco á poco su adusta y contraida fisonomía fué tomando un aspecto distinto.

Sus ojos recorrian con rapidez las divinas páginas, y sus dedos pasaban una y otra y otra hoja, sin que su vista se apartara del libro ni sus rodillas se levantaran del suelo.

Al llegar al capítulo IV, plegó las manos sobre el reclinatorio, y con los ojos medio cerrados comenzó á murmurar las incomparables parábolas del Divino Maestro, que dicen :

« No queráis atesorar para vosotros tesoros en la
» tierra, donde orin y polilla los consume, y en donde
» ladrones los desentierran y roban.

» Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo,
» en donde ni los consume orin ni polilla, y en donde
» ladrones no los desentierran ni roban.

» Porque en donde está tu tesoro, allí está tambien
» tu corazon.

» La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo
» fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso.

» Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será
» tenebroso; pues si la lumbre que hay en ti son
» tinieblas, ¿cuán grandes no son las mismas tinie-
» blas? »

El mulato cerró los ojos del todo, pero sus labios aun seguian agitándose como si murmurara débilmente una oracion.

Así, en quella actitud, permaneció mas de un cuarto de hora.

Luego se levantó, y dirigiéndose á la mesa sobre la que descansaba un velon, sentóse en una silla. Despues de lanzar una mirada expresiva al Cristo, sacó del bolsillo de pecho del gaban una cartera bastante abultada, que abrió y dejó sobre la mesa.

Aquella cartera contenia algunos papeles y un grueso fajo de billetes de Banco.

El mulato se puso á contar los billetes.

Luégo dijo hablando consigo mismo:

— ¡ Setenta y cinco mil duros! Las palabras del

Evangelista me han hecho recordar que llevaba una fortuna en el bolsillo de mi gaban. ¡ Una fortuna! ¡ Ah ! ¡ Pero esta fortuna no me pertenece ! Y ¡ quién sabe ! ¡ Tal vez la duena de este millon y medio que ahora está entre mis manos, que me da en el mundo una posicion envidiable y que me rodea de comodidades, habrá perecido de hambre y de miseria !

Y el mulato, con los brazos tendidos sobre la mesa y los ojos fijos en el papel-moneda, permaneció algunos instantes en una actitud dolorosa.

Despues se pasó la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar algun pensamiento sombrío, se puso en pié, guardó los billetes en la cartera y esta en el bolsillo del gaban, y añadió :

— Ella no era tan rica : tenia un millon ; yo tengo ahora tres. He triplicado su caudal; pero el primer millon, la base de mi fortuna, le he adquirido con un crímen... Despues he sido muy avaro... ¡ mucho ! Me he privado de todo, porque tengo miedo de que me roben; ahora mismo viajo solo por no infundir sospechas, y llevo conmigo todo lo que he podido reunir. Porque si muero... ¡ oh, si muero, quiero tener debajo de mi almohada la mayor parte de mi fortuna!

Y diciendo esto, recorrió con una mirada la habitacion, y cerrando la puerta comenzó á desnudarse y se metió en una de las camas, no sin acercar la mesa, el velon y el libro hácia la cabecera, y dejar

el revólver cerca de la mano, por lo que pudiera suceder.

Una vez en la cama, volvió á continuar la lectura de *Los Evangelios*.

Y transcurrió una hora, y dos y tres, y el enfermo mulato seguia leyendo y lanzando dolorosos y profundos suspiros.

Por fin el libro se escapó de sus dedos y se quedó dormido.

El mas profundo silencio reinó en la estancia.

Pocos momentos despues la luz empezó á chisporrotear y se apagó.

Un rayo de tibia claridad penetró por las rendijas de la ventana.

Era la aurora, que desde Oriente empezaba á sonreir á la tierra.

CAPÍTULO IV

UN CIEGO QUE COMIENZA Á VER

Ya muy entrado el dia, el receloso huésped abrió los ojos, y calculando por la claridad que entraba por las rendijas de la ventana que el sol habia andado un buen trecho de su carrera, comenzó á vestirse.

Luego abrió la ventana, tosiendo y maldiciendo por el mal estado de su salud.

El sol, que á fuer de entrometido y curioso sólo esperaba ver la puerta abierta para colarse por ella sin dar los buenos dias, se extendió al instante por aquella habitacion, bañando con sus alegres rayos todos los objetos.

El mulato, que, como hemos dicho, se levantaba maldiciendo, cerró su boca blasfema apénas la luz del sol vino á enseñarle los objetos que le rodeaban, porque la muda imágen del Crucificado le imponia silencio, y el modesto ajuar, las estampas de santos y la modestia que respiraba aquella sala, le causa-

ban, á pesar suyo, un respeto, una veneracion, de la que él no se daba cuenta.

Asomóse á la ventana, ansioso de respirar el aire puro del campo, y apoyando sus codos en la terrapisa y su barba en las manos, dejó vagar los ojos por el limpio y extenso horizonte.

La sierra de Béjar se destacaba en lontananza como una piel de armiño colocada sobre el arqueado lomo de un dromedario.

La dilatada vega que se extiende á sus piés, tan abundante en árboles frutales durante las estaciones veraniegas, tenia un carácter melancólico y poético.

Las secas ramas de sus robustos árboles, festoneadas de nieve, brillaban como el bruñido acero herido por los rayos del sol.

Era aquel un panorama encantador, de esos que nos obligan á detener la mirada y nos convidan á la contemplacion.

Porque ante los poéticos y hermosísimos caprichos de la naturaleza el alma se dilata en nuestro sér, la imaginacion se enriquece en imágenes, y la vida de los recuerdos se levanta con toda su irresistible grandeza delante de nosotros.

Porque cuando el pasado se acerca, el presente desaparece y se olvida el porvenir.

Medrano, pues miéntras tome parte en la accion de nuestro libro seguiremos dándole este nombre, embebecido en la contemplacion de la naturaleza, no se habia apercibido de lo que pasaba al pié de



su ventana; y Dios sabe el tiempo que hubiera permanecido abismado en la contemplacion de la campiña que se extendia ante sus ojos, si un diálogo no le hubiese distraido, escuchando estas palabras:

— Este pobre naranjo está enfermo, y por lo mismo es preciso, Antonio, que se le trate con mas cariño. Hoy mismo le cubrirás de paja, arrollándole luego al rededor del tronco una estera.

— Está muy bien, señor; se hará como su merced lo manda.

— Desde mañana comenzaremos la replantacion de los árboles frutales; que no se te olvide decir al hortelano de mi hermana María que los arranque hoy mismo del plantel.

— Así se hará.

— Ahora vé y dí á tu madre que disponga el desayuno de ese caballero, y sube luego á preguntarle si necesita alguna cosa.

— Voy volando.

Antonio dió un paso y se detuvo.

— Senor cura, — dijo, — ántes he subido y tenia la puerta cerrada.

— Vuelve á subir y llama con cuidado; si no te contesta, si duerme, déjale dormir; está bastante delicado, segun parece, y el sueño es muy conveniente para las enfermedades del pecho, porque la aprehension es una barrena que va minando la vida, y el que duerme descansa.

Antonio entró en la casa, y el cura se quedó solo en el huerto.

El mulato dejó escapar un suspiro, se llevó la mano al pecho y comenzó á toser.

El sacerdote levantó la cabeza.

Al ver á su huésped le envió una sonrisa cariñosa, diciéndole :

— Buenos dias, caballero. ¿Se ha descansado ?

— Ignoro la hora que es, señor cura ; pero á juzgar por lo bien que me hallo, debo haber dormido mucho.

— Son las nueve y média.

— Entónces, mi sueño ha durado mas de ocho horas.

Medrano mentia, pues al aparecer la aurora se le desprendió el libro de las manos, y entónces fué cuando se quedó dormido.

El sacerdote dejó en el suelo, junto á unas coles, un pequeño azadon que llevaba en la mano, y dijo :

— Soy con usted, amigo mio.

El mulato se retiró de la ventana, y fué á abrir la puerta.

Poco despues, Roque de Lara entraba en la habitacion de su huésped.

El sacerdote reconoció con una mirada investigadora la estancia.

Vió el libro de *Los Evangelios* á los piés de la cama en el suelo, y la mesita de pino colocada junto la cabecera del lecho.

Indudablemente su huésped habia leido el gran libro de la nueva ley.

— Pero ¿por qué se halla tirado en el suelo?

Hé aquí la pregunta que se hizo el sacerdote.

—¿ Lo habrá tirado, ó se le habrá caido de las manos al dormirse? — pensó.

Ambas cosas podian haber sucedido.

Él le habia colocado en la tabla por su misma mano, conociendo los gérmenes de duda que se arraigaban en el alma de aquel hombre que, por las pronunciadas facciones de su semblante y el color moreno de su tez, le habia llamado la atencion.

Ademas, el sacerdote habia visto relucir la bruñida culata del revólver bajo los faldones de su gaban.

¿ Quién era, pues, su huésped?

¿ Por qué tiraba por el suelo aquel libro santo que hasta los ateos miran con veneracion y respeto?

Todas estas reflexiones cruzaron como un relámpago por la imaginacion del sacerdote.

El mulato, ántes de que Roque le dirigiera la palabra, le salió ol encuentro diciéndole:

— Tiene esta habitacion una ventana desde donde se disfruta un punto de vista admirable. ¡ Oh! ¡ En Madrid no tendria precio!

— En Madrid, — respondió el cura, — el ruido de los hombres apaga las armonías de la naturaleza. Cuando un vecino se asoma al balcon, sólo ve la casa de enfrente y la mísera buhardilla que la corona.

En las grandes capitales se vive del negocio, y como el negocio va por la tierra y es cosa que preocupa tanto, se olvida uno en absoluto de todo.

—¡ Hasta del cielo! — respondió el mulato con cierta petulancia.

— Del cielo, caballero, sólo se olvidan los hombres sin creencias, y esa familia desgraciada vive sobre la tierra desconociendo los consuelos de la fe, y muere pidiendo perdon de su insensatez. Porque el cielo se extiende por todas partes, lo mismo en la aldea que en la ciudad, en el desierto que en los móntes. Y ¡ay del hombre sin ventura, que, teniéndole suspendido por voluntad suprema de Dios sobre su cabeza, vive sin ver ese firmamento azul por el cual pasea eternamente su carro de luz el padre del dia!

El sacerdote hizo una breve pausa, y viendo que el mulato nada le respondia, continuó, mudando de entonacion:

— Pero yo me pongo á echar un discurso, olvidando que usted se halla en ayunas y tendrá apetito; así pues, vamos á desayunarnos. Pero ¡calla se ha caido este libro. Lo dejaremos en su sitio.

Y el cura cogió *Los Evangelios* y fué á dejarlos sobre el reclinatorio.

— Dispénseme usted, — señor cura, — si no he colocado yo mismo ese libro en el sitio en donde lo hallé.

—¡ Ah! ¿Conque usted ha sido el que le ha de-

jado en el suelo? — volvió á decir Lara con acento amistoso.

— Cama nueva dicen que espanta el sueño. Yo, no pudiendo reconciliarme esta noche pasada con Morfeo, cogí ese libro y me puse á leer. Sin duda al dormirme se me escapó de las manos, pues no recuerdo nada mas.

— Eso no importa; esta habitacion es de mis huéspedes, y todo lo que contiene les pertenece.

El mulato hizo una ligera inclinacion de cabeza.

— Conque cuando usted guste, caballero: el chocolate nos espera.

— Vamas allá.

Y bajaron á la sala.

El cura llevaba en la mano el libro de *Los Evangelios*.

Al pasar por delante del hogar, el sacerdote dijo á la criada:

— Francisca, sírvanos el chocolate en mi cuarto.

Y volviéndose al huésped, continuó:

— Por aquí, caballero.

Y entraron los dos en la habitacion del cura.

CAPÍTULO V

LOS AMIGOS DEL CURA

La pieza de estudio y dormitorio del presbítero Roque de Lara era un espacio cuadrado de cuarenta piés, que ricibia las luces por una ancha ventana con reja que daba al campo.

El sér mas económico no hubiera encontrado nada de sobra en aquel reducido gabinete.

La blanca estera de esparto, média docena de sillas de paja, un sillóncito colocado delante de una mesita de pino que servia de escritorio, una libería, una cómoda barnizada y una cama de tablas, oculta por un modesto pabeïlon de percal, eran los muebles que allí se veian.

En la librería habia algunos volúmanes de obras religiosas, por las paredes várias estampas de santos, y encima de la mesa-escritorio el retrato de un militar de rostro venerable y largos bigotes canos.

Sobre su pecho brillaban várias condecoraciones,

y en sus hombros descansaban las insignias de coronel.

Aquel cuadro estaba pintado al óleo por una mano maestra.

El marco dorado era extremadamente lujoso, de modo que destacaba en medio de la modesta pobreza de la hăbitacion.

El sacerdote dejó sobre el escritorio el libro que llevaba en la mano, é indicándole una mesita que habia en mitad de la sala con el chocolate servido ya por Francisca, le dijo colocando dos sillas :

— Cuando usted guste.

— Segun veo, esta es la celda de usted, señor cura, — dijo el mulato, sacando una sopa del pocillo.

— Sí, esta es mi habitacion : mi casa, aunque pequeña, tiene varios departamentos; despues de tomar el chocolate, tendré el honor de enseñársela á usted, sin olvidar la ermita.

— Tendré mucho gusto en verla.

— Esta mañana he pensado un momento en despertar á usted para que oyera la misa matinal; pero luego me dije : « Está enfermo; dejémosle descansar. »

— ¿ Es hoy dia festivo?

— No, señor; pero mis feligreses se han acostumbrado á oir misa todos los dias ántes de ir al trabajo; es bueno que no pierdan esa costumbre que tan poco cuesta. Ademas, yo he procurado que mi

humilde iglesia tenga condiciones higiénicas y agradables, que sea fresca en verano y abrigada en invierno, y que el incienso embalsame el ambiente que se respira; porque donde se adora á Dios, debe respirarse el grato perfume que en todos los corazones deja su divina clemencia.

— ¡ Es verdad! — murmuró el mulato sin levantar los ojos de la jícara, como si temiera encontrarse con la mirada de aquel hombre, cuya bondad, cuya honradez le hacian avergonzarse de sí mismo.

— Yo seguí la carrera eclesiástica con verdadera vocacion, — continuó Roque con una naturalidad admirable. — Como la profesion me complace y puede decirse que está encerrada en mi sér, procuro rodear de atractivos todos los actos que nos prescribe el dogma; así es que muchas veces me complazco oyendo decir á alguno de mis fieles : « Yo estoy mas á gusto en la iglesia durante la misa, el rosario ó el sermon, que en la taberna bebiendo vino ó en la plaza tirando á la barra. »

— Eso es muy honroso para usted.

— ¡ Bah ! Tengo aficion al sacerdocio, soy cristiano y practico las palabras que el Crucificado nos legó en el libro que usted hojeó anoche.

— ¡ Oh! Aquel libro está lleno de máximas bellas y consoladoras.

— *Los Evangelios* son como la música de los grandes maestros : cuanto mas se leen, mas gustan. El hombre encuentra en sus divinas páginas todo

cuanto necesita para lograr la felicidad. Su lectura es el remedio universal de los séres afligidos; es, como si dijéramos, el pan del alma, el elixir del espíritu, la luz despues de las tinieblas.

— Confieso que no habia leido ese libro.

— Pues debe usted leerlo, caballero. Sus páginas son una fuente inagotable, un bálsamo divino que aplaca las tempestades del alma, las luchas del corazon.

El mulato, á quien las evangélicas palabras de don Roque comenzaban á aturdir, creyó conveniente cambiar de conversacion, y levantando los ojos y fijándose en el retrato del militar, preguntó:

— Supongo que ese retrato...

— Es el de mi padre, caballero, — respondió el cura.

— ¡Noble fisonomía!

— Era honrado y pundonoroso, como buen militar.

— Añada usted, y valiente, á juzgar por las cruces que honran su pecho.

— Cumplia siempre con su deber.

— ¿Y vive?

— Desgraciadamente, hace muchos años que h tenido el sentimiento de perderlo.

— ¿Murió en la guerra?

— ¿Murió de resultas de una herida recibida en los campos de Maella el año treinta y siete.

— Muy extraño es que usted no haya seguido la

carrera de su valiente padre, siendo, como suponen esas insignias, coronel.

— Yo tambien he sido soldado en tiempo de la guerra civil.

— ¡Soldado! — exclamó con asombro el mulato, que ante aquel hombre extraordinario comenzaba á confundirse.

— Veo que le admira á usted; en mis mocedades he sido soldado de la reina, y ahora lo soy de Jesucristo; y sin ofender á nuestra soberana, creo que el rey que ahora defiendo es mas grande, mas poderoso. Entónces hacía la guerra con el fusil al hombro, matando hermanos mios por deber; ahora por vocacion, con la cruz en la mano y los Evangelios en los labios, predico la ley de Jesucristo; es decir, la tolerancia, la mansedumbre, la caridad.

— Verdaderamente, es extraordinario todo lo que á usted rodea, — repuso el mulato sin poder contener un gesto de asombro.

— ¿Extraordinario? — contestó el sacerdote sonriendo. — Nada de eso. Soy un hombre vulgar; mi vida es casi un reloj; tengo e tiempo medido y distribuido; nunca estoy ocioso, ni jamas me he sentido malo. El que me necesita me busca, con la seguridad de encontrarme; ni aborrezco á nadie, ni soy de nadie aborrecido; en una palabra, he llegado á conseguir que en diez leguas á la redonda todos los montañeses me den un calificativo que en las capitales suena mal, y que á mí me honra y com-

place sobremanera : me llaman por todas partes *un bendito de Dios.*

— Mucho deben quererle á usted sus feligreses.

— ¡Psth! Lo mismo que yo á ellos; creo haber dicho á usted que ni aborrezco ni soy aborrecido.

En aquel momento se oyó una gran algazara en la puerta de la calle.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el mulato.

— Nada, — contestó el cura, sonriéndose y mirando la esfera de su reloj de plata. — Son las diez, y vienen mis discípulos á la clase.

— ¿Tiene usted escuela tambien?

— Tengo un cuarto destinado para la enseñanza; el pueblo es pequeño y no se halla en los mapas, de modo que el gobierno no tenia aquí maestro cuando yo ocupé el curato, por muerte de mi noble protector; á mí me sobraba el tiempo, y un dia mandé á Salamanca por unas cuantas cartillas y algunas manos de papel pautado, y me hice maestro de escuela, faltando, es verdad, al plan de estudios marcado por el Gobierno, pues no habia recibido el exámen competente para ello. Pero como Jesucristo nos ha dicho : « Enseñad al que no sabe » falto á la tierra y obedezco al cielo.

Y diciendo esto, se puso en pié, y asomándose á la ventana, dió con una llave algunos golpecitos en los hierros.

Al momento se vieron asomar diez ó doce cabecitas de niños y niñas, frescas y coloradas por la

salud y el viento del monte, que alegres como unas Pascuas empezaron á decir con sus atipladas voces:

— ¡ Buenos dias, padre Roque, buenos dias!

— Buenos dias, hijos mios.

Uno de ellos se encaramó por los hierros, y mas atrevido que sus compañeros, exclamó :

— Padre cura, ¿cómo ha pasado su merced la noche?

— Bien, hombre. ¿Y tú?

— Yo, muy mal, — dijo el muchacho, poniendo la cara compungida.

— ¿Muy mal? — preguntó el cura, interesado en la salud de su discípulo. — Sepamos qué has tenido.

— He tenido que mi madre me sacudió de firme ántes de acostarme; y lo que es peor, me hizo meter en la cama sin cenar.

— ¡Hola! ¡hola! Ese rasgo de rigor tiene una causa. — volvió á decir el clérigo con tono burlon.

— No, señor, — repuso el chico, miéntras todos sus compañeros callaban, escuchando á su atrevido condiscípulo; — pero ayer perdí las cartillas que su merced me regaló, y mi madre dice que valen dos reales y que me ha de tener ocho dias sin comer, y con el dinero de la comida que no comeré, hará que Bruno, el arriero de Salamanca, me compre otras.

— Y ha hecho muy bien tu madre.

— ¿Que ha hecho bien? — exclamó el chico de un modo particular.

— Sí, señor, — repitió el cura. — Vamos á ver : ¿en dónde ha perdido usted las cartillas?

— ¡Si no las he perdido!

— Pues entónces...

— Yo le diré á su merced lo que ha pasado. Ayer por la tarde nos fuimos á coger madroños al monte; yo llevaba en la mano las cartillas para estudiar, porque como no me supe la leccion y su merced me encargó que la aprendiera, yo queria darle gusto á su merced.

El cura hizo un esfuerzo para no reirse; pero los chicos, que escuchaban, y que por respeto á la sotana no se reian, soltaron el trapo, como suele decirse, tan pronto como el mulato, á quien habia interesado la narracion del chiquillo, soltó una carcajada.

Los chiquillos, viendo que se reia aquel señor, se rieron tambien.

— No os riáis, que digo la verdad, — replicó el muchacho.

— Vamos, prosigue tu historia, — volvió á decir el cura, fingiendo una gravedad que estaba muy léjos de sentir.

El mulato no cesaba de reir.

— Pues bien, — continuó el chico : — al llegar al monte me dije : « Cogeré unos madroños y luego estudiaré la leccion. » Y dejé las cartillas en el suelo y me puse á tirar piedras. Cuando estaba yo en esta operacion oí una voz que me llamaba, y

volví la cabeza : eran otros chicos que estaban mas arriba, haciendo lo mismo que yo queria hacer, y me fuí á reunir con ellos; de aquella mata nos fuimos á otra, y luego á la de mas allá. Despues nos pusimos á jugar al chito, y como se hacía de noche, nos marchamos á casa. Mi madre me preguntó por las cartillas, y... ya sabe su merced lo demas. Pero cuando estaba yo en la cama me decia : « Lo que dice madre no se cumplirá, porque mañana muy tempranito me voy al monte y busco las cartillas; pero esta mañana me encontré el monte cubierto de nieve. y hasta que se deshaga no las podré hallar; pero entónces ya verá su merced cómo las traigo, estoy seguro.

El muchacho acabó su discurso con un suspiro, como para interesar al cura en su favor.

— ¡ Buenas estarán las cartillas cuando la nieve del monte se deshiele !

— Mojadas nada mas; pero en poniéndolas al sol... — volvió á decir el muchacho.

— Yo no quiero que estés sin cartillas ocho dias; y por lo mismo, voy á prestarte unas, que me devolverás cuando parezcan las otras.

Y el cura abrió el cajon de su mesa y se las entregó al muchacho.

— ¡ Viva su merced mil años ! — exclamó el chico, dejándose caer al suelo de un salto, llevando las deseadas cartillas en la mano.

— ¡ Cuidado, cuidado con hacerse daño ! — dijo

el cura viéndole bajar con aquella precipitacion.

— ¿Á ver? ¿á ver? — dijeron todos los chicos rodeándole.

El mulato parecia muy complacido de la alegre algazara de los chicos.

— Ea, tomad, — les dijo el cura.

Y les dió un puñado de higos secos, que ellos se repartieron con avaricia.

El sacerdote añadió:

— Ahora id á la escuela y esperadme allí; pero cuidado con alborotar, porque este caballero está enfermo y le incomoda mucho el ruido.

El cura fué á reunirse con Medrano, que estaba de pié oyendo con gozo al muchacho.

Los chicos entraron en la casa sin meter ruido y andando de puntillas.

Sólo á traves de las paredes llegaban estas palabras en variedad de tonos y de timbres á los oídos del sacerdote y del enfermo:

— Buenos dias, tia Francisca.

— Á Dios, Antonio.

Eran los chicos, que al entrar en clase saludaban á la criada y al criado del señor cura.

CAPÍTULO VI

UN REGALO Á TIEMPO

— Esos niños deben adorar á usted, — dijo el mulato tan pronto como quedaron solos.

— No me aborrecen; les evito algunos golpes, les doy fruta fresca en verano y seca en el invierno, les enseño lo que no saben, y muchas tardes me paseo con ellos y les explico algo de historia sagrada.

— Dispense usted, señor cura, si lo que he visto en esta casa me obliga á ser curioso.

— Mis huéspedes tienen bajo este techo todas las prerogativas que concede la hospitalidad á las gentes honradas. Puede usted preguntar cuanto guste.

— Pues bien: como hombre de negocios, que está acostumbrado á gastar el dinero, permítame usted que le diga que, si no estoy equivocado, el sueldo de un cura en un pueblo pequeño es muy corto, y en su casa de usted he visto un hospital para los enfermos que llegan á su puerta, y una escuela para los niños del lugar.

— En efecto, mi sueldo es escaso: tengo mil trescientos reales anuales.

— ¡Mil trescientos reales! — repitió admirado el mulato. — ¿Y basta con eso para los gastos que su caridad le puede proporcionar?

— No, señor. Los gastos los sufragamos entre el Gobierno y yo, porque soy rico.

— ¡Ah! Entónces... — exclamó el huésped, como el hombre que ha hallado lo que buscaba.

— Sí, soy rico, — repitió el cura; — tengo cinco mil reales de renta al año, que con mi paga son seis mil trescientos.

— ¿Y llama usted á eso ser rico? ¡Yo creia que tenia usted cuatro ó cinco mil duros de renta!

— Con esa cantidad seríamos ricos todos los del pueblo. Pero á mí, caballero, con lo que tengo me basta para cubrir las necesidades de mis pobres y las mias. Somos económicos; lo superfluo no ha llegado, afortunadamente, al Carrascal del Obispo. Ademas, tengo una hermana que es mas rica que yo, y me ayuda en los años de malas cosechas; es decir, que nos repartimos los pobres entre ella y yo.

— Pero tú vienes muchas veces á mi casa á quitármelos, — dijo una mujer, entrando en la sala.

— Mi hermana María, caballero, — dijo el cura presentando la recien venida al mulato.

Este hizo un saludo, y dijo con una entonacion amable y una exquisita urbanidad que desmentia su adusto semblante:

— Señora, aunque hace pocas horas que la casualidad me hizo conocer á su hermano de usted, creo firmemente lo que le ha dicho al entrar, pues no he tratado en mi vida á un hombre mas honrado ni mas caritativo que el modesto cura del Carrascal; bien es verdad que las perlas están escondidas en su concha, como el señor en su aldea; pero el alma se refresca cuando tenemos la honra de tropezar en la tierra con un sér tan digno de la estimacion de sus semejantes.

— Usted me confunde, caballero; soy eclesiástico y cumplo con mi deber; obrar de otro modo sería deshonrar la corona que llevo, y manchar los santos hábitos que visto. Pero ya me olvidaba: le he ofrecido á usted enseñarle la ermita, y los chicos me esperan. Conque si usted gusta, vamos allá; está cerca: solo la separan cuarenta pasos de esta casa. Tú, María, nos acompañarás, y de paso cantaremos los Gozos de la Vírgen.

Y dirigiéndose al huésped, continuó:

— Verá usted qué voz tan fresca tiene, á pesar de sus cuarenta años. Lo mismo canta ahora que veinte años atras.

— No sientan bien las adulaciones en un cura, señor mio, — dijo María en tono de broma.

— La verdad está bien en todas las bocas, porque emana de Dios. Conque vamos. Francisca, déme usted las llaves de la iglesia.

El sacerdote las tomó y salió.

El mulato ofreció el brazo á María, y poco despues entraban en la ermita del pueblo.

La nave era pequeñita; pero, restaurada recientemente, brillaba como una taza de oro cincelado.

Una lámpara de plata, regalo de la hermana del cura, alumbraba el retablo del altar mayor y único de aquella ermita.

Una imágen de la Vírgen, de média talla, puesta en pié sobre un grupo de nubes plateadas, se veia colocada en una hornacina sobre el altar, como prestando su sombra protectora á los fieles.

Una vez en la ermita, María le dijo al forastero, que estaba á su lado:

— Esta es nuestra patrona, la Vírgen del Valle; es una imágen milagrosa que durante la dominacion de los árabes fué oculta por unos fieles en el hueco de una encina, donde permaneció por espacio de seiscientos años sin que ni su ropa ni su santo rostro se deterioraran lo mas mínimo. Aquí la tenemos mucha devocion, como usted puede ver por las ofrendas que los fieles colocan á su rededor, en agradecimiento de sus bondades.

María explicaba al forastero la historia de la Vírgen con esa ingenuidad tan peculiar de las aldeas, miéntras el cura sacaba de un pequeño armario una tabla, sobre la cual se veia pegado un papel con la imágen de la Vírgen grabada y unos versos al pié.

El viajero tal vez no creia en los milagros de la Vírgen; pero las trenzas de pelo adornadas con cintas

de seda de vistosos colores, las piernas, los brazos y las cabecitas de cera que con tanta profusion colgaban al rededor de la imágen, le llamaron vivamente la atencion; pues le demostraban que por lo ménos la fe habia curado á todos cuantos habian ido á colgar sus ofrendas á los piés de la Madre de Dios.

— Tome usted, caballero, — dijo el cura al mulato, entregándole la tabla en donde estaban pegados los Gozos. — Nosotros los sabemos de memoria; usted los leerá y los cantará siguiéndonos á nosotros.

— ¿Yo? ¡Si no sé música! — exclamó el mulato con aire sorprendido.

— ¡Bah! — dijo María. — La música de los Gozos es tan sencilla, que el sér mas torpe de oído la canta de repente, sin necesidad de poner gran cuidado.

— En fin, veamos, — dijo el viajero sonriendo.

María entonó con una voz dulce y clara el estribillo de los Gozos, y la monótona armonia de ese canto religioso, tan popular como el de la Pasion en Semana Santa, se extendió por la reducida nave de la iglesia donde se hallaban.

Despues, el clérigo y el mulato cantaron con el mismo tono.

El último se admiró extraordinariamente de haber aprendido un acompañamiento que era la primera vez que lo habia oido.

El mulato, preocupado ante la lectura del sencillo

romance de la Vírgen que tenia en la mano, cantaba sin acordarse del mal estado de sus pulmones; y á cada estrofa subia la voz, siguiendo las modulaciones y los fuertes y pianos que le marcaba el sacerdote, que cantaba á su lado.

Diríase que su voz no era suya, pues guiada por la de su compañero, hacía prodigios de agilidad sin apercibirse de ello.

Si alguno de los amigos de don Pedro de Medrano hubiera asomado su cabeza saturada de negocios, repleta de alza y baja, y preocupado con el papel del Estado y las acciones de carreteras, y le hubiese visto arrodillado ante el altar con unos Gozos en la mano derecha y un cirio en la izquierda, cantando con toda la fuerza de un sochantre los versos de la Vírgen del Valle, sin duda alguna hubiera creido que soñaba, ó que el escéptico criollo, víctima de los negocios y del tanto por ciento, se habia vuelto loco.

Terminado el canto, volvieron á la casa del cura.

Junto á la puerta esperaba el guia con el famoso cuartago enjaezado.

— Señor, — le dijo, — es preciso que aprovechemos las horas de sol, si es que quiere usted llegar á Ledesma con seguridad.

— Vamos á partir al momento, — respondió.

Y alargando la mano al cura, continuó:

— Caballero, crea usted que nunca olvidaré la generosa hospitalidad que le he merecido.

— Mi único deseo sería verle regresar restablecido completamente.

El mulato saludó á María y montó en el jaco.

De pronto, un pensamiento propio de un escéptico cruzó por su imaginacion, y quitándose el anillo de brillantes que llevaba en el dedo índice de la mano derecha, se lo alargó al cura, diciéndole :

— Padre, quisiera pagar á usted su amable eomportamiento, y le ruego que en memoria de nuestras relaciones admita este pequeño obsequio.

— ¿Y qué quiere usted que haga yo de esa sortija? — respondió el cura con naturalidad.

— Guardarla... como un recuerdo.

— Caballero, yo agradezco el ofrecimiento que usted me hace, pero no lo acepto. Sin embargo, voy á darle un consejo. Puesto que usted es rico, segun parece, venda usted esa joya y repártala entre los pobres, que no faltan, desgraciadamentc.

— Si no la admite usted para sí, la admitirá para la Vírgen del Valle.

— La Vírgen no necesita diamantes; es la perla mas preciada del cielo y de la tierra. En vez de ese brillante, mándela usted algunos cirios, para que alumbren en las solemnidades religiosas su santa faz.

— Me he engañado, — murmuró en voz baja.

El mulato se disponia á partir, pero el cura le dijo :

— Aguarde usted un momento, caballero.

Y entrando en la casa, volvió á salir con el libro de *Los Evangelios* en la mano.

— Usted está enfermo y va á restablecerse, — añadió; — si en algo quiere pagarme la hospitalidad que ha hallado en mi casa, admita este libro y prométame hojear sus páginas en sus ratos de ocio.

El viajero cogió maquinalmente el libro, y dió al guia la órden de marchar.

Poco despues, el mulato y el hombre de la montaña se perdieron en una revuelta del camino.

El hombre de la sortija hablaba solo y se decia :

— No he visto nunca un hombre como este. Ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo. De todos modos, me alegro de haberle conocido.

— ¿Quién es ese viajero? — preguntó María al cura cuando hubo desaparecido.

— Un criminal en vísperas de ser un hombre de bien, — respondió Roque.

— Entónces, que Dios le abra los ojos á la fe y al arrepentimiento.

— Así lo espero.

— Oye, Roque : hoy regresa mi esposo de Salamanca, y los chicos quieren salir á esperarle.

— ¿Á qué hora?

— En su carta dice que llegará á las tres.

— Pues dí á tus hijos que estén dispuestos á las dos de la tarde, que iré á buscarlos.

María se encaminó á su casa, que estaba á espaldas de la del cura, y este entró en la suya.

Poco despues, sentado en un sillon, se quitaba el bonete y abria la clase con el rezo de la cuotidiana Salve.

Habia dejado de ser cura, y comenzaba á ser maestro de escuela.

LIBRO II

BAJO EL SOL DE LOS TRÓPICOS

CAPÍTULO PRIMERO

LA SENTENCIA DE MUERTE

Dos meses despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, en una habitacion de los baños medicinales de Ledesma, ocurria el siguiente diálogo entre un enfermo y el médico del establecimiento :

El enfermo. — Sea usted franco, doctor : nunca he retrocedido ante los peligros, pero siempre me ha gustado verlos venir de frente; no le detenga el temor de sobrecogerme. Por desgracia, la ciencia es mas certera en vaticinar la muerte que en encontrar el remedio que dé la vida. Me siento malo, muy malo : todo cuanto usted pueda decirme no me sorprenderá, pero quiero oirlo de sus labios.

El médico. — El mal de usted es grave, muy

grave, no puede serlo mas; y puesto que usted me lo exige, y ademas, hace dos meses que no deja usted de la mano ese santo libro, lo cual me prueba que tiene fe en las cosas del cielo, le voy á dar un consejo, que siempre me es muy doloroso, pero que ademas de sus propios deseos me lo prescribe mi profesion. Usted es rico, segun parece; se halla usted solo en este pueblo, sin parientes ni amigos. Arregle usted, pues, sus asuntos con los hombres y con la religion.

El enfermo (*estrechando la mano del médico*). — Es decir, que esto se acaba, y tenemos que hacer ántes de mucho el gran viaje á lo ignorado.

El médico. — Así lo creo, desgraciadamente.

El enfermo (*lanzando un suspiro*). — ¿Puede usted indicarme el dia?

El médico. — Tan pronto como los vientos de Marzo arranquen con sus ráfagas la nieve de las crestas de Béjar. Las enfermedades humanas tienen, como el mar, sus épocas terribles: en el Océano, el equinoccio; en los móntes de Ledesma, el mes de Marzo.

El enfermo (*mirando una carta quc se halla abierta sobre una mesa*). — Madrid, 22 de Febrero de 1857; es de hace tres dias; veintidos y tres, veinticinco. ¡Bah! Es de todo punto inútil. Lo mismo me da morir en esta casa que en la mia de Madrid.

El médico. — Ponerse en camino sería una locura.

El enfermo. — Tiene usted razon; ademas, esta soledad me agrada; necesito meditar. En la corte mi entierro sería regio; aquí será sencillo. En Madrid me cerraria los ojos un criado; aquí un sacerdote modelo de virtud y caridad. Bien estamos aquí.

El médico. — Sin embargo, nunca se debe desconfiar; la naturaleza puede mucho, y usted es fuerte.

El enfermo. — ¡Fuerte! Cuando tenia veinte años me hubiera atrevido á luchar con un toro de los que vagan por los bosques de mi país; pero ahora... ahora soy débil como un niño, y delicado como una mujer; hasta el humo del tabaco me trastorna. ¡Oh! ¡Cuán buena es la salud! Pero el hombre solo se acuerda de ella cuando no la tiene. ¡Pobre condicion humana! Correr, siempre correr á pasos de gigante tras la muerte, y cuando esta le presenta la cara quiere volver atras; pero entónces ya es inútil, es tarde; el plazo ha espirado, y la vida es una especie de pagaré que firmamos con la muerte, y á esa señora ni le gusta prorogarle ni renovarle; y hace bien: obrando así, prueba que comprende admirablemente la teoría del comercio.

El enfermo se sonrió de su comparacion, pero en su sonrisa habia algo que hacía llorar.

El médico, despues de ofrecerle que volveria cuando terminara la visita, salió.

Nuestros lectores habrán reconocido en el enfermo al mulato de los capítulos anteriores.

El dia era triste, frio, húmedo.

Detras de un cielo de color plomizo se ocultaba el sol, sin fuerza para romper la espesa niebla que confundia los objetos del campo.

El samblante del enfermo habia cambiado mucho en pocos dias.

Sus ojos parecian mas grandes y estaban mas hundidos; los abultados pómulos de sus mejillas, salientes en extremo, brillaban con un lustre enfermizo.

Aquel hombre, embutido en un sillon junto á una ventana, bañado por la melancólica luz de un dia de niebla, con la respiracion fatigosa, la tos seca é incesante, con una gorra de piel de nutria metida hasta las orejas, y arrebujado en una capa andaluza, parecia un sér pronto á abandonar la materia.

Cuando se quedó solo, permaneció un momento con la vidriosa mirada fija en los empañados cristales de su ventana.

Aquella mirada parecia absorber la tétrica luz del velado horizonte.

Tal vez su imaginacion, exaltada por la calentura que encierra en el cuerpo humano la tísis en su último período, se afanaba inútilmente por descubrir lo ignorado de la eternidad.

Tal vez recordaba una historia terrible, horrenda, de esas que se levantan amenazadoras cuando el primer estertor de la agonía roba al moribundo la última esperanza de su vida.

Tal vez el remordimiento de algun crímen le mordia con sus afilados dientes en mitad del corazon, haciéndole ver á traves de la velada noche la vengadora imágen de una víctima inocente.

El mulato exhaló un suspiro, y sacando las manos de debajo de los pliegues de su ancha capa, las colocó sobre un libro abierto que habia sobre la mesa, diciendo pausadamente :

— ¡ Tus páginas me han hecho mucho bien, mucho! Hace dos meses que mis ojos buscan en tus divinas parábolas el bálsamo que cicatrice las heridas de mi corazon. Tu lectura ahuyenta los negros recuerdos que asaltan sin cesar mi medrosa imaginacion. Cuando el remordimiento, desde el fondo de mi alma, viene á pedirme cuenta de mi vida pasada ; cuando á traves del aire que respiro veo la imágen de aquella niña dirigiéndome una mirada dulce y candorosa al tiempo de intentar arrojarla al abismo ; cuando resuena en mi oído la tierna y desfallecida voz de Ángela pidiéndome á su madre, recurro á ti, libro amado, y tu poder divino tranquiliza poco á poco mi espíritu combatido por las terribles tempestades del remordimiento mas horrible.

El enfermo se detuvo.

De repente, y como si una idea hubiera asaltado su imaginacion, se levantó de la butaca, y cogiendo con temblorosa mano el cordon de una campanilla, llamó con una fuerza nerviosa, murmurando :

— Sí, no debo vacilar. Este libro dice que un

momento de verdadera contricion salva á un alma criminal. ¡Yo creo en ti, Dios mio! ¡Haz que cuando el soplo de la muerte hiele la sangre de mis venas y apague la voz en mi garganta, sea mi última palabra tu nombre, mi último pensamiento tu infinita misericordia!

Un criado entró en la habitacion del enfermo.

— ¿Llamaba usted, don Pedro? — preguntó, con ese tono servicial de los camareros de las casas de baños.

— Sí; queria hacerte una pregunta.

— Mil que usted quiera, señor; para servir á los huéspedes en todo lo que nos manden estamos en el establecimiento. Pero, hablando de otra cosa, hoy tiene usted mejor samblante; veo con gusto que le prueban á usted estos aires.

Don Pedro miró al criado sonriéndose con ironía, y luego dijo :

— Sí; estoy... mejor; mucho mejor. Pero escucha. ¿Conoces tú, por casualidad, al señor cura párroco del Carrascal del Obispo?

— ¡Vaya! ¿Quién no conoce al hombre mas bueno y mas caritativo de la provincia?

— ¿Sabrás su nombre?

— Sí, señor.

— ¿Cómo se llama?

— Don Roque de Lara.

— ¿Habrá en el establecimiento álguien que quiera llevarle una carta?

— ¿Pues no ha de haber?

— ¿Y cuándo tendré contestacion?

— Manana en todo el dia.

— La necesito ántes.

— ¿Y cuándo es ántes?

— Mira, — contestó el mulato, sacando un rico cronómetro del bolsillo del chaleco: — son las nueve ménos cuarto; desde la nueve de la mañana á las nueve de la noche van doce horas, ¿no es eso?

— No cabe duda.

— En doce horas, un hombre práctico en el camino y montado en un buen caballo puede ir y volver al Carrascal del Obispo.

— Y le sobra tiempo.

— Pues bien: al que me traiga ántes de las nueve de la noche contestacion de la carta que voy á escribir, por cada hora que gane le doy, ademas de su trabajo, una onza de oro.

— Es un gran negocio ese que usted propone, señor don Pedro.

El mulato miró de un modo especial al criado.

— La palabra negocio se ha extendido por todas partes, — murmuró. — Es lo positivo para los que no piensan en la muerte.

Y dirigiéndose al camarero, continuó:

— Pues si es negocio, vé á buscar quien lo admita, miéntras yo escribo la carta.

El criado salió.

Don Pedro se puso á escribir.

Leamos nosotros el contenido de su carta.

Decia así :

« Señor don Roque de Lara, cura párroco del Carrascal del Obispo. — Baños de Ledesma, á 27 de Febrero de 1857. — Muy señor mio : Me siento morir, y pienso en Dios. ¡Oh! ¡Cuánta seria mi felicidad, si un sacerdote tan virtuoso como usted recogiera mis últimas palabras y oyera mi confesion, descargando mi alma del horrible peso que la anonada!

» ¿Vendrá usted tan pronto como reciba esta carta? El corazon me dice que sí. Soy muy desgraciado; y sin embargo, ¡hay mucha gente que me envidia, solamente porque soy rico!

» Le espero á usted, padre mio, con la impaciencia de un hombre que se muere y no quisiera llevarse á la eternidad un secreto que le atormenta.

» En nombre del Crucificado, no me abandone usted, señor cura; necesito que usted recoja mis postreras palabras, y bendiga mi cadáver despues que haya exhalado el último suspiro.

» Suyo, — *El huésped á quien usted regaló Los Evangelios.* »

Aquella mañana, despues de salir el mensajero con la carta, don Pedro de Medrano escribió otras á Madrid, y luego mandó llamar á un escribano, con el cual permaneció encerrado dos horas.

Por la tarde, fatigado de cuerpo, pues habia tra-

bajado mucho, pero mas tranquilo de espíritu, se metió en la cama.

Dió órden de que no le incomodasen, pues queria dormir un rato; pero mandó que le despertaran al llegar el mensajero del Carrascal.

La tarde, á quien las densas tinieblas robaban una hora ántes el imperio de su luz, agonizaba triste y sin crepúsculo, cuando se apearon á la puerta de los baños de Ledesma dos viajeros.

Uno de ellos vestia el traje talar de los sacerdotes; el otro era un montañes.

El sacerdote entró en la casa, y depues de preguntar por la persona que con tanta urgencia le llamaba, cogió una luz un criado y le acompañó á la habitacion de don Pedro.

Este dormia, pero su sueño era intranquilo.

El sacerdote hizo una seña al criado para que se retirara, y se quedó solo con el enfermo.

Entónces se sentó en una silla á la cabecera del enfermo, y sacando un rosario, se puso á rezar en voz baja.

CAPÍTULO II

EL PARRICIDA

Las ocho de la noche daban en el reloj del establecimieto, cuando Medrano, abriendo los ojos, vió sentado á la cabecera de su cama al sacerdote.

— ¡Ah! ¿Es usted? — dijo con gozo. — ¡Gracias, padre mio, gracias!

Y sus descarnadas manos se apoderaron de una del sacerdote y se la llevó á los labios con respetuoso entusiasmo.

— Sí, yo soy, hijo mio, — repuso el cura; — yo, que vengo á cumplir con mi deber junto á este lecho donde me llama la voz de un cristiano.

— En la hora de la muerte es muy grata al criminal la compañia del justo. Yo voy á morir.

Y luego, esforzándose por sonreir, continuó:

Los médicos me han leido mi sentencia de muerte; no la temo; sé que todos hemos de seguir el mismo camino; pero el viaje es penoso, y he llamado á usted para aligerar mi conciencia.

El enfermo hizo una pausa para tomar aliento, y despues añadió:

— Cuando era jóven, cuando la salud daba vigor á mi cuerpo, entónces solia reirme de lo que ahora venero. Mi afan se reducia á enriquecerme, aun á costa de lo mas sagrado; hubiera dado mi alma por un millon. Ahora, que la muerte se cierne sobre mi lecho; ahora, que á pasos agigantados me aproximo á lo desconocido, daria tres millones por la salvacion de esa alma que tan olvidada he tenido por espacio de treinta años.

Medrano se detuvo un momento para tomar fuerzas y ver el efecto que sus palabras producian en el sacerdote; pero este, inmóvil, con las cuentas del rosario entre los dedos, rezaba en voz baja por el alma de aquel pecador arrepentido.

El enfermo prosiguió:

— Dios sin duda quiso conducirme una noche á la puerta de su casa de usted. Desde aquella noche he cambiado mucho. Entónces yo no era nada, y hoy soy cristiano; las máximas de ese libro han derramado en mi cerebro una luz vivificadora. Despues de su lectura, el agitado espíritu del hombre se calma, la fe le cobija bajo sus impalpables alas, y se espera con resignacion el fallo inapelable del Eterno. ¡Gracias, pues, padre mio, por el precioso regalo que usted me hizo, gracias! Por él he comprendido que conviene ocuparse ménos del cuerpo y mas del alma. ¡Ah! ¿Será tardío mi arrepentimiento? ¿Estarán

cerradas las puertas del paraiso cuando mi espíritu, desprendiéndose de la materia, llegue á sus umbrales á pedir el perdon de mis pecados?

— No, hijo mio, — exclamó el sacerdote. — Dios atiende al pecador con mas bondad que un padre al hijo descarriado; espéralo todo de su infinita misericordia.

— ¡Ah! Esa esperanza me reanima, y esa promesa me dará fuerzas para llevar á cabo mi larga y dolorosísima confesion...

— Ya te escucho, hijo mio; descarga tu conciencia; y luego, uniendo á tus súplicas las mias, imploraremos el perdon del que todo lo puede.

El mulato se incorporó un poco sobre la cama, colocando una almohada por debajo de loz brazos.

El sacerdote fué á cerrar la puerta.

Luego, sentándose otra vez, con el cuerpo inclinado sobre la cama, dijo:

— Hijo mio, puedes comenzar cuando te plazca tu confesion; toma cntre tus manos este sagrado signo, para que te dé fuerzas.

Y colocó la cruz del rosario entre los dedos del enfermo, añadiendo:

— Piensa que Dios, que todo lo sabe, te está escuchando, y que de la sinceridad de tu relato depende su clemencia.

— ¡Oh, sí! Por mucho que me cueste, lo diré todo, padre mio. Pero me siento mal, muy mal, — dijo exhalando un doloroso suspiro. — Mi lucha con la

muerte ha sido desesperada por espacio de un año; pero ahora me confieso vencido. ¡Tal vez el nuevo sol alumbre mi cadáver!

— Dejemos á Dios el cuidado de nuestra suerte; esperémosla resignados, con la conciencia tranquila y la fe en nuestra alma.

— ¡Es verdad! No perdamos el tiempo. Voy á comenzar el relato de mi vida. No quiero olvidar nada; y como esta es la primera y última vez que voy á depositar los secretos de mi azarosa existencia en el corazon de un ministro de ese Dios justo que debe juzgarme en breve, no quiero olvidar ni el mas pequeño detalle de mi vida criminal.

El enfermo se acomodó lo mejor que pudo en su lecho, como el hombre que se dispone á referir una historia larga y detallada [1].

[1] Durante la confesion del moribundo, adoptaremos el diálogo en algunas ocasiones, para hacer ménos pesada la narracion.

El género directo es el mas propio cuando el autor pone en boca de uno de los personajes una narracion corta; pero lo creemos altamente pesado cuando lo que el personaje debe contarnos es una narracion que ocupa diez ó doce capítulos, y que, siendo la base del libro que ofrecemos á nuestros lectores, es conveniente que estos la lean detallada.

Impropio es, por cierto, que un hombre, que se muere y tiene á la cabecera de su lecho al sacerdote, se entretenga en describir la poética luz de la luna sobre un mar tranquilo, la esbeltez de un buque puesto al pairo delante de una rada, ó las líneas mas ó ménos duras de la fisonomía de los personajes con quienes tuvo en otros tiempos relaciones de amistad. Pero esta es una licencia que se han tomado los novelistas en todos los países, y que nosotros la adoptamos, porque la primera condicion de una novela debe ser el interes.

Despues habló de este modo:

— Nací en la parte oriental de la Isla de Cuba, en el pueblo marítimo de Mayágüez.

Mi padre era blanco, y mi madre negra.

Mayoral de un ingenio que poseia en las cercanías de Mayágüez un rico aleman, el autor de mis dias gozaba de toda la confianza de su señor. Era el amo: los negros esclavos solian darle este nombre.

Yo crecí entre las caricias de mi buena madre y los duros tratamientos de un padre que, hombre brusco y colérico, castigaba el desliz mas pequeño con una severidad extremada.

Á la edad de ocho años era yo su escribiente, y demostraba brillantes disposiciones para el comercio; tenia mi sueldo designado por el proprietario, sueldo que mi padre cuidaba de que no llegara á mis manos.

Por este tiempo murió mi madre, y puede decirse que desde aquel aciago dia me hallé completamente solo en el mundo.

Desde entónces mi carácter se tornó díscolo, soberbio y retraido.

Odiaba al autor de mis dias casi tanto como aquellos negros á quienes castigaba tan cruelmente, no sólo con el látigo inhumano del mayoral, sino quitandoles la racion de café y de tabaco que en tanta estima tienen aquellos desgraciados, nacidos para sufrir la dolorosa cruz de la esclavitud.

Un dia fuí á presentarle una factura que debia

enviarse á Cuba, perteneciente á una remesa de cacao.

Mi padre estaba en su despacho.

Como siempre, llevaba el terrible látigo colgado de un boton de su chaqueta.

Al verme entrar frunció las cejas dirigiéndome una mirada terrible, y me dijo de un modo que me sobrecogió de espanto :

— ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Me alegro! Yo pensaba ir á buscarte dentro de poco. En fin, lo mismo da que tú vengas; el resultado será igual. Pero sepamos qué es lo que quieres.

— Vengo por la firma que falta á esta factura, le dije temblando, pues conocia los terribles efectos de su ciega cólera.

— ¿Á ver? — repuso tomando el papel y examináandole. — Tienes tan buena letra como mala lengua; y como de los hijos habidos con una negra no deben conservarse mas que las buenas cualidades, voy ahora mismo á cortarte la lengua.

Me estremecí; se oscureció mi vista y me faltó poco para caer al suelo; sabía que era muy capaz de ejecutar su bárbara amenaza, y tuve miedo.

¡Ah! Yo tenia entónces doce años; era fuerte y robusto; la idea de emanciparme de aquel yugo, de aquella tiranía paternal, me robaba el sueño y me preocupaba durante el dia; pero era todavía un niño, y la feroz mirada de mi padre me daba un miedo extraordinario; así es que al oir aquella ame-

naza me puse á temblar, murmurando con cobarde acento :

— ¿Qué he hecho yo?

— ¿Qué has hecho? Vas á saberlo, — me respondió, descolgando su látigo del boton de la chaqueta y poniéndose en pié. — Ayer tarde estuvo el señor en el ingenio ; yo me hallaba en las plantaciones y él te preguntó por mí. ¿Recuerdas lo que le dijiste?

Aquella pregunta agolpó toda la sangre de mis venas á mi rostro, y el corazon comenzó á latirme con una violencia extremada.

— ¡Vamos, responde ! — gritó. — ¿Recuerdas lo que dijiste al señor?

Y diciendo esto, descargó un terrible puñetazo sobre la mesa que tenia delante.

La lengua se me habia anudado en la garganta y no supe responder.

Al ver mi silencio, una sonrisa irónica y cruel se dibujó en sus labios.

— Está bien, — me dijo, fingiendo una calma cien veces mas terrible que la cólera que poco ántes le dominaba. — Te lo repetiré, para que sepas que no lo ignoro. Le dijiste que yo era un padre cruel, que te martirizaba á golpes, y que le rogabas encarecidamente que te llevara consigo á la capital, aunque fuera en calidad de esclavo. Le dijiste ademas que habias escuchado una conversacion que yo habia tenido con Lola la criolla ; que habias deducido que pretendia casarme con ella, y que tú no querias

sufrir una madrastra. ¿No es verdad que le dijiste todo esto?

Todo era verdad, pero yo no me atrevia á responder una palabra.

Mi silencio le enfureció de tal modo, que alzó el látigo y me sacudió con él en mitad del rostro un terrible golpe.

Yo di un grito y me llevé las manos á la cara; la terrible correa habia rasgado mi rostro, y la sangre brotaba de la herida.

En aquel momento no sé lo que sentí; pero mi razon se ofuscó, y mis ojos se turbaron, no viendo mas que sangre en derredor mio.

Yo odiaba á mi padre, y le hubiera muerto si hubiera podido. ¡Estaba loco!

La ira y el odio por tanto tiempo ocultos en mi corazon, salieron á mi boca.

— ¡Oh! ¡Usted no es mi padre! — le dije con furor. — ¡Usted es un miserable que me ha escogido por víctima y que ejerce el vergonzoso papel de verdugo! Pero esto no durará, se lo aseguro. ¡La muerte es preferible á la vida que su tirania me proporciona; porque le aborrezco, le odio con toda mi alma, y me avergüenzo de que su sangre corra por mis venas!

El efecto que mis palabras habian causado á mi padre se pintó bien claramente en su semblante.

Abrió inmensamente los ojos con espanto y retrocedió algunos pasos.

Pero esta admiracion duró un segundo, porque inmediatamente, lanzando el látigo léjos de sí, empuñó el pesado machete que todos los mayorales llevan colgado del cinto para defensa propia, y se abanlanzó á mí exclamando :

— ¡ La lengua, la lengua, insolente!...

Yo eché á correr.

De un salto bajé la escalera, atravesé con la velocidad del rayo el patio y me hallé en el campo.

Mi padre me seguia con el machete en alto y maldiciendo á voces.

Al llegar á una plazoleta de árboles que habia delante de la fachada principal de la casa, hallé á un negro sentado tranquilamente, que picaba tabaco para su pipa con su *faca* [1].

El peligro era inminente.

Mi terror aumentaba por momentos.

Mi padre me seguia á pocos pasos con el machete suspendido sobre mi cabeza.

Esperar compasion era una necedad, atendido su carácter colérico.

El primer golpe era inevitable; podia herirme, pero tambien podia matarme; me constaba que le hubiera sido indiferente.

El espíritu de conservacion me sugirió una idea criminal, principio y orígen de mi desventura y de todos mis crímenes.

[1] Cuchillo afiladísimo que usan los negros, con el cual suelen afeitarse algunas veces.

Esta idea fué arrebatarle el cuchillo al negro, volver la cara á mi padre y esperarle.

Así lo hice; pero cuando le vi con los ojos inyectados en sangre, el rostro demudado y la hoja del machete sobre mi cabeza, próximo á descargar el golpe fatal á cuatro pasos de mí, le arrojé el cuchillo, cuya afilada hoja fué á clavarse en mitad de su pecho.

Mi padre se detuvo, abrió la mano, se le escapó el machete de entre los dedos, y cayó desplomado en el suelo exclamando :

— ¡ Me has muerto !... ¡ Maldito, maldito seas !...

CAPÍTULO III

GUACAO EL RECELOSO

El enfermo se dejó caer en el lecho y se cubrió la cara con las manos.

El relato anterior le habia fatigado mucho, y su respiracion bronca y entrecortada lo demostraba bien claramente.

Hubo un momento de pausa.

El sacerdote, con las manos cruzadas y alzando los ojos suplicantes al cielo, murmuró en voz baja :

— ¡ Parricida ! ¡ Parricida á los doce años ! ¡ Oh ! ¡ Dios tenga piedad de este hombre !

El mulato volvió á incorporarse sobre su lecho, limpió con el pañuelo el sudor que inundaba su frente, y continuó de este modo :

— Vi caer á mi padre ensangrentado. ¡ Habia cometido un crímen ; pero un crímen horrendo, sacrílego ; el mas monstruoso, el mas grande de todos los crímenes !

¿ Qué hacer entónces ?

Huir, ocultarme de los hombres, evadirme de la justicia; y así lo hice.

Algunas horas despues, desfallecido, calenturiento, con el traje hecho jirones y los piés destrozados, me dejé caer sin aliento sobre la mullida y abundante yerba de un bosque.

Aquel sitio me era desconocido.

Los árboles y la poderosa vegetacion que me rodeaba eran tan espesos, tan compactos, que el sol nunca habia podido penetrar en su seno.

Me hallaba, pues, en una de esas selvas vírgenes de América, habitadas sólo por los animales silvestres y por el negro cimarron, que huyendo del látigo de su señor busca la libertad entre las fieras y la naturaleza.

Tendí una mirada en torno mio.

Aquella soledad, el susurro monótono de las hojas al chocar las unas con las otras impelidas por la brisa de la tarde; la multitud de asombradas aves, que huian lanzando graznidos penetrantes; el inmenso escuadron de cangrejos y pequeños reptiles que, deslizándose por la verde alfombra del suelo, buscaban un refugio que los librara de mi importuna presencia; todo, en fin, me causaba un miedo horrible; y recordando mi crímen, cubríme los ojos con las manos, como si por este medio pretendiera librarme de las terribles ideas que asaltaban mi mente.

¿Quién habia levantado mi brazo contra mi padre?

¿Quién habia dirigido el arma fatal contra su pecho?

No podia explicármelo; pero lo cierto era que habia sucedido... ¡y que yo era el matador de mi padre!...

Aquí hizo otra ligera pausa el enfermo, porque un golpe de tos le cortó la frase en la garganta.

El sacerdote se puso en pié, y con caritativo desvelo sostuvo con sus manos la cabeza, que se agitaba con violencia.

El mulato besó la cruz que tenia entre los dedos y prosiguió de esta manera:

— Aquella noche fué una noche horrible. ¡No la he olvidado nunca!

Seis dias permanecí oculto en la selva, internándome cada vez mas.

Mi alimento eran las raices jugosas de los árboles y los frutos silvestres.

El abundante rocío de la mañana, que el cielo deposita sobre las anchas y cóncavas hojas de aquellos árboles, aplacaba la sed de mi cuerpo.

La naturaleza, sábia y previsora hasta lo maravilloso, concede á la ardiente América las rociadas, como otorgo al seco Egipto los desbordamientos del Nilo, su rio santo; sin estos dones, el sol del Asia y el sol de los trópicos convertiria en cenizas estas dos dilatadas regiones del mundo.

Un hombre puede vivir años enteros en aquellas selvas; tal es la abundancia de frutos y sustancias

alimenticias que se crian; el plátano, los naranjos y el coco no se agotan nunca.

La naturaleza es pródiga con los infelices que se refugian en su seno.

Sin embargo, tanta soledad, tanto sobresalto, me impelian á salir de entre aquellas espesuras.

Pero ¿cómo, cuando me hallaba perdido, desorientado, y todos mis esfuerzos y todos mis cálculos servian para internarme mas y mas?

La justicia de los hombres me inspiraba ménos horror que los gatos salvajes que veia correr de rama en rama, siempre suspendidos sobre mi cabeza.

Daba voces, pedia socorro; pero á mis voces sólo respondian las aves y las fieras con sus graznidos estridentes.

Á veces al dar un paso veia asomar entre la yerba la cabeza de un *maja* [1], que lanzaba un silbido agudo y penetrante al verme.

¡Cuánto padecí! Una circunstancia vino á sacarme de aquel enmarañado laberinto, en donde indudablemente hubiera perecido devorado por los sobresaltos que me rodeaban.

Una tarde, cuando ménos esperanzas tenia de salir de la selva, casi desfallecido por el cansancio y el miedo, pues habia corrido mucho abriéndome

[1] Especie de serpiente boa, inofensiva si no la irritan; pero que en la lucha, cuando se exaspera, ahoga á un toro con la monstruosa fuerza de su cola.

paso entre la maleza, me recosté sobre un tronco, dispuesto á dejarme morir de hambre, cuando llegó á mis oídos una voz humana.

Aquella voz infundió la esperanza en mi pecho y la alegría en mi corazon.

Mi único anhelo era salir de aquel bosque maldito.

Fijé, pues, mi oído con mas atencion, y percibí á pocos pasos del sitio en que me hallaba el ruido que produce el cuerpo de una persona abriéndose calle entre las apretadas ramas.

Luego oi uno de esos cantos populares que los hombres de color entonan los dias festivos cuando se entregan al regocijo.

Temeroso de que aquel sér cambiara de direccion, grité con toda la fuerza de mis pulmones, y con la desesperacion del náufrago que mira alejarse la vela salvadora en que cifra sus esperanzas :

— ¡Socorro! ¡ socorro!

Me habian oido, porque el canto cesó de repente, así como el ruido de las ramas.

Transcurrieron algunos minutos.

Viendo que nada se oia, torné á dar voces ; pero el silencio sepulcral que reinaba en torno mio me helaba la sangre. Sin duda aquel sér huia como yo de los hombres, y mi voz le habia hecho mudar de rumbo.

Tan pronto como esta idea asaltó mi mente, me crei perdido y me puse á llorar, pensando en mi

madre, en sus caricias y en sus eternos desvelos.

De repente cayó delante de mí un cuerpo pesado que me hizo estremecer.

Abrí los ojos, y hallé un hombre á mi lado.

Era un negro fornido, alto, de rostro feroz.

Llevaba una carabina terciada al hombro, y su traje se componia de un pantalon y una camisa de tela de hilo rayada.

Iba descalzo y con la cabeza descubierta; pero, en cambio, por su cintura se arrollaba una canana de cuero bordada de seda de colores.

— ¡ Calla! ¿ Eres tú, Panchico? — me dijo, fijando sus grandes ojos en mí, con ese acento tan peculiar de los hombres de color.

— ¡ Ah! ¿ Tú me conoces? — le dije con una alegría indefinible.

— ¡ Vaya! — me contestó. — Y tú me conoces á mí.

— ¿ Quién eres?

— Soy un negro cimarron que, cansado del látigo, busca la libertad. En el ingenio de tu padre me llamaban Guacao el Receloso, porque tengo la costumbre de dormir con un ojo abierto.

— Entónces, tú sabrás qué es de mi padre. ¿Qué se piensa, qué se dice de mí en el ingenio? — le pregunté con precipitacion.

— Tu padre no dice nada, porque como el cuchillo le partió el corazon, no tuvo tiempo mas que para morirse, y le han enterrado. En cuanto á los negros,

te bendicen, pues los libraste de su verdugo, y los blancos, de lo que ménos se acuerdan es de ti; porque Mayágüez ha cambiado mucho en seis dias; ahora se llama la República de Boiqua, y su presidente es el mulato Ducoudray [1].

—¿Ducoudray el pirata?—le dije.

—Sí, el mismo. Ahora todos somos libres; tu ingenio se ha quemado; el aleman, tu señor, ha ardido tambien entre las llamaradas del azúcar que los negros habian cultivado para enriquecerle. Conque ya ves si han sucedido cosas extraordinarias desde que tú faltas de la poblaciou.

—Y siendo tú libre, ¿cómo es que vagas por esta selva?—le pregunté.

—Porque voy á desempeñar una comision que me ha encargado el presidente. Soy práctico en el terreno, conozco los atajos, y me encaminaba á la costa de las Rocas Amarillas, en donde debe esperar anclado un falucho que conduce fusiles ingleses para Ducoudray. Cuando oí una voz que pedia socorro, yo ignoraba que era la tuya, y me dije: «¡Tate, Guacao! Eso puede ser una estrategia de los soldados blancos, y no tendria gracia que, por seguir los instintos de tu buen corazon, te cogieran en la red como á los pobres tities de esta selva.» Y entónces me dispuse á cambiar de rumbo; pero volví á oir las mismas súplicas, acompañadas de

[1] Esta insurreccion aconteció en 1822.

lloros y gemidos, y en vez de hacer mi camino por el suelo, lo hice por el aire, pasando de rama en rama, de un árbol á otro, hasta que llegué á este sitio, te vi, te reconocí, y me dejé caer como un coco maduro sacudido por un palo. Conque ahora, Pancho, si no tienes nada que mandarme, á Dios, pues tengo mucha prisa.

— ¡ Oh ! ¡ No ! ¡ no ! — le dije, — Tú no me abandonarás en esta soledad.

— Ya te he dicho que no puedo perder tiempo ; esta noche tengo que hallarme en las Rocas Amarillas, y me queda aun un buen trecho que andar.

— Llévame contigo ; te lo ruego.

El negro pareció reflexionar un segundo, y despues respondió :

— Para venir conmigo será preciso que te afilies á nuestra bandera, que te unas á los hombres libres.

— Pues bien : seré hombre libre. Aunque jóven, los peligros no me asustan, y no ha de faltarme corazon para empuñar un fusil en pro de la independencia de Mayágüez. He cometido un asesinato espantoso ; he dado el primer paso en la carrera del crímen. ¿ Qué mas da ? Seré soldado del pirata Ducoudray. De todos modos, la ley me coloca fuera de su proteccion.

— Entónces, dáme esa mano ; los hombres libres deben ser amigos. Sígueme.

— Vamos adónde quieras.

CAPÍTULO IV

DONDE SE ENCUENTRA LO QUE SE BUSCA

Cuando algunas horas despues salimos de la selva, era de noche.

El mar se presentó en lontananza ante nosotros.

La luna, clara y hermosa, irradiaba sobre la tersa superficie del Océano, como si una nube de brillantes cayera sobre sus pacíficas aguas.

Como á un cuarto de milla de las rocas que cercan las costas del pequeño puerto de Guanajay, se mecia muellemente sobre el tranquilo mar un falucho, en cuyo palo mayor brillaba una luz.

Mas cerca de nosotros, sobre la playa, se distinguia una hoguera.

La noche no podia ser mas clara, ni mas tranquila, ni mas hermosa; era una de esas noches de luna de las Antillas, que nunca olvida el que ha nacido bajo su limpio cielo.

El vecino mar nos enviaba su fresca brisa impregnada con el acre y agradable olor de las yerbas

que crecen como una cabellera sobre las húmedas rocas de la playa.

Nosotros seguíamos caminando en busca de aquella immensa superficie que brillaba ante nosotros como una lluvia de polvos de plata.

—¿ Ves aquel falucho que se mece perezosamente sobre el mar? — me dijo el negro, extendiendo el brazo hácia adelante.

— Sí, — respondí.

— Pues si no me engaño, en su interior vienen empaquetados los fusiles qve buscamos. La luz que han puesto en su palo mayor es la señal.

— Es que tambien veo una hoguera sobre una de las rocas de la orilla.

— Esa hoguera pueden muy bien haberla encendido los *malojeros* [1] de Guanajay, pues no está muy léjos de aquí el puerto.

—¿ Y si fueran ellos ? —pregunté yo entónces con algun recelo.

— En ese caso, como sólo hay dos en cada puesto, yo me encargo de uno y tú del otro.

—¿ Yo ? — respondí sin poder ocultar la repugnancia que aquella proposicion me causaba.

— ¡ Qué ! ¿ Tendrás miedo por ventura ? Tu cuchillo, que tan certero ha sido para encontrar el corazon de tu padre, sería torpe y cobarde al tratarse del corazon ó la garganta de un extraño ?

[1] Especie de guardia rural que persigue á los negros cimarrones.

Confieso que aquellas palabras me helaron la sangre en las venas.

Habia dado un paso de gigante en el camino del crimen.

Volver atras era imposible.

Rápido como el rayo me resolví á seguir adelante sin retroceder.

Esta resolucion, padre mio, me ha causado durante los últimos años de mi vida muchas amarguras y muchos remordimientos.

El mulato hizo otra pausa.

El sacerdote le alentó con dulzura para que continuara el relato de su vida aventurera.

Lara sabía por experiencia, y ademas lo admitia por su carácter tolerante, que cuando un hombre criminal llama junto á su lecho de muerte á un confesor, es preciso escuchar con paciencia el relato de sus crímenes, bajo la forma que quiera declararlos.

El sacerdote no debe nunca por su parte exigir del moribundo mas que arrepentimiento y veracidad.

Precipitarle en la confesion, es aturdirle.

Así es que se resignó á escuchar la historia de aquel hombre culpable, porque en su relato debia encontrar sus delitos, y cuando el hombre comete el crímen, hostigado por las circunstancias, violentado por la mano de hierro del infortunio, es mucho ménos culpable que cuando lo comete por instinto y sólo por el repugnante placer de la ferocidad.

El enfermo continuó su narracion de este modo :

— Yo no puedo martar á nadie,—le dije. — Estoy desarmado.

— Toma mi bayoneta ; yo me serviré de la carabina. Dos hombres libres, que arriesgan la vida por su independencia, deben valer por lo ménos tanto como cuatro soldados blancos que sirven á un rey que no conocen, por un pan de municion y un plato de potaje.

Cogí la bayoneta, y seguimos andando, pues yo por mi parte. aunque me repugnaba derramar la sangre de un hombre á quien no conocia, y que tal vez estaria durmiendo envuelto en su manta, no quise demostrarle mis temores.

— ¿Tú sabes nadar? — volvió á preguntarme despues de un momento.

— Como un pez, — le respondí. — ¿Por qué me lo preguutas?

— Porque, segun se presentan las cosas, tendremos que entrar á nado hasta el falucho. El mar está quieto, y no hay peligro por ahora, como no tengamos la desgracia de tropezar con el hocico de un tiburon ó las mandíbulas de una foca.

Seguimos andando como un cuarto de hora.

Por fin el negro, cogiéndome por el hombro, me detuvo, diciendo :

— Estamos á quinientos pasos de la hoguera, y no se ve á nadie. ¿Ves tú algo?

Yo dirigí con atencion mi mirada hácia aquel punto,

y me pareció ver á un hombre reclinado perezosamente sobre una roca.

— Creo ver un bulto cerca de la hoguera, — le dije, — como á unos cinco ó seis pasos á la derecha.

El negro miró con mas detencion, y repuso :

— Si, efectivamente; es un hombre que duerme, ó que finge dormir; mas no distingo bien si lleva el uniforme de los soldados españoles. Pero, en fin, marchemos adelante.

Y montando la carabina, se la terció sobre la sangría del brazo izquierdo.

Corrimos la mitad del trecho que nos separaba de la hoguera, y entónces, acercándoseme todo lo que pudo, me dijo al oido :

— Ahora demos una carrera; si son malojeros, ya sabes lo que te toca; si no lo son, entónces tanto mejor, porque serán amigos.

Echamos á correr, y ántes que le diéramos tiempo de moverse al hombre que dormia, nos hallamos á su lado, el cual se despertó sobresaltado, haciendo ademan de coger un fusil que tenia á sus piés.

— ¡ Quieto ! — le gritó el negro libre, apoyando la boca de su carabina sobre el pecho.

Pero inmediatamente, viendo que era un hombre de color, la apartó, y ántes de que el dormido centinela volviera en sí de su asombro, le dijo sonriendo y tendiéndole la mano :

— Buenas noches, hermano. Te habia tomado por

un enemigo de la libertad. Toma y bebe; esto quita en seguida los sustos.

Y diciendo esto, sacó del pecho una calabaza llena de aguardiente de caña y se la presentó al asustado compañero.

— ¡Buen susto me has dado, hermano! — dijo el negro de la hoguera, despues de beber un prolongado trago de aguardiente.

— ¡Bah! — repuso Guacao. — Eso debe servirte de escarmiento para no dormirte otra vez cuando tu jefe te ponga de atalaya.

— Es que la noche pasada no pudimos pegar los ojos. Un maldito corsario de rey habia olido sin duda el cargamento que llenaba la tripa de nuestro falucho, y nos queria dar caza, por lo que no hemos cesado un instante de maniobrar. Pero, gracias á la Santísima Vírgen María y al Niño Jesus, patron de nuestro barco, no ha podido echarnos el guante.

— ¿Y tu capitan? — preguntó mi compañero.

— Está en el falucho durmiendo en su hamaca, como una dorada entre las redes.

— Pues es preciso que nos lleves allá; tengo que hablar con él.

— Pero yo no sé aun quién eres, moreno; yo tengo mi santo y seña, y no me lo has dicho. Conque á ver, habla pronto.

— República de Boiqua, — dijo lacónicamente Guacao el Receloso.

— Eso es otra cosa. Seguidme.

Seguimos al negro, y nos condujo á una cueva socavada por el eterno sacudimiento de las olas, en donde habia un bote amarrado.

Saltamos sobre él, y poco despues nos hallábamos á bordo del falucho.

Apénas se enteró el piloto de la comision que traiamos, nos condujo al estrecho é incómodo camarote del capitan.

Una vez allí este sacó de un armario algunos vegueros, que arrojó sobre una mesa, y dos frascos de Jamaica, y nos dijo :

— Bebamos, fumemos y hablemos.

Pero observando á la débil luz del farol que alumbraba el camarote el mal estado de mi traje y los pocos años que yo representaba, preguntó, sin importarle nada que yo le oyera :

— ¿Quién es este niño? ¿Es tu hijo?

— Este niño — le respondió mi amigo — es un hombre como tú y como yo, porque el corazon no se mide por los años.

El capitan, que era un hombre de seis piés, y bastante grueso, mulato oscuro, se encogió de hombros con indiferencia, y cogiendo una botella por su base, comenzó á beber, saboreando el licor con una satisfaccion envidiable.

— Bebe, — me dijo despues, — ya que eres de los nuestros.

Yo bebí, porque el elogio que de mi valor habia hecho mi compañero, me obligaba á no desmentirle.

¡Ah, padre mio! Confieso que en aquel instante, viéndome en medio de aquellos dos miserables, estaba orgulloso, y casi bendecia las circunstancias que me habian conducido á la vida azarosa de aventurero que desde aquella noche empezaba para mí.

— ¿Qué hay de Ducoudray, mi jefe? — preguntó el patron á Guacao.

— Ducoudray ha sublevado la poblacion de Mayágüez, y ha proclamado la república, — respondió el negro. — Su pensamiento de independencia se ha cumplido; la costa es libre, y necesita armar pronto á sus defensores. Así pues, me envia para decirte que puedes sin temor alguno tomar puerto en la rada de Mayágüez, donde te espera con impaciencia.

— ¡Viva Ducoudray! — gritó el patron con voz estentórea.

— ¡Viva! — respondió Guacao.

— ¡Viva! — repetí yo.

— ¡Así la Vírgen de Guadalupe haga que las Antillas lancen pronto el grito de libertad, y sacudan el yugo que las oprime!

— ¡Así sea! — murmuró mi compañero.

El marino hizo sonar un pito.

Poco despues asomó la cabeza de un negro por la escotilla del camarote.

— Manda á los compañeros que se formen sobre cubierta, pues tengo que participarles una gran noticia, y coloca un barril de ron junto al palo mayor, — le dijo el capitan con voz breve.

El negro se sonrió de un modo extraño, y haciendo un gesto repugnante, se pasó su ancha lengua várias veces por sus abultados labios, y se fué repitiendo con el acento peculiar de su raza :

— ¡ Ay qué rico ! ¡ ay qué rico ! ¡ Nos darán ron ! ¡ nos darán ron !

La tripulacion del falucho era mas numerosa de lo que podia creerse en un buque de ochenta toneladas, pues se componia de treinta hombres.

Poco despues subimos sobre cubierta.

Cuando vi la gente que nos esperaba allí, no pude ménos de asombrarme.

Aquellos hombres no eran marinos : parecian furias escapadas del averno.

La miseria estaba esculpida en los harapos que vestian ; el vicio, la degradacion, en sus estúpidos y feroces semblantes.

Allí habia hombres de todas las razas americanas y africanas ; negros, mulatos, otros de rostro amarillento y lacio cabello ; en fin, las diferentes razas que baña el dilatado mar occidental se habian reunido en aquel pequeño buque.

El patron les participó la noticia, que recibieron exhalando aullidos de gozo y dando saltos de alegria.

Despues se vació el tonel del ron, brindando por la libertad y por la gloria de Ducoudray.

Por último, rodaron borrachos sobre cubierta, exceptuando cuatro hombres que se abstuvieron de beber y que á una órden del capitan levaron anclas,

y dirigiendo la proa en direccion á Mayágüez, salimos de la costa de Guanajay.

Dos dias mas tarde el cañon del puerto saludó nuestra llegada.

Guacao el Receloso y yo desembarcamos presurosos, pues mi amigo deseaba presentarme cuanto ántes al presidente de aquella improvisada República.

CAPÍTULO V

EL CAPITAN BEBE-SANGRE

Los cinco mil fusiles ingleses, comprados en Veracruz, que transportaba nuestro falucho, fueron repartidos inmediatamente entre aquellas bandas feroces de hombres libres.

Yo fui presentado al presidente por mi amigo Guacao el Receloso, y al conocer el buen carácter de mi letra y mis estudios en la contabilidad, me nombraron oficial de Estado Mayor.

Durante el corto reinado del feroz Ducoudray, presencié las mas repugnantes y vandálicas escenas.

Aquellos hombres sin ilustracion querian ser libres y empezaban por ser tiranos. Proclamaban la igualdad y la independencia, cuando se habian convertido en verdugos de los débiles.

La libertad, esa palabra mágica y santa, que ha elevado al hombre á la altura de que es digno; la libertad, esa diosa sublime de la sociedad moderna,

que tantos abusos ha combatido y tantos errores ha deshecho, se veia profanada, manchada, escarnecida á cada hora, á cada minuto, por aquella gavilla de malhechores que á la sombra de su protectora bandera devastaban el país y ensangrentaban el suelo.

Las tropelías que se cometieron fueron innumerables, y serian largas de enumerar.

Yo, padre mio, que hoy acrimino á aquellos malvados, jóven entónces y halagado por su feroz cabe cilla, me dejé arrastrar sin oponer resistencia, y fui tan criminal, tan miserable como ellos.

El enfermo hizo una pausa para tomar aliento, y exhaló un suspiro.

El sacerdote callaba.

Rezaba mentalmente para que la cólera de Dios no cayera sobre la cabeza del culpable.

El mulato continuó :

— Tanto desórden y tanta anarquía era preciso que tuvieran un término, pues de lo contrário, como lobos hambrientos, hubiéramos concluido por devorarnos los unos á los otros.

Por fin, el gobierno español mandó una pequeña escuadra sobre nosotros, y fuimos derrotados vergonzosamente, quedando la poblacion en poder de los soldados de España.

Ducoudray fué ahorcado; y yo, con algunos compañeros, pude salvarme en un falucho, refugiándonos, no sin mil peligros y sobresaltos, en la isla

de Haiti [1], que se hallaba por entónces en encarnizada guerra con la Francia.

Haití era libre; muy cerca de un millon de hombres de color luchaban con furor contra la bandera francesa, por mantener la independencia que tanta sangre les habia costado.

Un crimen horrendo, el asesinato de mi padre, auxiliado por las circunstancias, me habia lanzado á la vida aventurera.

Contaba apénas quince años, y ya habia visto la muerte frente á frente mas de cien veces.

[1] Haití, isla americana en el Océano Atlántico, fué descubierta por Colon el dia 6 de Diciembre de 1492, dándole el nombre de *La Española*.

Por los años de 1696, unos franceses é ingleses establecidos en la isla de Tortuga, deseando cazar los toros y cerdos silvestres que tanto abundan en Haití, cruzaron el estrecho canal que los separaba y entraron en la isla.

Los españoles se opusieron á esta arbitrariedad y comenzaron las hostilidades. Esta guerra cruel y desoladora se llama de los filibusteros; estos lograron apoderarse de una gran parte de la isla, la cual fué cedida á los franceses, en 1697, por el tratado de Ryswick.

Los colonos franceses disfrutaron en paz cerca de un siglo la prebenda de aquella fértil tierra; pero el año 1789 estalló la insurreccion de los negros, al frente de los cuales se puso el célebre Sántos Louverture.

La muerte de Sántos no desanimó á los insurrectos, y el general Coclerc fué derrotado y se fundó la República.

Despues de largos años de lucha, siempre costosa en sangre y dinero á la Francia, esta nacion reconoció la independancia de los haitianos el 17 de Abril de 1825, mediante una indemnizacion de ciento cincuenta millones de francos.

La isla de Haití cuenta cerca de un millon de habitantes, y casi todos son negros y mulatos.

Retroceder era imposible; el camino del mal tiene una pendiente en la que el hombre jóven puede detenerse muy pocas veces.

Apénas tomé tierra vi un recurso contra la miseria que me amenazaba.

Este recurso era alistarme bajo la bandera republicana de los haitianos, y así lo hice.

La guerra era despiadada y sin cuartel; el hombre que sentia sobre su cuello la fuerte mano de su enemigo, pensaba en Dios, si era cristiano, ó recordaba á su madre ó á su amada si la tenia, y cerraba los ojos á la vida; porque aquella mano que le habia hecho prisionero era la mano del verdugo que debia separar su cabeza de su garganta.

En Haití el clima es desigual en extremo.

En los móntes el frio es excesivo, y en las llanuras que riega y fecundiza con sus amarillentas corrientes el Artibonito es tan insufrible el calor, que, para soportarlo sin perecer abrasados, es preciso bañarse dos ó tres veces al dia.

Á pesar del clima, los dos años de guerrillero, de esa vida azarosa y agitada, me desarrollaron de tal modo, que teniendo diez y siete años parecia un hombre de veinticinco.

Por fin se firmó la paz con Francia, mediante una indemnizacion de algunos millones de francos, y el presidente de la República licenció al ejército.

Acostumbrado á la agitacion y al peligro, la paz me cansaba.

Ademas, yo era pobre, tan pobre como el dia que abandoné la casa de mi padre despues de cometer el crímen horrendo que ya he referido.

El botin de la guerra y mi paga de oficial hubieran podido enriquecerme, es verdad; pero yo entónces era esclavo de mis vicios, y gastaba alegremente todo cuanto llegaba á mis manos.

Un soldado aventurero, que arriesga la vida diariamente, piensa poco en lo venidero, porque su porvenir es un balazo en el corazon ó una cuchillada en la cabeza, y por si llega ese caso procura no guardar nada. Entrega la vida contento á su vencedor; pero maldice y reniega si en sus bolsillos ó en su mochila le deja algo en herencia.

Una tarde me paseaba por la orilla del mar, solo, meditabundo, pensando en mi vida pasada y en mi oscuro porvenir, cuando sentí una mano que se apoyaba familiarmente sobre mi espalda.

Volví la cabeza y me hallé con mi antiguo camarada, mi demonio tentador, Guacao el Receloso.

— Dios te guarde, Pancho, — me dijo con su eterna ronrisa, enseñándome unos dientes blancos y brillantes como los de una mujer de la Guyana.

— ¡Ah! ¿Eres tú, Guacao? — le respondí distraido. — ¿Y qué te haces?

— Aburrirme, desde que el presidente firmó el tratado de paz. ¿Y tú?

— Yo, poco más ó ménos, lo mismo que tú.

— Pues entónces, me alegro de encontrarte, porque desde mañana ya no me aburriré.

— ¿Cómo es eso? ¿Tienes trabajo? ¿Te has ajustado en algun ingenio?

— ¿Trabajo? ¡Bah! Cuando el espinazo permanece algunos años sin encorvarse sobre la tierra, se hace duro, inflexible, y por no romperse no se encorva mas. Y ademas, que yo, para no aburrirme, necesito cuatro cosas: mucho café, mucho cacao, mucho dinero y poco trabajo, — me contestó el negro haciendo un guiño picaresco con los ojos y los labios.

— ¿Te has encontrado alguna mina de oro en los móntes del Norte de la isla? — le dije riéndome.

— No, pero la he encontrado en el mar.

— Habla claro; no te entiendo.

— ¿Ves aquel brik que se mece como una zarceta allá adentro?

— Sí, le veo; parece norte-americano.

— Efectivamedte, en aquellas tierras ha sido construido . .

— ¿Y que tiene ese busque?

— Ese buque es el mas velero que se pasea por el gran charco; recorre los mares como una sardina, y salta los escollos durante la borrasca como un delfin. Su movimiento es mas suave que el de la gaviota cuando riza las aguas con la punta de sus largas alas en un dia de calma. El pez espada se veria apurado para seguirle cuando despliega todas

las velas, y la criolla mas emperejilada se avergonzaria viéndole al pairo en un dia de buen sol y mar serena.

—¡Eh, acaba pronto con tu descripcion! Ya veo que es un buque estrecho de proa, gallardo de bandas y esbelto de mástiles y armamento; lo delgado de sus palos y lo recto de sus costados me demuestra, como ya he dicho, que es un buque norteamericano.

— Lo acertaste. Su capitan es de los mezclados, hombre duro en la fatiga, valiente ante el peligro como el general Cosme Churruca [1], y en tiempo de paz bebedor como un mosquito. El color de su cara es un poco mas oscuro que el tuyo y algo mas claro que el mio; tiene á su servicio treinta mozos de distintas nacionalidades; en la cubierta de ese buque se hablan todas las lenguas del mundo, pero en el momento del peligro no se reconoce mas que una : la del valor. Buenos muchachos, con los que eché ayer un trago; y á uno de ellos le salté un ojo, para darle una prueba de mi cortesanía. Al capitan le llaman Bebe-Sangre; es todo un caballero; comerciante honrado y justo, que cumple todo lo que ofrece y paga todo lo que debe. ¡Ah! Me olvidaba decirte que el brik tiene dos bocas de fuego en la

1 En el combate de Trafalgar una bala de cañon se llevó una pierna de este valiente marino, y con una serenidad propia de los héroes hizo que le metieran en un barril lleno de harina, desde donde siguió mandando el buque hasta que espiró.

popa, y armas de abordaje en el salon de proa; que se llama *San Telmo*, y que esta noche se hace á la vela éon rumbo á las costas de Guinea.

— Es decir, que es un buque negrero, — pregunté con cierto gozo.

— Tú lo has dicho.

— ¿Y me vienes á ofrecer una plaza entre esos aventureros de mar, y una parte en el negocio?

— Precisamente.

— ¿Y dónde podremos ver al capitan?

— En un figon que hay en la calle del Rey, junto al puerto.

— ¿Y crees tú que me admitirá como tripulante? — pregunté con curiosidad.

— Y algo mas que eso, — dijo el Receloso con acento de conviccion. — Yo le he enterado de tus cualidades; le he referido tu primera hazaña, ya sabes, la puñalada maestra que te dejó huérfano; este rasgo ha causado tanto efecto al capitan, que casi se llegó á enternecer, y se bebió un vaso de ginebra á tu salud. Luego le dije que eras hombre de corazon y valor para el peligro, y que en tiempo de paz manejabas la pluma como un escribano. Esta cualidad le ha admirado, porque Bebe-Sangre no sabe leer; así es, que dando un puñetazo sobre la mesa que hizo despertar á un inglés que dormia al extremo opuesto, exclamó con entusiasmo: « ¡Guacao, ya tenemos al hombre que nos faltaba! ¡Tráele contigo al buque! » Yo salí contento del figon, por-

que te quiero como si te hubiera criado; pero al verme en la calle, me dije : « ¿Y en dónde diantre encontraré yo ahora á ese bribon de Pancho? » Pero ya ves lo que es la suerte de los hombres : te he encontrado en dónde ménos pensaba.

Cuando el negro concluyó su relacion, le supliqué que me condujera al punto donde se hallaba el capitan del *San Telmo*.

Poco despues entramos en una especie de figon ó cueva, ennegrecida por el humo de las pipas, en donde se veian média docena de mesas ocupadas por algunos marinos de aspecto repugnante, y un mostrador en donde un negro, con los codos apoyados sobre la vinosa tabla y la cara en las palmas de las manos, esperaba con la sonrisa en los labios que algun parroquiano utilizara sus servícios.

El capitan se hallaba bebiendo con dos de sus tripulantes cuando nos acercamos á su mesa.

— Buenas tardes, patron, — le dijo Guacao. — Este mocito es el de márras.

Y el Receloso apoyó familiarmente una mano sobre mi hombro.

El capitan era un hombre como de cincuenta años y extremadamente obeso.

Tenia los ojos pequeños y grises; la piel de su rostro era de color de púrpura, sin duda por el abuso de las bebidas alcohólicas.

Su cara ostentaba dos heridas : una en la frente,

y otra que nacia en la oreja derecha y le cruzaba por encima de la nariz.

Era uno de esos tipos innobles que tanto abundan en la América del Norte, y que ostentan con vanidad el color de su cara.

— Me han asegurado — dijo dirigiéndome la palabra con voz aguardentosa — que eres un estuche que todo lo sabe, y que no tienes miedo á nada.

— Lo que soy y valgo, podrás verlo cuando llegue la ocasion de ponerme á prueba.

— ¡Buena respuesta! Y por el cráneo de mi abuelo, que ella sola merece que te estreche la mano.

Alargó su mano, que yo cogí con la mia, y sin duda para probar mis fuerzas la apretó con todas las suyas. Yo resistí con valor aquella prueba, apretando por mi parte todo lo que pude.

— Veo que tu mano no es de alfeñique, — añadió ; — eso me place ; toma.

Y me alargó un vaso lleno de ginebra.

Yo apuré el vaso, y entónces él, mirándome fijamente, me dijo :

— Te nombro mi secretario. Esta noche te espero á las diez en punto, junto á las rocas de las Salínas, pues quiero aprovechar la brisa de tierra.

— Allí estaré, — le respondí.

— Te vendrás á bordo con nosotros, y creo que seremos buenos amigos, ¿no es verdad?

— Así lo espero.

— Pues entónces, puedes ir á fletar tu equipaje. ¿Te falta dinero?

— ¿Crees tú que si fuera rico necesitaria ocuparme en el comercio de carne? — le dije algo molestado por el tono altanero y fanfarron que empleaba en la primera entrevista.

— Tienes razon, — respondió. — Toma para lastre.

Y diciendo esto, tiró sobre la mugrienta mesa cuatro onzas de oro.

Yo cogí el dinero y salí de aquella taberna.

Estaba comprometido con los bandidos de mar; es decir, era uno de ellos.

El enfermo, al decir estas palabras, demostró una amargura cruel.

CAPÍTULO VI

EL BRIK SAN TELMO

Hubo una pausa.

Al enfermo, mas que el relato, le fatigaba el remordimiento de su vida pasada.

Sus lívidos labios besaron con fervor la santa cruz que oprimian sus manos descarnadas; porque, cuando la muerte se acerca, hasta los mas criminales se olvidan de los hombres para ocuparse de Dios.

El sacerdote fijó la mirada en el enfermo, porque no oia su voz.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Aquellas lágrimas envolvian una súplica fervorosa al Dios invisible de Abraham y Jacob.

Indudablemente aquella plegaria, elevada al cielo por un sacerdote justo, era atendida por el Eterno.

La tolerancia, esa belleza de las almas cristianas, esa noble condicion que debe anidar en el pecho de

los pastores de Jesucristo, la poseia el padre Roque en el grado más sublime de su grandeza.

Á un pecador que en la hora de su muerte confiesa sus crímenes, arrepentido, con las lágrimas en los ojos, la fe en el alma, y la súplica en los labios, enseñarle el infierno, pintarle sus tormentos con gritos descompasados y fanáticos, es cerrarle las puertas del cielo; porque el moribundo pierde la esperanza de salvacion, y la ira y el despecho le arrancan las mayores blasfemias con el último soplo de vida.

— El Mártir del Gólgota — dijo el sacerdote viendo que el enfermo habia interrumpido su confesion — bajó á la tierra á derramar su sangre por el pecado ajeno; su última palabra fué pedir el perdon de los que tan cruelmente le trataban, porque su bondad es infinita, y su tolerancia grande, como su glorioso nombre. ¡Valor, pues, hijo mio! Recobra tus fuerzas, reconcentra tu espíritu, y publica sin temor tus crímenes, esperando que tu fe y contricion han de abrirte las puertas de ese cielo del que has tenido por espacio de tanto tiempo los ojos apartados.

— Aquella noche nos hicimos á la vela, — continuó el enfermo, alentado por el sacerdote. — Una nueva vida iba á comenzar para mí, pero una vida mas infame, mas degradante cien veces que la que habia llevado hasta entónces.

La caterva de miserables, que habia elegido por compañeros, era una gavilla de malhechores de mar,

sin mas Dios que el botin, sin mas ley que el crímen, y sin mas afecciones que los placeres brutales.

Pronto, padre mio, me avecé á sus mañas; pronto fui uno de los mas terribles tripulantes del *San Telmo*.

Pero en medio del cieno, ¿qué puede uno hacer mas que mancharse con él?

La compasion era mirada como cobardía, y para no caer en el desprecio de aquellos miserables, era preciso ser tan infame como ellos.

Cuando una de las víctimas que apresábamos para comerciar con ella, nos pedia con las lágrimas en los ojos que la dejáramos abrazar á sus hijos ó á su esposa, el rasgo mas plausible era escupir su cara ó magullar su cuerpo á golpes. Esto era un hecho sublime, y el que así se portaba estaba seguro de merecer el aplauso y la admiracion de sus compañeros.

Sobre la maldita cubierta del *San Telmo* se cometian los sacrilegios mas horribles que han perpetrado jamas los hombres.

Un tonel de vino, un barril de ginebra, eran adorados como un Dios; un borracho era un héroe; un rasgo de crueldad, la gloria mas envidiable.

El vicio y el crimen eran los hábitos mas profundamente arraigados en nuestros corazones.

Teníamos verdadera sed de sangre; éramos perros rabiosos que, no teniendo á quien morder, nos devorábamos unos á otros.

El enfermo se detuvo para tomar aliento.

Luego continuó :

— Las costas de Guinea fueron el teatro de nuestras vandálicas hazañas.

Angola, Matamba, Bengala y el Congo sintieron los efectos de nuestra rapiña; y las madres de Achantis y de Dahomey lloraron mas de una vez la pérdida de sus hijos, con las dolorosas miradas fijas en las cumbres de Sierra-Leona.

¡Oh! ¡Cuántas veces, al doblar el Cabo López, nuestras horribles blasfemias y nuestras sacrílegas, carcajadas apagaron los desgarradores gritos de los infelices que gemian por su libertad, amarrados como perros en traílla en la bodega de nuestro buque!

¡Cuántas veces á la sombra de un enorme *baobal* [1] alguno de los feroces caciquues de las orillas del Zaeri nos vendian por un tonel de aguardiente sus prisioneros y aun sus mismos hijos y mujeres!

Yo presenciaba entónces estos contratos inhumanos con el desden en la mirada y la pipa en la boca.

Mi corazon nada me decia, porque aquello era lo mas natural del mundo; trocar un hombre por un cuchillo, cambiar una mujer por una botella de ron, ó un nino por una petaca de cuero, para nos-

[1] Arbol enorme que se cria en las riberas del Senegal, el Gambia y el Mesurada. Su tronco llega á tener ciento treinta piés de circunferencia, sirviendo su interior de asilo á familias numerosas; y muchas veces edifican en ellos sus templos los moradores del bosque.

otros tenia la misma importancia que las blasfemias con que acompañábamos los tratos.

Los gritos de la madre pidiendo el tierno adolescente que le arrancábamos de su seno; las súplicas de la esposa reclamando el esposo amado que arrebatábamos de sus brazos, era una especie de música agradable que nos hacía reir mucho; y algunas veces, padre mio, lo confieso con vergüenza de mí mismo, ante aquellos lamentos dolorosos nos poníamos á bailar, haciendo mofa del dolor, ó bien nuestros impúdicos labios se imprimian en la boca de la afligida negra, para calmar por este cínico medio su desesperacion y la de su amante.

El mulato se detuvo para tomar aliento, bebió un sorbo de un jarabe que tenia sobre la mesa de noche, y continuó :

— Miéntras tanto, el viento de la fortuna seguia hinchando las velas de nuestro ligero brik.

Tres años llevábamos en aquel comercio infame, y los cruceros españoles é ingleses no habian podido apresarnos, pues aunque lo intentaron várias veces, supimos burlar sus deseos; porque nuestro capitan Bebe-Sangre era un gran conocedor de las costas y un marino inteligente.

La vida de pirata no es duradera.

La fortuna se cansa pronto de proteger á los malvados.

Una noche que nos hallábamos el capitan y yo arreglando las particiones de los tripulantes, pues

el negocio habia sido abundante, Bebe-Sangre, hombre grosero y de forma agresiva, descargó un terrible puñetazo sobre la mesa, exclamando :

— ¡ Estas cuentas están mal sacadas ! ¡ Tú con tus garabatos me robas la mitad de mi parte, y por Neptuno el barbudo que no paso por ello ! ¡ El cargamento de ébano [1] nunca me ha producido tan poco, y sin embargo, en las plantaciones pagan bien nuestro flete !

Yo miré con extrañera á aquel hombre que por la primera vez en el espacio de tres años me daba muestras de desconfianza.

— ¿ Por qué me miras con aire estúpido ? ¿ No me conoces? — gritó. — Pues en ese caso, dílo sin rodeos, y pondré mi puño en contacto con tus narices, para que con el roce nos familiaricemos.

Aquel nuevo insulto agolpó toda la sangre de mis venas á mi corazon.

Me puse en pié en ademan de castigar á aquel miserable que me habia insultado.

— ¡ Hola ! ¡ hola ! — me dijo, acariciando la culata de una pistola. — ¡ El gato montés arquea el espinazo y atufa los bigotes delante del chacal de los mares ! ¡ Hé aquí una cosa que me agrada !

— El gato montés — le dije con imperio — está siempre dispuesto á castigar á un miserable que, como tú, duda de su buena fe.

[1] Así se llama el cargamento de negros.

— ¡ La buena fe en un barco negrero! ¡ Bah! Tú estás borracho; torna á sentarte y continuemos con tus malditos garabatos, si no quieres que te envíe una bala que te despeje la mollera.

— ¡ Miserable! — exclamé, ciego por la ira y sin poderme contener, abalanzándome sobre él con el cuchillo en la mano.

Bebe-Sangre vió el peligro que le amenazaba, y de un salto se colocó á dos pasos de mí con ademan terrible, y soltando una feroz carcajada, me disparó un pistoletazo á quema ropa.

Afortunadamente, la bala pasó por debajo de mi brazo derecho, llevándose un trozo de mi blusa.

Yo di un paso mas y le hundí mi cuchillo hasta el mango en la garganta.

Una horrible maldicion fué su última palabra, y cayó de espaldas, haciendo estremecer las frágiles paredes del camarote con el peso de su cuerpo.

Pronto el ruido de la detonacion atrajo al sitio de la catástrofe á algunos tripulantes.

Yo permanecia en el mismo sitio, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿ Qué ocurre? — preguntaron algunos, asomando la cabeza por la escotilla de popa.

— Nada, — les dije, ostentando una calma que estaba muy léjos de sentir. — El capitan me ha disparado un tiro á quema ropa, y yo, que soy agradecido, le he clavado mi puñal en la garganta.

Entónces oí un murmullo en la cubierta, que se

iba extendiendo por todo el buque como el sordo mugido del vendaval que anuncia la tempestad.

El murmullo creció, como la marea de los golfos, y por fin estalló un horrible alboroto.

Yo oia correr sobre cubierta; percibia el choque de las culatas al caer sobre las tablas, y el acerado ruido de los machetes.

Indudablemente aquellos desalmados pensaban vengar á su jefe.

Mi posicion era crítica.

La idea de conservacion está encarnada en el espíritu del hombre; yo pensé en la mia, y recordé que la santa bárbara se hallaba colocada bajo las tablas del camarote de popa.

Cerré la escotilla y encendí una mecha.

Ya era tiempo; porque mis compañeros comenzaban á descargar furiosos golpes con las hachas de abordaje para abrirse paso.

Yo, miéntras tanto, habia abierto la trampa, esperando con la mecha en la mano el momento de hacer volar el buque.

La desesperacion cierra los ojos á la luz y centuplica el valor.

Yo estaba desesperado; sabía de seguro que si aquellos furiosos me echaban la mano encima, era muerto; y á los veinte años la vida está llena de esperanza, rodeada de atractivos, y los hombres de corazon la defienden hasta el último momento.

Por fin cayó rota en astillas la trampa que me se-

paraba de mis enemigos, y algunos de ellos saltaron dentro del camarote, gritando :

— ¡ Muera el asesino !

La pólvora que veian á mis piés, la mecha que humeaba en mi mano, y la fria indiferencia que sorprendieron en mi rostro, al par que mi aire resuelto, les hizo retroceder horrorizados.

— Camaradas, — les dije, — el capitan quiso matarme disparándome un pistoletazo ; ved mi blusa chamuscada por la pólvora y rota por la bala. La defensa es admitida entre hombres libres como nosotros ; cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo. Si queréis vengar su muerte, haréis mal, porque yo soy el dueno de la santa bárbara : ya lo veis.

— Pero díme : ¿qué diablos piensas hacer con esa mecha encendida ? — preguntóme Guacao el Receloso, abriéndose paso entre los amotinados y colocándose en primera línea.

Yo no le respondí.

Al notar mi silencio se sonrió.

Guacao me habia dado mil pruebas de su leal amistad durante mi vida aventurera.

Su presencia me infundió aliento ; su actitud, pues se presentó con las manos en los bolsillos del pantalon y la pipa en la boca, me tranquilizaba. Ademas, creí advertir en sus ojos ciertos guiños de inteligencia que no comprendí por entónces.

Guacao continuó con la misma calma que habia empleado anteriormente :

— ¿Quieres que estos pobres muchachos, tan valientes, tan honrados y tan trabajadores, bailen una zarabanda por el aire? Vamos, Pancho, arroja léjos de ti esa mecha, y hablemos como buenos camaradas; porque despues de todo, estos señores — dijo señalando á los amotinados — tendrán que acabar por darte las gracias. El capitan era un hombre de corazon, inteligente marino; pero esas cualidades desaparecian ante los dos defectos capitales de su vida; y estos defectos, como todos sabemos, eran, su carácter agresivo y su poca conciencia en el reparto del botin. Sin embargo, su pérdida es sensible, lo conozco; pero yo se lo habia dicho mil veces: « Mira que un dia cualquier chico te atravesará con su cuchillo los riñones. » Pero él se reia de mis advertencias. Tú le has muerto en defensa propia. Bien. ¿Y qué? Si no hoy, mañana, y si tú no, otro, esto tenia que suceder. Conque á lo hecho pecho, muchachos; atémosle una bala á los talones, y démosle honrosa sepultura, como á buen marino; que al fin y al cabo, mas vale morir de una puñalada que no en medio de una plaza siendo racimo de alguna horca, ó colgado de una verga en un buque.

Este discurso produjo un gran efecto entre los tripulantes.

Algunos de ellos, abandonando su actitud hostil, se echaron á reir.

Yo, por mi parte, no entendi ni una palabra de aquella perorata.

— Suponed, queridos compañeros mios, — continuó el negro con la misma calma, — que ántes, cuando nos repartíamos el botin ó las ganancias de nuestro honrado tráfico, Bebe-Sangre apartaba la mitad para el buque, pues era suyo, y luego, de la otra mitad, tomaba la quinta parte como capitan y nos arrojaba las cuatro quintas partes para que nos las repartiéramos entre todos; es decir, que nos daba un hueso que roer, despues de comerse la carne. Ahora el negocio se presenta de un modo mas ventajoso; porque el barco es nuestro, exclusivamente nuestro. Las partes de ganancia se repartirán por igual, exceptuando alguna pequeña mejora con que dotaremos al capitan que elijamos, porque su vida, en caso de apresamiento, corre mas riesgo que la de los simples individuos. Ved, pues, queridos compañeros, cómo os encontráis con una considerable ventaja en el negocio, casi un ciento por ciento; yo creo que no le vendrá mal á nadie tomar treinta partes en vez de quince; digo, á mí al ménos, mas me gusta un peso que medio, y una onza mas que un doblon.

La lógica del negro entusiasmó á los furiosos tripulantes.

Los que poco ántes querian despedazarme, comenzaron á dar desaforados gritos de entusiasmo, vitoreando mi nombre.

Guacao me habia salvado la vida.

La avaricia se hallaba encarnada en aquellos co-

razones depravadoε, y él supo halagarla; es decir, les tocó la cuerda mas sensible de su alma.

Aquella misma tarde se arrojó al mar el cadáver del capitan, celebrando el acontecimiento con un barril de Jamaica.

Cuando el sol dejó su imperio á la noche, la tripulacion del *San Telmo* rodaba por la cubierta, esclava del vicio mas repugnante del hombre, la borrachera.

Pronto el pesado sueño del ron se apoderó de todos los tripulantes, y el brik, sin timonero ni piloto que le guiara, con las velas desplegadas, caminó á merced del viento toda aquella noche.

El enfermo hizo una nueva pausa en su relato, para tomar aliento.

CAPÍTULO VII

DONDE VERÁ EL LECTOR QUE NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

— Al amanecer del dia siguiente — continuó el enfermo — comenzamos á levantar las soñolientas cabezas, lanzando en derredor nuestro miradas estúpidas y riéndonos los unos de los otros.

Nos hallábamos en el Gran Océano.

El mar, tranquilo como un espejo, brillaba herido por los ardientes rayos del sol de los trópicos.

El brik, ligero como una garza real y gallardo como un cisne, seguia su marcha por aquellas inmensas soledades de agua, empujado por una brisa bastante fuerte.

Los vapores del ron se disiparon poco á poco de nuestras mentes, y entónces recordamos las escenas ocurridas el dia anterior.

Era preciso nombrar un capitan que nos dirigiera, y la eleccion recayó en mí, que en vida de Bebe-Sangre era el segundo del brik.

Acepté el cargo qué me conferian mis compañeros, sintiendo en el fondo de mi corazon satisfecha la torpe vanidad que tanto empequeñece al hombre.

Mi afan desde aquel momento fué enriquecerme á toda costa.

Era preciso no perder el tiempo.

— La fortuna es voluble, — me dije, — y hace algunos años que nos empuja favorablemente. El dia que nos vuelva la espalda, nuestros cuerpos adornarán el palo mayor de un buque de rey.

Manifesté á mis compañeros que no debíamos contentarnos con el tráfico de negros.

— Nueslras cabezas están pregonadas en todos los puertos de las Antíllas, — les dije; — el nombre de nuestro brik, la hechura de su casco y la esbeltez de sus palos no son desconocidos á la armada; dediquémonos, pues, á la piratería; saqueemos los barcos de transporte que hallemos al paso y cuya conquista nos sea fácil. En una palabra: enriquezcámonos lo mas pronto posible, ántes que el cañon de un buque enemigo nos pruebe la fuerza de su calibre.

Mi proposicion fué admitida por unanimidad.

El mulato se vió precisado á interrumpir su relato por un fuerte golpe de tos.

— Está usted fatigado, hijo mio, — le dijo el sacerdote con una dulzura que aquel criminal se creia indigno de merecer. — Puede usted descansar un rato; yo miéntras tanto seguiré elevando mis preces al

cielo, para que Dios envie su perdon sobre esa frente.

— ¡ Oh, no, padre mio ! — volvió á decir el enfermo. — El relato no me fatiga ; por el contrário, á medida que voy descargando mi conciencia, voy sintiéndome mejor. Confesar las culpas es un consuelo incomparable para un gran pecador á la hora de su muerte. Ademas, necesito terminar mi confesion. Usted, señor cura, estará cansado, y mi relato le roba el descanso.

— Nunca he sentido cansancio ejerciendo los encargos que mis votos me imponen. Mi deber me conduce hoy junto á este lecho, del que no me separaré miéntras pueda ser útil á un desgraciado. Los hombres son mis hermanos. Yo busco el dolor para consolarlo. Jesucristo fué un Dios y vivió entre los afligidos.

Y cambiando de tono, añadió :

— Voy, pues, señor cura, á continuar la historia de mis crímenes.

Y el mulato, despues de aspirar una porcion de aire éon cierta avidez, como si por este medio quisiera prestar á sus pulmones la fuerza de que carecian, repuso de este modo :

— Á los hombres mas infames, á los séres mas degradados, les gusta tener un rincon, un probre hogar en donde se les reciba con cariño, cuando despues de una existencia borrascosa buscan alivio al cansancio físico y moral que trae csnsigo la vida del crímen.

Una sonrisa de amor, una palabra de afecto, borra por algunos instantes el recuerdo de los crímenes.

La isla de Haití tiene multitud de pueblecillos en sus costas, cuyos modestos habitantes no conocen otra profesion que la pesca y la caza.

Uno de estos pueblos, llamado Macayba, era el que nos surtia de tasajo y pescado seco.

Teníamos toda nuestra confianza en aquel pueblo, porque sus moradores hacian su negocio con nosotros, sin importarles la clase de comercio que nos lanzaba á cruzar los mares.

Recibian nuestra moneda sin preguntar cómo la habíamos adquirido.

El pirata gasta su dinero con desprendimiento; así es que para los habitantes del pueblo de Macayba, el arribo á sus costas del brik *San Telmo* era una fiesta, un regocijo, que producia una ganancia segura, una mina que explotar.

Esto sucedia, por regla general, cinco ó seis veces al año, pues nosotros hacíamos los desembarcos de negros en la parte baja de la isla de Cuba, donde las plantaciones tienen mas necesidad de brazos para el cultivo del café y la caña.

Los continuos desembarcos en aquel pueblo que nos abastecia, nos relacionaron con sus moradores.

Eran, por decirlo así, nuestro refugio, nuestro hogar doméstico, nuestra casa de recreo; ese rincon apetecido del hombre de mar, que se abandona con

una lágrima en los ojos y se contempla desde léjos con la sonrisa en los labios.

Yo me habia relacionado con una familia á quien llegué á considerar como mia; y puedo asegurar á usted, padre mio, que si en la tierra me ligaban algunos lazos, esos se hallaban en el seno de aquellos honrados pescadores de Macayba, que con tanta benevolencia me trataban, y en cuya casa mi cabeza, agitada por las tempestades del Océano y el peligro y los crímenes de mi vida aventurera, hallaba el pacífico y apetecido descanso á la sombra de su pajizo techo.

En este nido, donde iba á reposar del agitado vuelo de mi vida, vivia una jóven que apénas frisaba en las diez y seis primaveras.

Mulata como yo, pero de fino y transparente cútis, sus hermosas mejillas ostentaban el color y la brillantez de las perlas del Congo; las pronunciadas líneas de su rostro, lleno de vida, atraian las miradas hasta del hombre mas indiferente; su pié ligero, sus ojos garzos y velados con miradas señolientas, descubrian el fuego de su alma, imágen de aquella tierra precoz que le habia servido de cuna.

Su nombre era Juana, pero en el publo sólo se la conocia por Guadalupe, á causa de tener gran parecido con la Vírgen de este nombre, tan venerada en aquellas costas.

Guadalupe era la hija única de los honrados due-

ños de la casita que me servia de refugio durante mi permanencia en el pueblo.

Al principio miré á aquella niña con indiferencia; pero poco á poco el trato fué engendrando las simpatías, y estas dieron por resultado la amistad.

Guadalupe era presumida, y gustaba mucho de presentarse los dias de fiesta engalanada con los adornos mas vistosos.

Á falta de cintas, se adornaba con flores.

Yo alentaba su vanidad, pues en todos los viajes la traia como regalo alguna gala de los países que recorria.

Guadalupe pagaba mi recuerbo con la sonrisa mas amable del mundo, y diciéndome estas palabras:

— El domingo no habrá en el baile una muchacha mas compuesta que yo.

Andando el tiempo, Guadalupe llegó á ocupar mi memoria. Pensaba en ella, cuando en las calorosas noches de verano, sentado sobre la popa de mi buque, aspiraba la refrescante brisa del mar.

Al llegar á Macayba, mis ojos la buscaban entre la gente que venia á la playa á recibirnos.

Mis primeras palabras, eran preguntarla si se habia acordado de mí durante mi ausencia.

Los regalos era mas numerosos, pues ya no me contentaba con traerla un objeto solo.

En fin, padre mio, la amistad que hácia aquella hermosa jóven habia sentido mi corazon, se habia

elevado al grado mas sublime, á su verdadero apogeo, trocándose en amor.

Amaba á Guadalupe; y una noche, á la orilla del mar, sentados sobre una roca, sin mas testigos que la luna, sin mas ruido que el de las mansas olas que se estrellaban á nuestros piés, la confesé la secreta pasion que me habia inspirado, y ambos á dos nos juramos un amor eterno; porque ella me confesó que me amaba en secreto hacía mucho tiempo.

La reina de la noche recogió nuestro juramento, y desde aquel dia sentí en mi pecho nacer la ambicion. Deseaba ser rico sólo por ella; hubiera querido elevarla sobre todas las mujeres del mundo.

El amor purifica y regenera : yo sentí esos efectos en mi corazon, pues mi carácter duro é irascible se tornó dulce y condescendiente.

La vida de pirata comenzó á disgustarme, porque me obligaba á estar separado de Guadalupe las tres cuartas partes del año.

Una tarde que seguíamos el derrotero del viejo canal de Bahama, para tomar la punta del Diamante, pues reinaba un viento Nordeste bastante recio, y el mar agitaba sus gruesas olas preludiando la tempestad, nos hallamos de pronto con un buque de mayor porte que el nuestro.

Este buque era de guerra y llevaba el pabellon inglés.

Un cañonazo sin bala nos annunció que deseaba conocer nuestra bandera.

Izamos el pabellon americano; mas sin duda pareciôles sospechoso nuestro buque, viéndonos virar con tanta seguridad por el derrotero que conduce al canal, en donde la multitud de bajos, conocidos por la gente de mar con el nombre de Callos Colorados, lo hace peligroso para todo buque de alto porte que no sea muy práctico en el derrotero.

Un segundo cañonazo resonó en el espacio, y la voz de la bocina que nos mandaba poner al *habla*, y enviar á su bordo un bote con nuestro capitan, sin duda para practicar en nuestro buque un reconocimiento.

La bodega de nuestro brik contenia quinientos negros. Era, pues, imposible acceder á lo que deseaban los tripulantes de aquel buque.

En estos casos se delibera pronto, porque el tiempo es la salvacion.

Me apoderé del anteojo para enterarme del porte del buque que seguia nuestro derrotero.

— Muchachos, — les dije, empleando el lenguaje que ellos comprendian mejor, — el tiburon que nos sigue tiene buenos colmillos. Es un bergantin inglés con veinte bocas de fuego y cien plazas. Nosotros somos veintiocho hombres, y sólo tenemos dos cañoncitos de hierro : abordarlos seria una temeridad; huir es bastante expuesto, pues tenemos á dos millas de nosotros los malditos Callos Colorados. En el Gran Océano, en el mar de la China, yo me reiria de esos cangrejos, que quieren ver la

cara á la madera de ébano de nuestra cáscara; porque allí el brik, guiado por mi mano, saltaria sobre las olas como un delfin, riéndose de esos borrachos que quierem probar la ginebra de nuestra bodega; pero en el canal de Bahama, los bajos abundan y tienen fuertes mandíbulas, que suelen hacer presa en las quillas de los incautos buques que lo cruzan. Afortunadamente, nuestro brik cala poco, y Dios hará que salvemos los peligros que nos rodean. En fin, muchachos, en el último extremo, orzaremos hasta enseñarles nuestro gallardo baupres, y les venderemos caras nuestras vidas.

Mi arenga fué interrumpida por un tercer cañonazo, cuya bala, arrancando á un hombre del puente, lo lanzó al mar para no volver á salir mas de él.

— ¡ Buen ojo tiene el artillero ! — dijo uno de aquellos desalmados, viendo desaparecer el mutilado cuerpo de su compañero en el abismo, que dejó una mancha roja sobre la superficie.

— Peor para nosostros, — respondió otro encogiéndose de hombros.

— ¡ Á ver ! — les grité con voz de mando. — ¡ Que se coloque un hombre que tenga buena vista en el tope del baupres, otro en la última cofa del palo mayor, y dos en las bandas de babor y estribor de proa ! Poned á medio rizo las velas grandes del palo mesana y el trinquete, y avisad siempre que la superficie colorada de la mar os indique al-

gun bajo que creáis peligroso para nuestro buque; y si es necesario, echad la sonda.

Mis órdenes fueron cumplidas.

Entónces me senté en el puesto del timonel y empuñé la caña.

La tripulacion se colocó en escala, formada de proa á popa, para poder comunicarme lo que los exploradores vieran, y el rumbo que debia seguirse.

Los ingleses no tuvieron duda, al ver nuestra maniobra, acerca de la clase de marinos que tripulaba el buque que pretendian cazar, y otra bala pasó silbando por entre las jarcias de babor.

Nosotros contestamos á sus saludos con dos cañonazos, que, desgraciadamente para ellos, causaron alguna avería en el velámen del bergantin inglés, lo cual les interrumpió algo en su marcha, pues su capitan dió la órden de componer los destrozos causados por nuestros proyectiles.

Aquella maniobra me indicaba que tenian empeño en apresarnos.

El peligro era inminente; tal vez el mayor en que se habia visto el *San Telmo* desde que era tripulado por los negreros.

De vez en cuando, se oia la calmosa entonacion de los marineros de proa que decian:

—¡Vira á babor!

Entónces yo hacia crujir la caña del timon, y el brik, dócil como un niño, giraba, dejando á un lado la blanquecina mancha de las aguas sin fondo,

bajo la cual el ojo práctico del marino veia la muerte.

El bergantin inglés seguia dándonos caza y haciendo fuego sobre nosotros.

Pasaron algunos minutos.

Sus balas nos molestaban lo suficiente para inspirarnos algun recelo.

Cinco hombres heridos se revolcaban sobre nuestra cubierta con los dolores mas terribles.

Pero ¿ quién hace caso de los lamentos de un herido cuando la muerte corre en pos de los vivos con las velas desplegadas?

De repente sentí sobre mi cabeza el mismo ruido que si cien millares de patos silvestres hubiesen pasado volando.

El brik se estremeció y acortó su marcha. Miré su velámen, que poco ántes hinchado y soberbio nos arrastraba con una velocidad de cuatro millas por hora, y vi con asombro que la mayor parte de las velas se hallaban agujereadas, y rotas algunas vergas.

La tripulacion lanzó un grito de terror y de espanto al ver los efectos de la metralla.

La marcha del brik comenzó á ser mas lenta desde aquel instante.

El buque inglés se nos venía encima.

Estábamos perdidos.

Otro metrallazo, otro bote de hierro disparado con acierto, podia convertir nuestro buque en un pon-

ton, en una balsa pesada é inservible para la fuga.

El desaliento y el pánico comenzó á cundir entre los marinos.

Algunos de ellos se acercaron á mí, me pidieron la llave de la bodega. Querian beber, emborracharse y esperar al enemigo.

— Tiempo nos queda, — les respondí con imperio. — Cada cual á su puesto. Yo soy el capitan, y á mí me toca indicar el momento del abordaje.

— El barco inglés ha ganado terreno y se sirve de la metralla, — me dijo uno, colocándose delante de todos con ademan insolente. — ¡ Qué diablos, capitan! Deja á estos pobres muchachos que mueran á su gusto; no seas avaro por un tonel de ginebra.

— ¡ He dicho que á sus puestos! — le respondí con acento amenazador.

Otro metrallazo destrozó algunas de las jarcias de estribor, llevándose un gran trozo de la cangreja del palo mayor.

— ¡ Vamos, capitan! Ya ves que no hay tiempo que perder; los cangrejos le han tomado el gusto, y no cesarán hasta dejarnos desarbolados, — volvió á decirme el marino.

Viendo la obstinacion de aquel miserable, me puse en pié, resuelto á no consentir nunca en lo que se me pedia.

Volví la cabeza para ver á qué altura se encontraba el bergantin, y empuñé el anteojo.

Algo extraño pasaba en el buque inglés, porque habian botado al agua dos lanchas, sobre las que se veian algunos hombres.

Parte de la tripulaeion, asomada sobre la barandilla de proa, miraba hácia el fondo del mar, miéntras que los otros, encaramados en los palos, plegaban las velas con precipitacion.

Al momento comprendí lo que sucedía.

El bergantin, de mucho mayor calado que nuestro brik, habia querido seguirnos aprovechándose de nuestras evoluciones, y habia encallado en uno de aquellos bancos de arena.

Esta desgracia nos salvaba.

Mi gozo fué grande.

La suerte de nuestros perseguidoees era triste, angustiosa; pero el egoísmo hizo que en aquel momento me gozara en su desgracia.

— ¡Camaradas, — les dije á los mios, extendiendo mi brazo en direccion al bergantin, — nos hemos salvado! — ¡Los ingleses han encallado!

Toda la tripulacion del brik se reunió en el alcázar de popa, para ver lo que les decia.

Pronto se persuadieron de la veracidad de mis palabras, y un clamoreo de hurras y vítores salió de todos aquellos pechos, poco antes tan desesperados.

Yo empuñé la bocina y di órdenes enérgicas para componer las jarcias y renovar algunas de las velas mas necesarias.

Mi órden fué obedecida al momento, y poco despues el brik, volviendo á recobrar su antigua ligereza, marchaba impávido, salvando los escollos y dejando á su espalda á los ingleses.

Una hora mas tarde estábamos fuera del alcance del cañon de nuestros enemigos.

El peligro entónces habia desaparecido, y entrando en mar gruesa, pudimos por fin respirar con alguna tranquilidad.

El sol, que en busca de otros hemisferios comenzaba á dejar en pos de sí las tinieblas, bañaba con sus postreros rayos el bergantin inglés que, inmóvil como una roca y silencioso como la muerte, permanecia en medio del mar.

Despues vino la noche y todo deeapareció de nuestra vista.

Ignoro la suerte de los que nos perseguian, padre mio ; pero no debió ser muy venturosa.

¡Quién sabe si el Juez Eterno me reconvendrá muy en breve por aquel ardid de guerra que causó la muerte á mas de cien marinos que no habian cometido otro delito que cumplir con la ley!

CAPITULO VIII

PRIMERA EXIGENCIA

— Hijo mio, — le dijo el cura, — te hallas fatigado; algunas horas de descanso te serian provechosas.

— No, no; necesito terminar mi confesion, — replicó el mulato con vehemencia. — ¡ Quién sabe si dentro de algunas horas mi lengua, entorpecida por el frio estertor de la muerte, desobedeciendo á la voluntad, no podrá articular una palabra! Yo le robo á usted una noche de descanso, pero este robo será el último de mi vida, padre mio.

— Mi sacerdocio me llama junto al lecho del moribundo, — repuso el cura. — El tiempo de mi permanencia no tiene límites. No me pertenezco miéntras el enfermo necesite mis consuelos espirituales, miéntras el prójimo crea que mi presencia puede servirle para reconciliarse con Dios.

— Entónces, continuaré la narracion de mi vida.

Y el mulato prosiguió de este modo :

— Habian transcurrido algunos meses desde que el banco de arena del canal de Bahama nos libró del peligro que nos amenazaba, cuando nuestro brik fondeó á la vista de Macayba.

Sus habitantes salieron, como de costumbre, á recibirnos.

Grande fué su contento cuando les participamos que permaneceríamos algunos dias con ellos, porque nuestro buque necesitaba reparaciones.

Me hospedé, como siempre, en casa de Guadalupe.

Nuestro amor no era un secreto para sus padres, pues yo la habia pedido en matrimonio, y hacia algun tiempo que mis ahorros se depositaban en manos de aquellos honrados pescadores.

Una tarde, sentados en la azotea de la casita, mirábamos Guadalupe y yo el extenso mar que teníamos delante de nosotros, en medio del cual mi gallardo brik se mecia perezosamente, como una rica criolla entre las redes de su ingeniosa hamaca.

El sol derramaba sus rayos sobre los esbeltos mástiles de mi buque, arrancando mil cambiantes de vivos colores de las aguas claras y azuladas del Océano.

La brisa del mar llegaba á nosotros, impregnada de ese olor grato que abre el apetito, refrescando nuestras frentes, y despues se perdia entre las frondas de las vecinas arboledas.

— ¡Qué bonito es tu brik, Pancho! — me dijo

Guadalupe, dejando vagar sus velados ojos por el perezoso mar.

— No pasea otro igual el Océano, — respondió su padre. — Por la Vírgen de tu nombre, hija mia, que si yo fuera la novia de Pancho, me habia de inspirar celos ese gallardo buque que él manda; porque te advierto que un marino llega á tenerle tanto amor á la cáscara que le mece en los mares, como á su mujer; y aun algunos conozco yo que, entre su esposa y su barco, elegirian lo último.

— ¿Oyes lo que dice mi padre? — me dijo Guadalupe en tono de broma.

— Yo te juro que no seré de esos, — respondí. — Mucho quiero á mi brik, pero me bastaria una órden tuya para pegarle fuego.

Mi galantería fué pagada con una sonrisa llena de ternura.

Su padre se encogió de hombros en tono de duda, y su madre, haciendo una mueca con los labios, dijo á média voz :

— Promesas de amante que nunca se realizan despues del matrimonio.

— Si mis palabras — continué — merecen algun crédito entre ustedes, les diré con franqueza que me aburre la vida de marino. La tierra me gusta mas que el agua; sobre todo desde mi último viaje, en que tan de cerca he visto la muerte.

— ¡Tú! — exclamó precipitadamente Guadalupe.

Aquella exclamacion encerraba para mí todo un poema de amoroso interes.

— ¿Alguna racha de Levante en las costas? — preguntó con indiferencia el viejo pescador.

— No. El tiempo ha sido inmejorable durante la travesía; pero á un maldito bergantin inglés se le ocurrió pasarnos revista de comisario, y nosotros tuvimos la humorada de no consentírselo, porque íbamos con la ropa sucia. Como sus piernas no eran tan ligeras como las nuestras, nos enviaron un un correo, y luego otro y otro; pero afortunadamente, un perro de presa salió en nuestra ayuda, y sujetándole por los piés, le dijo : « ¡ Quieto ahí! » y pudimos salvarnos, saliendo con la nuestra, es decir, sin dejarnos reconocer.

Esta relacion causó en Guadalupe el asombro del que no comprende una palabra de lo que se le dice, y en su padre el interes del marino experimentado, que ve claro como el sol lo que se le cuenta.

En cuanto á la madre, puede decirse que era indiferente; á todo callaba; ese era su modo de ver.

Guadalupe cerró sus labios para no hablarme en toda la tarde.

Su mirada se tornó triste, y de vez en cuando sus hermosos ojos se dirigian hácia el brik, con cierta especie de terror.

La pobre niña ignoraba entónces la ocupacion degradante y criminal del que amaba; ó al ménos, no tenia razon de ella, pues en los pueblecillos de

las costas de América el tráfico de negros es mirado, por le general, como un comercio corriente que castiga la ley, sin que puedan explicarse la razon.

Aquella noche, á primera hora, debíamos reunirnos los tripulantes del *San Telmo* sobre las rocas de la ribera, para convenir el dia de la partida.

Guadalupe, viendo que me disponia á partir se puso en pié, y arrimándose á la barandilla de la azotea, me hizo una seña para que me acercara.

Entónces me miró fijamente con expresion dolo rosa, y me dijo bajando la voz :

— Díme, Pancho; pero la verdad; te lo pido por el amor que te profeso : si los ingleses del bergantin hubiesen saltado sobre la cubierta de tu buque, ¿qué te habrian hecho?

— Entónces casi creo que no me hubieras vuelto á ver mas, — le respondí, admirado de la pregunta y de la manera de hacerla.

— ¿Por qué?

— Porque me hubieran ahorcado.

Guadalupe cerró y abrió los ojos repetidas veces con rápidos movimientos nerviosos; sus rojos labios palidecieron, y su frente, tersa y brillante, se cubrió de una palidez extraña.

— ¿Qué tienes? — la pregunté con interes, temiendo que la diese un vahido.

— Nada, nada, — respondió; — no tengo nada, pero quiero una cosa.

— Siempre que yo pueda concedértela...

— ¡ Oh ! ¡ Sí puedes ! ¡ si puedes — me respondió con precipitacion.

— Entónces, habla.

— Quiero que no pises la cubierta de ese maldito buque, que eu tanto riesgo pone tu vida.

— Pero advierte... — le dije.

— Quiero — continuó sin dejarme acabar — que no salgas del pueblo ; quiero, en fin, tenerte á mi lado.

— Romper con mis compañeros tan bruscamente es casi imposible, — le dije, aturdido por sus exigencias, tan extrañas á su carácter.

— Nada hay imposible cuando se ama : tú me lo has dicho mil veces.

— Si me pidieras la vida, yo te la daria.

— Yo sólo te pido que no arriesgues la tuya. Ya ves que eso no es pedir nada.

— Piensa que no soy aun bastante rico, y que dos años mas pueden doblar nuestra pequeña fortuna.

— ¡ Bah ! Yo te guardo cerca de mil onzas de oro. Somos los mas ricos del pueblo. ¿ Para qué queremos tanto dinero ?

— Quedándome, me expongo á un rompimiento con mis compañeros, — volví á decir.

— Y marchándote pierdes mi amor, porque á tu regreso me hallarás muerta.

Habia tal energía en sus palabras, conocia yo tan

á fondo aquel conrazon ardiente é impetuoso, que no abrigué dula alguna de que cumpliria la fúnebre promesa que me hacía.

La súplica de la mujer que reina en nuestra alma tiene un imperio irresistible sobre nosotros.

Yo, padre mio, amaba á Guadalupe con toda la vehemencia del primer amor.

Tenia veinticuatro años, y sólo habia amado á mi madre.

Le ofrecí quedarme á su lado, y entónces, estrechándome la mano y dejando correr dos hermosas lágrimas por sus mejillas, me dijo con apasionado acento :

— Corre, Pancho; rompe los lazos que te unen con ese maldito buque y sus tripulantes, y torna para no separarte nunca de mi lado, para ser mio siempre.

Aquella niña encantadora se habia apoderado de mi voluntad.

Yo la miraba como al ángel de salvacion que en mitad de mi vida de crímenes venia á tenderme una mano amiga para salvarme del mal y conducirme al camino del bien.

Yo era un criminal entónces, y lo soy doblemente ahora, porque la fatalidad me ha empujado siempre, á pesar mio, hácia el abismo ; pero presentia el bien y lo buscaba.

Creia que Guadalupe podia conducirme hácia él, pero me enganaba ; aquella mujer debia ser el soplo

del infierno que tornara en ceniza mi corazon.

Salí de su casa y me encaminé hácia la orilla del mar, en donde me esperaban mis compañeros, firmemente resuelto á arriesgarlo todo por complacer á mi querida Guadalupe.

CAPÍTULO IX

DONDE UN PIRATA LLORA MIÉNTRAS UNA MUJER RIE

Mis compañeros me esperaban en el sitio convenido, recostados sobre las rocas perezosamente, y fumando sus negras pipas.

Impresionada mi imaginacion con las palabras de Guadalupe, y confiando al mismo tiempo en la superioridad que yo ejercia sobre ellos, tomé la palabra el primero y les dije :

— Compañeros, tengo que daros una noticia que indudablemente os va á sorprender : desde este momento sois libres para elegir otro capitan, pues yo dejo ese cargo con que me honrasteis cuando mi cuchillo vengó el atentado de mi antecesor.

— ¡ Bah ! ¿ Estás loco ? — dijo el Receloso soltando una bocanada de humo.

— Nunca me he sentido mas cuerdo, amigo Guacao, — le dije. — Esta es una determinacion que he madurado con calma, y de la cual espero no separarme.

— ¿ Y qué diablos vas á hacer en la isla ? ¿ Quie-

res abandonar tu noble profesion de capitan para dedicarte á la pesca de las ostras? — volvió á decir el Receloso.

— Como no tengo secretos para vosotros, os diré que quiero casarme.

— Pues cásate en buen hora. ¿Quién te lo impide? Nosotros bailaremos y beberemos en la boda hasta caer de espaldas. ¡Pues qué! ¿no hay gente de mar que tenga la cruz del matrimonio á cuestas?

— Es que yo, si me caso, quiero ser hombre de tierra y vivir con mi mujer, — le repliqué. — Lo he decidido y será así.

Mi entonacion era tan enérgica, que guardaron silencio por un momento.

Sin duda no hallaban palabras con que contrarestar mi brusca resolucion.

Yo me aproveché de esta pausa para continuar de esta manera:

— Á vosotros no os ha de faltar un capitan que por lo ménos valga tanto como yo. Si lo elegís entre los tripulantes del *San Telmo*, tanto mejor; las plazas son en el dia veinticuatro con el grumete. Es decir, que el buque es vuestro, y vuestra parte será mayor que cuando me elevasteis al puesto que hoy dejo. Ademas, vosotros necesitáis en la isla un buen amigo, entendido en el oficio, que pueda seros útil en un caso especial. Yo seré ese amigo. Conque ya veis que, bien mirado, la ventaja está de vuestra parte.

— Mas falta nos hacen los amigos en el mar que en la tierra, dijo otro. Tú eres buen piloto y no te falta caletre para el tráfico, ni corazon para el peligro. Apuesto mi parte de dos años á que desde Levante hasta Poniente no se pasea por los mares un libro de cuentas mas limpio ni mejor arreglado que el que tú llevas. Y si te vas, ya ves que nostros en asuntos de números somos mas duros que esto.

Y dió un golpe sobre la roca con los nudillos de la mano derecha.

— Entónces. — les dije, — vended el buque y retiraos á la buena vida.

— ¡Vender el buque! ¡Separarnos del brik! — exclamó Guacao, poniéndose en pié y mirándome con asombro. — ¿Y qué sera de nosotros? Las ostras mueren cuando las arrancan de la peña donde vegetan; pues bien : si me arrancasen de mi querida cáscara, estoy seguro que iria por la tierra con la boca abierta y los ojos espantados, como un imbécil, y lo mismo nos pasaria á todos. ¿No es verdad, compañeros?

Los marineros contestaron afirmativamente.

Guacao prosiguió :

— Quiero seguir la suerte de mi querido brik. Si la tempestad le sepulta bajo las olas del gran charco, ó le deshace contra las rocas de la costa, quiero estrellarme con él. Si las balas de un buque de guerra le echan á pique, quiero sepultarme con

él; su suerte será la mia. Aun no soy bastante viejo para agarrarme á la tierra como un topo y esperar la muerte contando cuentos á los chiquillos. ¡El mar! ¡el mar! Los peligros que le rodean, el sol que le dora, la brisa que le riza y el huracan que le irrita, tienen para mí una belleza sin igual. El marino de pura sangre no debe nunca renegar de su oficio miéntras sus dientes puedan deshacer un nudo y su mano derecha tenga fuerza para sostenerle sobre una entena en medio de la tempestad. ¿Qué es la tierra? Un campo de víboras, explotado por una familia de mujerzuelas. ¡La detesto! Con extraordinaria alegría la veria arder, si no se criara el vino en sus campos. Piénsalo bien, Pancho, piénsalo bien; que no es tan fácil hallar mañana, si te cansa la vida, un brik como el nuestro y unos tripulantes que te aprecien tanto como estos muchachos que te rodean.

El discurso entusiasta del Receloso hizo arder la sangre en mis venas.

Yo amaba la vida de mar, y era ambicioso.

Algunos años mas, y podia enriquecerme. El brik debia conducirme á la realizacion de mis ensueños; pero en este camino veia dos escollos: el afrentoso cadalso con que la ley podia premiar mis proezas, y la muerte de Guadalupe, tan querida á mi corazon.

Luché unos segundos; y venciendo el amor al interes, les dije, con una resolucion que á mí mismo me admiraba:

— He dicho que me quedo, y me quedo. Ya me conocéis; es inútil hablar mas del asunto.

— Entónces, hemos terminado. Que Dios te dé suerte en la tierra y que no nos olvide á nosotros en el mar.

El Receloso pronunció estas palabras con una entonacion dolorosa.

Yo sentí un golpe en el corazon, como si mi conciencia me acusara de ingratitud para con aquel valiente viejo, que me habia salvado la vida.

Me puse en pié, porque necesitaba moverme.

Estaba aturdido y tuve miedo de ser débil.

— ¿Os quedáis enojados conmigo? — les dije. — ¡Qué diablos! Yo estaré en la isla y tendremos ocasion de vernos muchas veces. Aunque me separo də vosotros, no por eso dejo de ser el antiguo camarada, el leal amigo. Mi casa y mi fortuna serán siempre vuestras.

Todos callaron; silencio para mí mas elocuente que cuanto hubieran dicho para hacerme desistir de mi empeño.

Les tendí mi mano, que fueron estrechando uno á uno, excepto el Receloso, que me dijo con acento bastante conmovido:

— La mano es poco para una separacion como esta.

Y se arrojó en mis brazos.

Me separé de mis amigos triste y meditabundo.

Algunos dias despues, desde la azotea de casa de Guadalupe, vi que se hacía á la vela el brik.

Mis ojos le siguieron con cariño hasta perderle de vista.

Entónces un suspiro desde el fondo de mi corazon salió por mis labios, y perdido entre los invisibles pliegues de la brisa de tierra, fué á estrellarse gimiendo entre las velas del buque que se alejaba.

Mis ojos estaban humedecidos, y pronto dos lágrimas rodaron por mis mejillas ; eran tal vez las primeras que derramaba despues de la muerte de mi madre.

El tope mas alto del palo mayor habia desaparecido en el mar, y yo, con la vista fija en el despejado horizonte que se extendia ante mis ojos, me hallaba inmóvil enclavado en la azotea.

Aquella separacion me causó un dolor profundo, porque el marino ama á su buque de una manera indecible, extraordinaria.

No recuerdo el tiempo que permanecí de aquel modo, ni sé el que hubiera permanecido abismado en mis dolorosas reflexiones, si una mano, que se apoyó familiarmente en mi hombro, no me hubiese distraido de mi profunda meditacion.

Volví la cabeza.

Era Guadalnpe.

— Hace una hora que estoy á tu lado sin que me veas, — dijo. — Tus ojos y tu corazon estaban fijos en el brik que se perdia en lontananza. Comprendo tu sacrificio y te lo agradezco ; me has dado una gran prueba de tu amor, y si fuera posible, te diria

que te amo mas que ántes. ¡Gracias, Pancho, gracias!

Estreché con cariño la pequeña mano de Guadalupe, y enloquecido por la amorosa mirada que me dirigia, la dije con vehemencia:

— Ahora seré tu esposo cuando quieras; mi vida ès completamente tuya. Á tu lado la felicidad debe ser inagotable, eterna.

Perdone usted, padre mio, si en el relato de mi vida, en la confesion de mis culpas, mezclo algunos detalles que pueden parecer ajenos é impropios de las circunstancias que conducen á usted junto á mi lecho de muerte; pero tengo tanta necesidad de vindicarme, es tanto el afan de perdon que mi alma descarriada siente en este momento, que no puedo ménos de entremezclar con mis crímenes mi propension hácia el bien.

El hombre es, por lo general, hijo de las circunstancias; ellas le empujan, le arrastran, y él, impotente para rechazarlas, se deja llevar como la hoja seca desprendida de los árboles.

La fatalidad, ese genio misterioso de las tinieblas, esa diosa enemiga del género humano, combina de un modo fabuloso las catástrofes y las arroja sobre nuestras frentes lanzando una carcajada de desprecio.

Yo abandoné la vida de pirata buscando la paz del hogar, la quietud del alma. Tuve bastante fuerza de voluntad para separame de la manada de lobos

que me habia alimentado en su seno, y confiado y alegre, me arrojé, buscando la paz, en los brazos de una hiena terrible y despiadada.

No trato de disculpar mis crímenes, pero he sido muy desgraciado.

El enfermo hizo una pausa.

Como siempre, la tos venia á interrumpir su relato.

Luego continuó de este modo:

— Algunos dias despues, un humilde y santo religioso, uno de esos mártires de la fe que recorren las salvajes costas de la América conquistando almas, sin mas armas que la imágen de Cristo en la mano y las palabras de Dios en los labios, pasó por Macayba, y en la pequeña ermita del pueblo, en presencia de sus habitantes, nos unió á Guadalupe y á mí con el sagrado é indisoluble lazo del matrimonio.

Aun duraba en nuestra casita el pan de la boda, cuando una mañana vimos un buque que á una média milla de la costa se puso al pairo.

Yo subí á la azotea para verlo mejor.

— Ese buque viene por agua ó comestibles, — me dije á mí mismo.

Pero luego, mirándolo con detencion, á favor del anteojo reconocí el *San Telmo*.

¡Iba á ver á mis camaradas!

Confieso que experimenté una alegría, una emocion muy grata.

Entónces me puse á escudriñar todas las maniobras del brik.

— ¿Por qué diantre no amainarán velas? — me decia yo. — ¿Qué hacen? ¡Calla! ¡Botan una lanch al agua y saltan sobre ella cinco hombres! ¡Cuatro de ellos empuñan el remo y se dirigen á nuestra costa! El que está sentado en el banquillo de popa tiene á sus piés dos bultos pequeños que no distingo bien. ¿Qué sera? ¡Es extraño! ¡Ellos, tan revoltosos, tan alegres al llegar á esta playa, tienen ahora esa gravedad!...

Todas estas reflexiones me hacía, miéntras la lancha, ganando agua, llégó á la orilla.

Entónces abandoné la azotea y me dije:

— Salgamos á su encuentro.

Guadalupe estaba á la puerta.

— ¿Adónde vas? — me dijo, viéndome salir precipitadamente.

— ¿Ves aquel buque?

— Sí.

— Pues es el *San Telmo*.

La mirada de Guadalupe se oscureció.

— ¿Y qué nos importa á nosotros que sea el *San Telmo?* — repuso.

— Es que debe suceder á su bordo algo extraño, porque, contra su costumbre, se ha puesto al pairo y nos envía un bote.

— Pues bien: esperemos que lleguen los del bote á ver lo que quieren.

— Es que en ese buque están mis amigos, mis camaradas, y nunca le viene mal á un hombre de mar beber una copa de ginebra con sus antiguos compañeros.

Guadalupe hizo un gesto desdeñoso, y me dijo de un modo que me enfrió la sangre en las venas:

— Haz lo que quieras.

Aquella respuesta indiferente y fria me dejó algo desconcertado.

Permanecí un momento sin moverme del sitio, como si me hubieran clavado á la tierra.

En esto vi entre los árboles que conducian á la playa tres marineros que se acercaban á nuestra linda casita.

Dos de ellos llevaban dos cofrecillos pequeños en la mano; el otro la pipa en la boca y la carabina colgada en el hombro izquierdo.

No conocia á aquellos hombres.

— ¿Me habré engañado? — pensé entónces. — ¿Si no será el *San Telmo*¿

Los marineros llegaron poco despues junto á la puerta de nuestra casa.

— ¿Es usted Pancho, el que fué capitan del *San Telmo*, que se halla á esta hora fondeado en las aguas de Macayba? — me dijo uno de ellos con acento tranquilo y sonriendo.

Al pronto estuve algo indeciso en responder; pero la facha de aquellos marinos decia bien á los claras que eran piratas, y esto me inspiró confianza.

— Sí, — le respondí ; — yo soy el que buscáis. Mas ¿cómo no ha bajado á tierra la tripulacion ?

— Porque tenemos prisa; se ha presentado un negocio en las aguas de Veracruz, y vamos á partir al momento, pues nuestro capitan el Receloso es hombre á quien no le gusta perder las ocasiones.

— Vosotros sois nuevos en el buque ; yo no os conocia, — les dije.

— Sí ; estábamos de descanso en Manila, y nos convinimos con el capitan. Pero vamos al caso : la tripulacion del brik *San Telmo* me envia á traer este regalo para usted. Es un recuerdo, por si la suerte hace que no le vean mas.

Y diciendo esto, puso á mis piés los dos cófrecillos que llevaban sus compañeros.

Guadalupe y yo, movidos por la curiosidad, nos arrodillamos en el suelo para ver lo que contenian los cofrecillos.

Sobre su tapa se leia, en uno esta inscripcion :

Á NUESTRO CAPITAN.

Y en el otro :

Á LA HERMOSA GUADALUPE.

REGALO DE BODA QUE LE HACEN LOS TRIPULANTES DEL BRIK SAN TELMO.

Abrimos los cofrecillos.

El de mi esposa contenia un precioso manton de

Manila, una saya de seda bordada y un collar de coral.

El mio un par de pistolas, una petaca de oro y una pipa de un trabajo extraordinario.

Alcé los ojos para demostrar mi agradecimiento á los portadores del regalo, pero habian desaparecido.

Guadalupe, loca de alegría, no pensaba mas que en las galas ; se habia puesto el collar y el manton, y entrado en su casa á enseñárselo á su padre.

Asombrado me hallaba con lo ocurrido, cuando el eco de un cañonazo me hizo erguir la cabeza.

Corrí á la azotea.

¡Ah! ¡Era el *San Telmo* que se despedia de su capitan!

¡Era el último adios que me enviaban con la poderosa voz del cañon aquellos campañeros, á quienes ya no habia de ver mas!

El mulato exhaló un suspiro é inclinó la cabeza sobre el pecho.

El sacerdote le contempló con dulzura, y enjugó con paternal solicitud el sudor que corria por la frente del enfermo.

LIBRO III

LA PROVIDENCIA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

CAPÍTULO PRIMERO

LA FUERZA MORAL

Despues de algunos instantes de pausa, el mulato habló de este modo :

— Ahora, padre mio, que he relatado á usted, sin ocultarde nada, la primera parte de mi vida aventurera, es cuando mas necesito de sus oraciones para que el Eterno se apiade de mí.

El sacerdote abarcó con una tierna y paternal mirada el cadavérico semblante de aquel hombre, que le anunciaba aun para el próximo relato mayores culpas que las que habia cometido.

Pancho el mulato habia muerto á su padre.

¡Crímen horrendo, incomprensible!

Su terrible brazo no se habia detenido ante el homicidio.

Su afan de oro le habia llevado al pillaje y al tráfico mas repugnante y criminal del sér ilustrado, del hombre que cuando niño ha recibido sobre su frente las aguas bautismales.

¿Qué tenia, pues, que decirle mas odioso, mas criminal que lo que le habia relatado?

El alma cándida y sencilla del buen sacerdote se confundia.

Estaba tan léjos de comprender el mal, que la relacion de aquel hombre le asustaba.

Por eso con fervoroso acento elevaba á Dios sus plegarias ; por eso, mudo y silencioso jnnto al lecho de muerte, dejaba correr por sus ojos lágrimas compasivas por la culpa ajena.

El enfermo, viendo que el sacerdote no le decia nada, creyó que debia continuar su interrumpida confesion, y dijo :

— Voy, pues, padre mio, á dar comienzo á la historia de la segunda época de mi vida ; época mas terrible, mas criminal cien veces que la primera.

Cinco años permanecí en el pueblo de Macayba, entregado á la pereza y al amor.

La aficion al lujo que Guadalupe habia desplegado desde que se llamó mi esposa, y la regalada vida que nos dábamos bajo el poético techo de nuestra casa, fueron causa de que poco á poco disminuyese mi fortuna, pues como no me ocupaba en nada, no ha

cíamos mas que ir sacando onza tras onza de la vieja cómoda donde mi esposa las guardaba.

Una tarde llegó á mi casa un grupo de pescadores conduciendo un cadáver envuelto en una manta.

Era el del padre de mi esposa.

La tempestad habia estrellado sobre las rocas de la costa su frágil barquilla.

Mi suegra, al ver el destrozado cadáver de su esposo, lanzó un grito de espanto y cayó desmayada sobre el pedregoso suelo.

La sangre corrió por la frente de la anciana, manando de una profunda herida que se hizo en la sien.

La infeliz quedó muerta en el acto.

Guadalupe perdió el conocimiento ante aquel fatal cuadro, ante aquella desgracia inesparada que, traidora y rápida como el rayo, la dejaba huérfana.

— ¡Pancho! ¡Pancho! — me dijo mi esposa cuando supo que los cuerpos de sus infortunados padres descansaban en el seno de la madre tierra. — ¡Huyamos de este horrible pueblo!

Mi única felicidad era complacerla, y al dia siguiente, recogiendo el resto de nuestra fortuna, monté en un caballo y llevándola á la grupa me dirigí bordeando los caminos vecinales á la ciudad de Puerto Príncipe, donde llegamos despues de algunos dias de marcha y no sin grandes trabajos.

Ya he dicho á usted, padre mio, que Guadalupe tenia una aficion desmedida al lujo.

En el pueblo era la reina : nadie la aventajaba.

Sus vestidos eran los mejores, sus pañuelos los mas ricos y sus aderezos los mas costosos.

Esta pasion habia de causar mas adelante la pérdida de nuestra escasa fortuna, y la tranquilidad de mi conciencia debia tambien desaparecer por ella.

Vió á otras mujeres ostentando ricos vestidos, elegantes carruajes, y quiso llegar á la altura de aquellas á quienes envidiaba.

Yo, siempre débil y condescendiente, accedí á todos sus caprichos.

Hacía un año que gastábamos sin órden, cuando se me ocurrió averiguar á qué altura se hallaba mi capital, y vi que nos quedaban tres mil duros.

Algunos meses mas siguiendo de aquel modo y todo se habria perdido.

Luché alguuas horas conmigo mismo, pues era indispensable tomar una resolucion.

Lo primero, lo mas importante, era enterar á mi esposa del estado en que nos encontrábamos.

—¿Sabes, Guadalupe, le dije, haciéndola sentar á mi lado y con la entonacion mas alegre que pude, — que estamos casi arruinados?

— No lo extraño, respondió. Gastamos y no ganamos. Eso era de esperar.

En aquella fria contestacion habia algo de crueldad, que yo, ciego entónces de amor por ella, no supe apreciar como debia.

— Sí, le dije, tienes razon; yo no gano nada; paso los dias en brazos de la pereza; y esto no puede durar, lo comprendo. Es preciso hacer algo, pero lo dificil es ese algo. Para volver á mi antigua vida de traficante de mar, me falta lo mas esencial: mi velero brik, mi gallardo *San Telmo*. Con él volveria á enriquecerme, como la muerte no se opusiera ante mi paso. En cuanto á los cargos que pudiese desempeñar en tierra, no los conozco: desde que la brisa del Océano no refresca mi frente, sólo me he ocupado de una cosa: de amarte.

— Pues, hijo mio, — repuso, — es preciso que te ocupes de algo mas.

— ¿Te cansa ya mi amor, Guadalupe?

— ¡Bah! No es eso; pero con el amor sólo no pueden vivir los matrimonios. Bueno es amarse, pero no hasta el punto de olvidarlo todo. La América es el filon del mundo adonde acuden de todos los paises los hombres que aman el oro, para proporcionarse con él los goces de la vida, el bienestar, el lujo. Pues bien, Pancho: explotemos ese filon; imitemos á la hormiga, no á la cigarra. Tú eres jóven y robusto, y Dios te ha dotado de una inteligencia que te impone el deber de elevarte por encima de esa gran masa de estúpidos que encorvan su cuerpo ante la tierra y cubren sus carnes con harapos. La miseria me disgusta; ser millonaria para brillar es mi ensueño constante; ese es mi fin. Los medios para llegar à él no deben detenerte, sean los que

sean. ¡Adelante, adelante, como produzcan oro á montones!

Las palabras de mi esposa me aturdieron.

Se habia arrancado la máscara; me habia enseñado el fondo de su alma.

Yo no habia visto la podredumbre que la corroia, porque estaba ciego.

¿Era aquella la niña enamorada que, con los ojos llenos de lágrimas y la voz conmovida, me pidió cinco años atras que abandonara los peligros de la mar por la paz de su amor?

¡Ay! ¡Buscando la salvacion de mi alma, la quietud de mi espíritu, me uní con ella! ¡La juzgué un ángel cuando sólo era un demonio tentador!

— Pues bien: indícame un medio, — le dije recobrando el apagado ardor de mi corazon aventurero. — Te haré rica. Nada me arredra. Yo he flotado sin recibir lesion alguna en medio del crímen por espacio de diez años. Mis manos se han teñido de sangre por salir repletas de oro. La voz de la tempestad, el zumbido de las balas, la majestuosa sombra de la ley, que tenia siempre una sentencia de muerte suspendida sobre mi cabeza, no han logrado doblar mi frente. Habla y serás obedecida. Nada puedo negarte, porque te amo como un insensato. Tú marcarás, desde ahora, el camino que debo seguir. Yo partiré contigo la fortuna de un rey ó el cadalso de un criminal.

Durante mi relato los ojos de Guadalupe brillaban de un modo siniestro.

Estaba hermosa, pero su hermosura era salvaje, infernal; y sin embargo me fascinaba; nunca me habia parecido tan encantadora.

— ¿Qué dinero nos queda? — preguntó Guadalupe súbitamente, como si una idea asaltara su imaginacion.

— Escasamente tres mil duros, — le dije.

Pues bien: en Puerto Príncipe existen grandes casas de juego, donde diariamente se arruinan y enriquecen los hombres que las frecuentan. Esta noche serás uno de estos hombres. Juega, y mañama pediremos limosna ó nadaremos en la abundancia.

Aquella noche regresé á mi casa con un pañuelo lleno de oro y alhajas.

La suerte me favoreció con tanta insolencia, que habia superado en mucho á los deseos de mi mujer.

Á sus piés arrojé el contenido del pañuelo: eran treinta y seis mil duros.

Al ver el dinero, Guadalupe estuvo á punto de enloquecer de alegría.

Jamas la vi tan cariñosa, tan condescendiente conmigo.

Yo llegué á creerme feliz, y desde aquel dia la vida del jugador de oficio empezó para mí.

El tapete verde y el brillo del oro llegaron á subyugarme.

El juego es la lepra del alma : cuando llega á agarrarse, es muy difícil desasirse de ella.

Guadalupe brilló aun mas de lo que ambicionaba. Tenia un bonito carruaje, trajes costosos y una casa elegante.

Yo me dejaba ver muy poco con mi esposa, porque el juego me robaba el tiempo.

Asi transcurrió un año. La pasion del amor fué enfriándose en mi corazon; en cambio, echó sus raices la pasion del juego.

Para mi no habia mas vida que las cartas. La atmósfera que mas me agradaba era la del garito, adonde acudian á despojarse mutuamente los hombres.

Una noche la fortuna me volvió súbitamente la espalda y perdí todo cuanto poseia : hasta el carruaje de Guadalupe.

Cuando llegué á casa pregunté por mi esposa.

Su doncella me dijo que hacía poco que se habia acostado, cansada de esperarme.

Entré en su cuarto.

Aun no dormia.

Reclinada sobre un elegante y mullido lecho de plumas se ocupaba en leer un periódico.

— ¡ Ah ! — exclamó al verme entrar. — Oye, querido, oye esta noticia que voy á leerte, y dí luego que no soy tu ángel bueno.

Y diciendo esto, ántes de que yo tuviera tiempo

para revelarle la desgracia que me habia acaecido, comenzó á leer lo que sigue :

« Hace algunos dias fondeó en el puerto de la Habana el bergantin de guerra *Neptuno*, perteneciente á la flotilla española que recorre el Océano, trayendo á remolque el brik *San Telmo*, bastante averiado.

» Parece que este brik, que hacía muchos años que se ocupaba en el tráfico de negros y en la piratería, fué sorprendido en las aguas del golfo de Guinea, en donde, viéndose acosado muy de cerca por el bergantin *Neptuno*, le hizo cara, y su rabiosa tripulacion, compuesta de criminales endurecidos, intentó el abordaje.

» La lucha fué sangrienta y reñida por ambas partes. Los piratas intentaron por tres veces asaltar el bergantin, pero la metralla de sus baterías rechazó siempre á aquella turba de perros rabiosos á quienes alentaba la desesperacion.

» Por fin, despues de dos horas de combate, los marineros del *Neptuno* saltaron sobre el puente del brik negrero, que presentaba un cuadro verdaderamente aterrador. Mas de treinta de aquellos miserables se revolcaban por la cubierta, maldiciendo su suerte y lanzando dolorosos gemidos. Su capitan, que era un negro cimarron, conocido por el apodo de *el Receloso*, habia perdido un brazo en la refriega.

» El feroz negro, al ver sobre la cubierta de su buque á sus enemigos, concibió un proyecto horrible,

monstruoso : pegar fuego á la santa bárbara ; y con una pistola en la mano que habian respetado las balas enemigas, se encaminó sonriendo de un modo infernal hácia la escotilla de popa.

» Afortunadamente, un artillero conoció su intencion y pudo alcanzarle, echándole una mano al cuello. El negro entónces, viendo frustrados sus planes y lleno de rabia, disparó su pistola, y este valiente soldado pagó con su vida su rasgo generoso, no sin atravesar ántes de parte á parte con su machete el cuerpo del pirata.

» La tripulacion del brik *San Telmo* ya no existe, pues los siete hombres, que se libraron de las balas del *Neptuno*, han sido colgados del palo mayor de su mismo buque, el cual contenia en su bodega ochocientos negros que han sido puestos á disposicion de la autoridad.

» Creemos que el desgraciado fin de estos miserables será un correctivo para esos desalmados que recorren los mares faltando á Dios, á la ley y á la humanidad.

» El bergantin *Neptuno* ha tenido que lamentar la pérdida de tres muertos y cinco heridos.

» Esperamos que el Gobierno recompensará el valor de estos marinos, y que su ejemplo servirá de estímulo á nuestra valiente armada. »

Esta gacetilla me dejó absorto, haciéndome olvidar per un momento el rudo golpe de fortuna que aquella noche habia sufrido.

— Ya ves, querido Pancho, — volvió á decirme Guadalupe, — la suerte que les ha cabido á tus compañeros. Afortunadamente, eso es un bien para ti y para mí, porque esos miserables tal vez mañana hubieran tenido exigencias con nosotros viéndonos nadar en la opulencia, y asi estamos libres de ellos. Mas de una vez he pensado en eso. Mira, nadie nos conoce. Tu vida de aventurero ha bajado á la tumba con los tripulantes del *San Telmo*. Pero creo que te ha entristecido la noticia. ¿Qué tienes? ¡Tu rostro está demudado! ¡Tu mirada está sombría! Pancho, ¿qué te pasa?

— Me pasa, Guadalupe, — le respondí con voz insegura, — que estoy arruinado, que lo he perdido todo, que no tenemos nada.

Guadalupe se irguió rápidamente sobre su lecho, como si hubiera sentido en sus espaldas la mordedura de una víbora.

Sus grandes ojos negros se abrieron inmensamente para mirarme de un modo extraño, y sus hermosas mejillas palidecieron.

¡Oh! ¡En aquel instante tenia la hermosura del ángel de las tinieblas! ¡Me causó miedo!

— ¿Que lo has perdido todo? — me preguntó, dejando caer las palabras letra por letra, como si quisiera retardar mi respuesta.

— Todo, todo, — respondí sin mirarla; — hasta mi último doblon.

— Mañana cambiará tu suerte. Venderemos el

carruaje. ¡ Cómo ha de ser ! Me abstendré por algunos dias de pasear en coche.

— Es que he perdido tambien el carruaje, y los muebles de esta casa, y tus joyas, porque he jugado bajo mi palabra y debo cuarenta mil pesos que se han de pagar mañana precisamente.

— ¡ Nunca ! ¡ nunca ! — exclamó de un modo horrible. — ¡ Mis joyas ! ¡ Mis trajes ! ¡ Mis muebles ! ¡ No ! ¡ no ! ¡ no ! ¡ Eso es mio ! ¡ Eso no te atreverás á tocarlo !

Y comenzó á retorcerse las manos y á revolcarse por la cama, presa de una agitacion nerviosa.

— La palabra en el juego es sagrada, — repliqué, — y por nada del mundo faltaré á ella.

— ¿ Y qué tengo yo que ver con tu palabra ? — exclamó con insolencia.

— ¡ Guadalupe ! — grité, recobrando entónces mi antiguo imperio.

Este grito la estremeció.

Miróme con fijeza, rechinó sus dientes con ira, y extendiendo su brazo hácia la puerta, me dijo de un modo cruel y despiadado :

— ¡ Véte ! ¡ No quiero verte !

Despues se dejó caer sobre su lecho, cubriéndose la cabeza con la colcha de seda, y rompió á llorar.

La ira me cegaba.

La sangre ardia en mis venas y subiendo en hirviente volcan á mi cerebro me volví loco ; porque yo, que esperaba encontrar una tierna y dulce amiga

que me consolara en mi desgracia, veia solamente una mujer egoísta y soberbia, que me arrojaba atrevidamente de su cuarto, cubriéndose los ojos para no verme, como si fuese un objeto repugnante.

— ¡ Miserable ! — la dije arrojándome sobre la cama, y arrancando de un tiron la colcha con que se cubria. — ¡ Voy á ahogarte entre mis manos para que tu lengua imsolente no torne á insultarme !

Y agarrándola violéntamente por los cabellos, la hice caer al suelo.

La pantera, que siente sobre su lomo la punzadora herida de la flecha del árabe, no lanza un grito mas terrible que el que lanzó Guadalupe.

Su boca lívida y contrahecha se abrió para morder la mano que la maltrataba ; pero yo la sujeté á mis piés, y puse una rodilla sobre su pecho.

Dios sabe si la hubiera ahogado entre mis manos, á no acudir, atraidos por sus gritos, casi todos los criados de la casa.

Al ver á aquella gente, se enfrió mi cólera, y arrojando como un autómata lejos de mí el cuerpo de mi esposa, salí de su cuarto y fuí á encerrarme en el mio, en donde pasé la noche sin cerrar los ojos al sueño y avergonzándome del arranque de soberbia que me habia hecho levantar la mano sobre una mujer á quien tan ciegamente amaba.

CAPÍTULO II

EL ÁNGEL BUENO

La narracion del mulato fué interrumpida por dos golpecitos que sonaron en la puerta de la habitacion.

— Será el médico, — dijo el enfermo.

— ¿Quiere usted recibirle ahora? — le preguntó el sacerdote.

— Sus visitas son cortas, — volvió á decir el mulato, esforzándose por sonreir; — ademas, me hallo fatigado, y tal vez me administre algun calmante para esta tos que tanto me molesta.

El cura se levantó y abrió la puerta.

El enfermo no se habia engañado : era el médico del establecimiento, que hacía su última visita.

Al ver al sacerdote, se quitó el sombrero y le dijo en voz muy baja :

— ¡Ah! ¿Estaba usted aquí, señor cura? Me alegro, porque junto á esa cama hace usted mas falta que yo.

— Sin embargo, caballero, nunca debemos desconfiar de la infinita misericórdia de Dios. La ciencia tiene recursos, y miéntras lata el corazon del enfermo, miéntras al cuerpo le quede un soplo de vida, debe atacarse la enfermedad.

— Ese es mi deber; y si usted me lo permite, veré al enfermo.

— El médico se acercó á la cama, y el sacerdote se puso á pasear por la sala.

— ¿Qué tal, don Pedro? ¿Cómo va ese valor? — dijo el médico, apoderándose de la mano del paciente y tomándole el pulso.

— El valor, amigo mio, está á una altura inmensa en proporcion de las fuerzas. En mí todo es espíritu, voluntad; pero la materia dice : « ¡No puedo! ¡no puedo! »

— ¡Vamos! Sigue lo mismo, — respondió maquinalmente el médico.

— No, no, lo mismo no; estoy peor; tengo muy pocas fuerzas, la tos me fatiga mucho, y necesito que usted me prepare alguna bebidá, algun calmante.

— Voy á mandar un medicamento, del cual tomará usted dos ó tres cucharadas cuando la tos le moleste.

— Gracias, doctor. Esta noche quiero estar bueno, para arreglar mi cuenta con Dios.

— Ya sabe usted que me tendrá á su lado tan pronto como me necesite.

— Tengo todo lo que me hace falta por ahora.

Y el enfermo señaló al sacerdote, que seguia paseándose por la sala.

El médico salió.

Poco despues entró el criado con la medicina, que dejó encima de una mesa.

El cura cerró la puerta, y despues de suministrar al enfermo dos cucharadas del nuevo medicamento, sentóse junto á la cabecera de la cama.

— Ahora volveremos á continuar la confesion de mis culpas, padre mio, — le dijo el enfermo, que se sentia mas tranquilo.

— Sea como quieras, hijo mio, — murmuró en voz baja el sacerdote.

— El dia — dijo el mulato — vino á sorprenderme sin que me fuese posible reconciliarme con el sueño.

Guadalupe entró en mi cuarto muy temprano.

Estaba mas pálida que de ordinario.

— Francisco, me dijo, he reflexionado durante la noche, y vengo á que me perdones. He sido una loca en reprenderte; he obrado mal, lo conezco; me ofusqué y te dije palabras duras, indignas de una esposa que ama á su marido.

Aquel cambio tan repentino me causó un efecto extraño.

La miré con fijeza unos instantes, creyéndome víctima de un sueño.

Ella comprendió mi asombro, y haciendo aparecer á sus rojos labios una sonrisa de bondad, volvió á decirme con gran dulzura :

— ¿Te asombran mis palabras? ¡Vamos! No me guardes rencor; perdona mi arrebato, y seamos buenos esposos, como siempre.

Y extendiendo su mano, se apoderó de la mia, que estrechó con cariño.

— He reflexionado sobre nuestra posicion y no es tan desesperada, volvió á decirme. — Despues de pagar tus deudas nos trasladaremos á la Habana; una vez allí, no ha de faltarte una ocupacion que nos dé lo suficiente para vivir con modestia. Yo tambien trabajaré para ayudarte. ¡Cómo ha de ser! Es preciso resignarse.

Yo amaba á aquella mujer, padre mio, con ese amor inmenso que no se siente mas que una vez en la vida; asi es que al ver su humilidad y su resignacion me arrojé en sus brazos, y olvidando mi desgracia me creí el hombre mas feliz del universo.

Aquel mismo dia pagué todas mis deudas; y no recuerdo haber visto á Guadalupe mas amable conmigo que la noche que abandonamos á Puerto Príncipe, sin mas fortuna que algunas monedas de plata en el bolsillo y la incierta esperanza de encontrar una colocacion en la Habana.

Hicimos la travesía en un buque mercante, y llegamos felizmente á nuestro destino.

Pocos dias despues ocupaba yo la plaza de segundo administrador en casa de un colono español.

Pasaron dos años, y yo me creia feliz.

Guadalupe parecia haber ovidado su aficion al

lujo. Contenta con la probreza que nos rodeaba, sonreia en torno mio, desvelándose por complacer los inocentes caprichos que al pobre le son permitidos.

Vivíamos en los arrabales en una modesta casita, que llegó á ser para mí el cariñoso nido que el hombre elige para vivir con la mujer que ama.

Durante el dia me ocupaba en casa de mi principal en aquellos negocios que me indicaba.

Bueno él y condescendiente para co migo, y exacto yo en el cumplimiento de mis deberes, llegué á alcanzar su confianza.

Su esposa era un ángel, y se amaban como dos recien casados.

El afecto que me inspiraba su niña, que apénas tendria tres años de edad, hacía sonreir á su madre, permitiéndome muchas veces que la llevara conmigo á paseo en los dias festivos.

Yo amaba tambien á esta niña. Su nombre era Ángela, y su recuerdo ha turbado mas de una vez mis azarosos sueños.

El mulato detuvo su relacion para exhalar un profundo suspiro.

Sus ojos, hundidos y relucientes, se apagaron por un momento, como si la sombra de aquella niña hubiera pasado por delante de ellos.

Despues aspiró con avaricia una bocanada de aire, para dar fuerza á sus desfallecidos pulmones, y prosiguió de este modo :

— La niña Ángela, padre mio, pesa desde hace

algunos años como un remordimento sobre mi conciencia. El tiempo no ha podido borrar su recuerdo de mi memoria, que está tan vivo como si hubiera sucedido ayer lo que voy á revelar á usted.

El enfermo volvió á detenerse.

Su agitacion y su malestar demostraban la fatiga del moribundo.

Algunos momentos despues añadió :

— Ángela era rubia como su madre. Sus ojos, azules como el cielo y melancólicos como la caridad, tenian un atractivo irresistible.

Cuando aquella niña se sentaba junto á un rosal, dejando vagar su mirada dulce y amorosa sobre las flores que la rodeaban, hubiérase dicho que era un serafin colocado por la mano de Dios en la tierra de los hombres.

Los negros la llamaban la *Vírgen pequeña*, y muchas veces, no pudiendo resistir al influjo de sus gracias, caian de rodillas á sus piés extasiados ante la irresistible belleza de aquella encantadora criatura.

Las madres negras la recomendaban sus desgraciados hijuelos, nacidos en la esclavitud y destinados al duro yugo de las plantaciones.

Una mirada de aquel ángel hermoso bastaba para detener el golpe del mayoral suspendido sobre la cabeza del infeliz esclavo, y una súplica de su candorosa boca era obedecida inmediatamente por sus padres, que la amaban de un modo indecible.

Ángela, en fin, era la alegría de la casa; en aquel

cuerpo humano habia algo celeste que dejaba entrever la Providencia.

Su mirada era el rayo de luna que rasga el velo de una nube de plateados celajes; se hacía sentir sin explicarnos la razon del sentimiento que producia; era el canto del pájaro que nos deleita, el aroma de la flor que nos embriaga, la aurora boreal que nos admira, sin mas razon que porque ignoramos los misterios de sus encantos.

Yo cierro los ojos y veo aquella niña con su vestido blanco, sus cabellos de oro y su frente sonrosada; y sin embargo, cuando yo la conocia apénas contaba cuatro años, y hace catorce que no la he vuelto á ver.

La voz del mulato se apagaba, como el eco lejano de una cancion que se pierde en lontananza.

El sacerdote le suplicó que descansara; pero el enfermo, que temia que la muerte cortara el relato de su vida ántes de concluir, hizo una corta pausa y prosiguió de este modo:

— Un dia el padre de Ángela me llamó á su despacho y me dijo:

— Amigo Francisco, usted es un hombre honrado que ha sabido conquistarse mi confianza. He comprado unas plantaciones en la vega de Guanabacoa. Esta posesion tiene un ingenio, y necesito un hombre inteligente que le dirija: mi esposa me ha indicado que usted podia ser ese hombre. Si acepta el cargo de administrador general de mi

nueva plantacion, se le señalarán mil doscientos pesos al año.

Cai de rodillas á los piés de mi bondadoso principal, besándole las manos; porque yo, padre mio, era indigno de merecer la confianza de un hombre honrado.

Ángela y su madre entraron en aquel momento en el despacho, y al verme en aquella actitud, se acercaron á mí para levantarme.

— ¿Qué ocurre? — preguntó la señora dirigiéndose á su esposo.

— Que Francisco, — le respondió este, — agradecido al aumento de sueldo y al nuevo destino que por mediacion tuya se le concede, se iba á postrar á mis piés para demostrarme su agradecimiento.

— Los servidores honrados — volvió á decir la señora — pagan con creces los favores que se les dispensan, con el exacto cumplimiento de sus deberes.

— Desde hoy velaré por los intereses que ustedes me confían, — les dije conmovido, — con el mismo afan, con el mismo desvelo que si fueran mios propios.

— Ángela, nuestra hija, le dará á usted las gracias, — repuso la señora, empujando suavemente á la niña, que corrió á darme un beso.

— Sí, sí, Francisco, — exclamó la niña. — Yo te quiero mucho y te doy las gracias.

Y sus frescos y hermosos labios depositaron un beso en mis mejillas.

¡ Oh, padre mio ! ¡ He sido un miserable y Dios ha castigado mi crueldad, grabando el retrato de aquel ángel en mi corazon !

Triste, aterradora era la expresion del mulato al pronunciar las anteriores palabras.

El sacerdote procuró tranquilizarle con sus dulces reflexiones.

Despues de unos momentos, el enfermo continuó :

— Loco de contento me dirigí á mi casa algunas horas despues, y referí á mi esposa todo lo acaecido en el despacho de mi principal.

Guadalupe oyó mi ralato con una atencion profundísima.

Yo esperaba ver en su semblante algo que me revelara la alegría que tan inesperada nueva debia producir en su alma, pero ella permaneció impasible, como si no oyera mis palabras.

Indudablemente, á otro hombre ménos confiado y ménos enamorado de su mujer que yo, esto le hubiera parecido extraño. Pero ¡ ay ! yo ignoraba que en su corazon dormia el odio y el deseo de venganza desde la noche que mi mano, guiada por la ira, la habia maltratado.

— ¿ Conque ahora tenemos cien duros de sueldo al mes? — me dijo despues de una pausa. — Vamos bien ; veo que la fortuna, esa constante enemiga de los desgraciados, comienza à sonreir sobre nuestras cabezas.

Sí, Guadalupe; nuestra suerte cambia; director de un ingenio, jefe de las productivas plantaciones donde trabajan cuatrocientos negros, el porvenir se presenta ante nosotros alegre y risueño.

—¿Te ha dicho tu principal cuándo debemos partir para Guanabacoa?

— Creo que sera muy pronto; mañana tal vez; y eso me regocija en extremo. Aquel país es el mejor de la América Central; la isla no posee una cuenca de tierra mas pintoresca, mas saludable. Las familias ricas de la capital acuden allí á pasar los meses de la canícula, en las bonitas casas de campo que se alzan en las pendientes embalsamadas de sus colinas. Verás, Guadalupe, verás cómo te gusta el país; y ademas el ingenio, por mezquino que sea, siempre será un palacio comparado con nuestra pobre y desmantelada habitacion.

Guadalupe no contestó á mis palabras entusiastas.

Parecia meditar algo.

—¿Nada me respondes?—la dije.—¿No tienes una palabra de agradecimiento para nuestro protector?

— Tu principal te quiere mucho, — me dijo distraidamente, y como si otra cosa la preocupara en aquel momento.

— Ya ves, — le contesté: — la confianza es la mejor prueba de aprecio que puede darse á un dependiente; yo se lo agradezco de todo corazon, por-

que sin faltar á mis deberes cambiará nuestra situacion.

— Si, nuestra situacion cambiará, lo conozco, — repuso ; — pero tú siempre serás un criado, sujeto á los caprichos de tu amo. Casi preferiria seguir del mismo modo que ahora.

— ¿ Estás loca? ¿ Puede nunca compararse esta miserable habitacion, donde falta el aire y la luz, con las frescas salas de un ingenio y los frondosos árboles de un jardin de los campos de Guanabacoa ?

— ¡ Bah ! Yo no digo que esto es mejor que aquello ; sería una estupidez ; lo que digo es que mañana te olvidarán por otro, porque los amos son ingratos. Es preferible quedar como estamos. Ver el cielo y caer de repente en la tierra, tocar el bien y retroceder al mal, disfrutar un mes la felicidad para vivir luego eternamente en la escasez y la desesperacion, me asusta, Pancho ; prefiero, como te he dicho, no cambiar ; me voy acostumbrando á la pobreza.

— No sé por qué te complaces en augurar un porvenir negro como la noche, — la dije, algo resentido por la poca alegría que mi noticia le causaba. — Cumpliré con mi deber, y como el señor es bueno, tambien cumplirá con el suyo.

— Lo dudo, — me contestó con frialdad.

— Veo que esta noche te has propuesto matar la alegria que ha brotado en mi corazon : hay ocasiones en que no te entiendo.

— ¡La eterna cuestion! — volvió á decir encogiéndose de hombros.

Yo abarqué con una mirada á aquella mujer, que como el ángel malo se levantaba ante mí para emponzoñar mis risueñas esperanzas, y luego la dije:

— Mira, Guadalupe: hace dos años que me afano inútilmente por leer el fondo de tu corazon.

— Tanto peor para mí si no me entiendes, — respondió con indiferencia.

Aquella respuesta me aturdió, y miré á mi esposa exclamando:

— ¿Qué quieres que haga?

— Ahora nada: mañana tal vez mucho, — me dijo. — Pero no espantemos á la esperanza con un disgusto doméstico.

Confieso que no comprendí entónces el pensamiento que abrigaba mi mujer, y deseando evitar una cuestion, di por terminada aquella escena, que tan mal carácter iba tomando.

Algunos dias despues nos hallábamos instalados en el ingenio de Guanabacoa.

CAPITULO III

EL ÁNGEL MALO

Transcurrieron dos meses.

Guadalupe gobernaba á su antojo el ingenio; yo por mi parte, deseando demostrar á mi principal el agradecimiento que me inspiraban sus bondades, recorria sin cesar las plantaciones, estimulando con mi presencia y mis consejos á los infelices esclavos.

Una tarde se detuvo delante del ingenio un carruaje custodiado por algunos malojeros.

Abrióse la portezuela y saltó un hombre; luego dió la mano á una señora, y esta volvióse hácia el carruaje para coger en brazos á una niña.

Apénas reconoci al principal y á su esposa, corri á su encuentro, no sin extrañar aquella repentina aparicion, pues no les habia precedido carta ni aviso de ningun género.

— Francisco, — me dijo el señor, llamándome aparte y en voz baja, — ayude usted á esos honra-

dos muchachos á descargar la volanta, y éntre á mi cuarto los sacos. Tenga usted cuidado, pues vienen en cada uno de ellos mil onzas de oro.

Yo obedecí, y el amo, seguido de su mujer y su hija, entraron en la casa.

Aquella misma noche supe el motivo de la repentina llegada de mi principal: la epidemia se habia desarrollado en la Habana, y venian á buscar un refugio contra ese terrible azote de las Antillas en su ingenio de Guanabacoa.

Pero ¡ay! la epidemia, como el rayo, corre con una velocidad increible, hiriendo con su fuerza misteriosa los puntos que elige para descargar sus iras, y llegó en breve á extender su soplo mortal en aquel hermoso país.

Los infelices negros fueron sus primeras víctimas.

Diariamente se abria una fosa, para volverse á cerrar al instante con veinte cadáveres en su seno.

El pánico se apoderô de todos los moradores del valle; los trabajos se suspendieron; los vecinos, que poco ántes se trataban con cariñosa amistad, ofreciéndose sus servicios, cerraban sus puertas, temerosos del contagio. La muerte reinó sobre aquellos pintorescos campos con todo su imperio, con toda su terrible y amedrentadora majestad.

Muy pocos dias bastaron para que el pintoresco pueblo de Guanabacoa se convirtiera en un cementerio abandonado por los vivos.

Los cadáveres quedadan insepultos; los padres rechazaban á sus hijos, y estos á sus padres.

La gente se refugiaba á lo mas intrincado de los bosques, huyendo del contagio, y allí, abandonados de los hombres y de Dios, los alcanzaba la terrible guadaña de la muerte.

Confieso, padre mio, que en aquellos momentos de terror no desmayé; acudia á todas partes despreciando el peligro, porque la muerte nunca me ha arredrado. Guadalupe, por el contrário, encerrada en su cuarto, no se comunicaba con nadie, reprendiéndome sin cesar por los servicios que prestaba á los atacados.

Los dueños del ingenio, agradecidos por mi extraordinaria actividad y mis servicios, depositaron toda su confianza en mí.

El miedo los tenia encerrados en su habitacion, y sólo permitian que yo les sirviera el alimento.

—Pancho,—me dijo una noche la señora,—usted es un hombre honrado; nunca podremos pagarle el interes que por nosotros se toma; si Dios dispone de nuestras vidas, si esa inocente niña que duerme ahora con el sueño de los ángeles se viera un dia sin padres, confiamos en que usted será para ella un buen amigo, un tutor bondadoso que la hará olvidar la pérdida de los que la dieron el sér.

Yo, padre mio, ofrecí á aquella madre desolada sacrificarme por su hija, en el caso de que la epidemia la dejara huérfana.

¡Sí! ¡sí! ¡Yo fui entónces un miserable, y luego un malvado! ¡La cólera de Dios caerá sobre mi cabeza! ¡Es justo! ¡es justo!

Y el mulato se cubrió la cara con las manos, y comenzó á rezar con bronco y fatigoso acento.

El sacerdote reanimó con sus dulces palabras el espíritu de aquel hombre, què desfallecia ante el recuerdo de sus culpas.

— La epidemia batió por fin sus invisibles alas sobre la habitacion de mis amos, y la señora fué atacada del terrible mal.

Monté á caballo, y corrí olvidándolo todo á un pueblo inmediato en busca de un curandero indio que habia alcanzado mucha fama en la isla.

Á mi regreso me encontré al señor en cama, atacado tambien por la epidemia.

Los dos esposos me suplicaron con las mas dolorosas palabras, que me llevara á la niña Ángela léjos de ellos, en donde pudiera librarse del contagio; pero aquella inocente criatura, cuya clara inteligencia era el pasmo de cuantos la conocíamos, se negó obstinadamente á separarse de su madre.

Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no debia tardar el hombre que debia devolverles la salud.

Efectivamente, una hora mas tarde llamó á nuestra puerta el médico: vió á los enfermos, mandó que se les sumergiese en un baño de aguardiente de caña, y entregándome un frasco, me dijo:

— No puedo detenerme; cuando salgan del baño,

procura que entren en calor abrigándolos bien, y luego que beban como medio vaso del contenido de esta botella. Les producirà un efecto terrible y sentirán angustias de muerte, pero que no se asusten por eso; yo respondo de su curacion; afortunadamente se ha llegado á tiempo.

El curandero montó en su volanta, y partió.

Inmediatamente puse en ejecucion sus órdenes, y á las diez de la noche los enfermos, mas tranquilos, me hicieron concebir esperanzas.

Dejé al cuidado de dos negras el sueño de los contagiados, y mandando que me avisarau á la menor novedad, me retiré á mi habitacion.

Guadalupe no se habia acostado.

Tan atareada se encontraba, arreglando una maleta, que no reparó en mí.

Yo estaba rendido, y me dejé caer en una silla.

Volvió la cabeza y se sonrió.

—¿Qué haces?—le dije.

—Estoy arreglando tu maleta y la mia, — respondió.

—¿Vamos á emprender algun viaje? — volví á preguntar sonriendo, pues el miedo que le inspiraba la epidemia la tenia de contínuo sobresaltada.

—Sí; vamos á abandonar este maldito ingenio en donde la muerte ha plantado sus reales.

—¿Y adónde vamos?

—Al puerto marítimo de Cojimar, que dista, como sabes, algunas leguas de aquí.

—¿Y qué haremos allí?

—Embarcarnos en el primer buque que se haga á la vela para Méjico, Veracruz ó Nueva York, me es igual: lo que deseo es poner mucha distancia entre la epidemia y nosotros.

—¡Abandonar el ingenio! ¡Dejar en el lecho á nuestros bondadosos amos! — exclamé con asombro al saber la resolucion de mi mujer.

—¡Bah! Tus amos serán mañana dos cadáveres; por cada veinte atacados perecen diez y ocho; permanecer aquí es una imprudencia. ¡No parece sino que te complaces en arriesgar la vida!

—Guadalupe, mi deber es enterrarlos si la muerte los arrebata; si esto sucede, por desgracia, partiremos, llevándonos á la niña Ángela, pues sus padres me la han recomendado.

—Pancho, entónces será tarde; ademas, ya lo sabes, aborrezco á los niños.

—Pero advierte...—dije levantándome de la silla.

—Nada advierto, — me respondió. — Soy tu mujer; si tú mueres lo pierdo todo en el mundo; mi obligacion es arrancarte del peligro cierto que te amenaza. Si sólo arriesgara mi vida, tendria valor, callaria, ahogaria en mi corazon el miedo; pero peligra tambien la tuya, y no puedo resignarme á guardar silencio por mas tiempo.

Su amoroso recelo me aconsejaba una mala accion; pero, lo confieso, me causó una alegría infinita, porque la amaba con locura.

— Si tanto sufres, — le dije, — no quiero verte padecer; partiremos mañana.

— Ha de ser esta noche, — respondió.

Y abriendo una ventana añadió :

— Mira : la noche está tranquila y serena, y la luna no puede ser mas clara.

— Pero reflexiona que no tenemos grandes ahorros, y que para hacer un viaje tan largo como el que proyectas se necesita algun dinero.

Guadalupe se sentó á mi lado, y pasando su torneado brazo por mi cuello, me dijo bajando la voz y con una entonacion apasionada :

— Pancho, veo que eres un niño. Parece imposible que el terrible negrero, el altivo pirata, que sólo con su presencia aterraba á los habitantes de la costa de Guinea, se contente, como los niños, con una sonrisa de cariño ó un juguete de carton, y se resigne por toda su vida á la humilde clase de criado, cuando puede á tan poca costa llegar á la honrosa y envidiable categoría de millonario.

Miré á Guadalupe con asombro.

Sus palabras me habian producido el efecto de un tiro á quema ropa; habian resonado en mi corazon como el silbido aterrador de la culebra que se ve sorprendida en su nido por el traidor cocodrilo.

— Un hombre de corazon, — continuó con una calma que me helaba la sangre, — que tiene bajo su custodia cincuenta mil pesós fuertes, que los toca

con sus dedos, es un tonto, indigno de los favores de la fortuna, si los deja escapar; porque un millon, Pancho mio, merece ser tratado con cariño, con mucha condescendencia. Piénsalo bien, piénsalo bien, ántes de formular esas palabras de reconocimiento que siempre han sido el patrimonio de los pobres. No olvides que mañana los dueños de ese millon, ya no existirán, que á ti tal vez te habrá tocado la misma suerte, y que un extraño con sus manos lavadas, entrará en el despacho del señor, y al ver en la caja tanto oro, dirá con la sonrisa en los labios, colocando la mano sobre las repletas talegas: «¡Hé aquí una mina que produce el oro acuñado con el busto del rey!»

Yo estaba aturdido.

Lo que Guadalupe me proponia con tal naturalidad era un robo.

Dudé un momento de la realidad de sus palabras.

Creí soñar, y extendí mis brazos, como para convencerme de que me hallaba despierto, de que no era una sombra impalpable la que me hablaba de aquel modo.

Guadalupe, creyendo que iba á abrazarla, se echó en mis brazos, diciendo con un gozo que me sería imposible definir:

— ¡Ah! ¡Por fin comienzas á ver claro! ¡Loado sea Dios! Porque, hijo mio, para rechazar mis consejos se necesita el valor de un mártir, y nosotros no hemos nacido para mártires.

El mulato fijó su dolorosa mirada en el venerable semblante del sacerdote, y agitando pausadamente la cabeza, continuó de este modo:

— Usted, padre mio, acostumbrado á la vida pacífica y retirada del sacerdocio que ejerce, temeroso de Dios, esclavo de su deber, y criado en medio de una atmósfera de santidad, ignora sin duda el poder que ejerce sobre nuestra alma la mirada de la esposa que amamos, el eco irresistible que levanta en nuestro corazon la voz de la mujer que nos domina.

— Hijo mio, — le dijo el sacerdote, — la disculpa de un crímen no debe asomar nunca en los labios del pecador arrepentido; sólo Dios debe juzgarle; confiemos, pues, en su divina misericordia...

— Es que yo amaba á Guadalupe como un insensato, — dijo interrumpiéndole el moribundo; — y el hombre que entrega á una mujer su alma y su albedrío, sujeto por una fuerza invencible á su voluntad, sólo ve lo que ella quiere que vea, y siente lo que á ella le conviene que sienta; es un autómata que, conducido por el poderoso influjo de su amor, no retrocede ante los peligros de la gloria ni ante la vergüenza del crímen mas repugnante que imaginarse pueda.

— El amor es un destello divino, — repitió el sacerdote ahogando un suspiro; desciende de Dios, y nunca puede escudar una mala accion. El que comete un crímen por voluntad ajena, es cien veces

mas culpable que el cómplice que le empuja hácia el mal.

— ¡Es verdad! ¡es verdad! murmuró cubriéndose los ojos con las manos el mulato. Yo quiero aminorar mi culpa ante la muerte, pero sólo á Dios incumbe ese derecho. ¡Que tenga compasion de mí!

Los sollozos suspendieron algunos intantes la narracion del moribundo.

El sacerdote reanimó con palabras de consuelo aquel espíritu que comenzaba á desfallecer, obligándole con dulzura á que continuara su confesion.

Pancho indicó con un movimiento de cabeza que iba á proseguir.

— Aquella noche, — dijo, — mi mujer se valió de todo mi amor, de todo su poder, para inducirme á que cometiera un nuevo crímen.

El bien y el mal lucharon por algunas horas en mi corazon, pero de un modo terrible, abrumador.

Cuando mi alma, rebelde á sus súplicas, me hacía proferir palabras que rechazaban sus infames consejos, ella apagaba estas palabras depositando en mis labios un beso amoroso.

La lucha fué terrible, pero caí vencido, como el fuerte gladiador á los piés de su enemigo.

Guadalupe, radiante de felicidad y de hermosura, pues habia logrado ahogar la voz del deber en mi corazon, me dijo, separándose de mis brazos:

— No hay tiempo que perder; la luna sonrie sobre el cancel de la humilde ventana de los futuros

millonarios. El dia no puede tardar; es preciso no ser perezoso con la fortuna, que con sus pródigas manos extendidas nos espera á la puerta del ingenio. Mira.

Y diciendo esto me empujó suavemente hácia la ventana de la estancia.

Miré al sitio que me indicaba, y vi junto á la puerta un carruaje enganchado y un negro que tenia los dos caballos de la brida.

— He mandado enganchar la volanta, — añadió, — porque es mas ligera, y nosotros mismos podemos guiarla sin necesidad de nadie.

— Pero ese negro sabe... — pregunté con recelo.

— ¡Bah! No soy tan necia ; ese negro cree que tu cariño, tu celo incansable hácia tus amos, te pone en el caso de partir esta noche á la Habana en busca de un médico. Eso mismo les dirá mañana á los señores, si es que viven, y ellos, creyendo que su buen Francisco no perdona sacrificio por devolverles la salud, seguirán bendiciéndote aunque tardes ocho dias ; y dentro de ocho dias ya podemos estar fuera del alcance de sus manos.

— Pero lo que me propones es una infamia, — respondí con asombro.

— Una infamia ó una fortuna. como quieras comprenderlo.

— Di mas bien un robo.

— Será lo que quieras ; pero ya lo sabes : me es-

panta la miseria ; quiero ser rica. Sería verdaderamente una necedad desaprovechar la ocasion.

— ¡Guadalupe! ¡Guadalupe! — exclamé, asustado ante la frialdad de mi esposa. — No me empujes hácia el crímen, puesto que Dios sin duda ha querido apartarme de él hace algun tiempo.

— ¡Sólo faltaba que, despues de haber sido pirata y negrero, tuvieras ahora miedo de apoderarte de un puñado de oro!

— ¡Miedo!

— No pueden calificarse tus temores de otra cosa.

— Entónces, sea, — dije, dominado por aquella mujer.

Los ojos de Guadalupe brillaron de un modo siniestro.

Su genio tentador lo habia previsto todo.

Yo, convertido en un esclavo, sin mas voluntad que la suya, bajé al despacho, abrí la caja, y ayudado por Guadalupe robé tres sacos de oro de los cuatro que pocos dias ántes me habia confiado mi amo. El negro no sospechó nada, medio dormido junto á los caballos. Ademas, ¿cómo es posible que desconfiara aquel infeliz del administrador de su amo? Su deseo era que le dijera : « Véte á dormir. » Pero yo, á pesar de mi vida pasada, temblaba como un cobarde al tocar aquel oro que no me pertenecia.

Guadalupe subió la primera, serena y alegre ; yo cogi las riendas y la fusta que me presentó el negro, y le dije maquinalmente :

— Muchacho, no abandones á los señores durante mi ausencia; yo voy á la Habana por un médico que los cure, ya lo sabes.

— Sus mercedes puenden ir tranquilos, — me respondió el negro.

Descargué un terrible latigazo sobre los caballos, como si quisiera por este medio apartar el remordimiento de mi corazon, y los fogosos animales partieron á galope tendido por el llano y hermoso camino que conduce al puerto de Cojimar.

Poco tiempo despues desembarcamos sin contratiempo en el puerto de Nueva York.

Yo usaba el supuesto nombre de Pedro Medrano, y mi mujer el de Juana.

El sacerdote se puso en pié, miró al moribundo de un modo extraño, y le dijo con balbuciente acento:

— Pero ¿y tus nobles protectores? ¿Qué fué de ellos? ¿Murieron abandonados? ¿Qué fué de aquel tierno ángel encomendado á tu cuidado?

— ¡Ah! ¡La Providencia hizo sin duda que los volviera á encontrar en mi camino, para recordarme de este modo mi infame crímen!

— ¿Luego no murieron? — volvió á decir el sacerdote.

— ¡Mas tarde!... ¡Mas tarde, segun creo!... — murmuró con ahogado acento el moribundo, dejándose caer sobre su lecho, presa de una espantosa convulsion.

CAPITULO IV

UN CADÁVER MAS

Transcurrió média hora.

El enfermo gemia y temblaba.

El sacerdote oraba por el alma del moribundo.

El hombre justo y el criminal no se atrevian á romper el silencio; pero aquellas dos almas, tan completamente opuestas, dirigian su pensamiento hácia un mismo punto: el cielo.

La tierra no existia para ellos; el espíritu invisible y augusto de Dios flotaba sobre aquel lecho, y sus lenguas enmudecian ante los inapelables fallos de su inmenso poder.

Por fin el mulato se irguió, como el hombre que despues de una lucha terrible forma una resolucion, y mirando al cura de un modo extraño, dijo con voz áspera y pausada:

— Terminemos, padre mio, terminemos, ántes que falte la voz á mi garganta, la fuerza á mi espíritu y la vida á mi cuerpo.

— Habla, ya te escucho, — respondió el sacerdote.

El enfermo continuó :

— Nueva York recibe diariamente en su hermoso puerto un sinnúmero de buques de todos los países del mundo.

La República de esa region norte-americana, protege á todos los que buscan refugio bajo su bandera. Los criminales que escapan del rigor de la ley, corren á refugiarse en las pintorescas riberas que riegan con sus caudalosas corrientes el San Lorenzo y el Hudson.

El lago Ontario ve diariamente instalarse en sus orillas los nuevos colonos europeos que se disponen á explotar su fértil suelo, y Filadelfia y Washington miran con la impasibilidad de su temperamento inglés engrosar el número de sus habitantes.

Nosotros, padre mio, respiramos en el seno de aquel país protector, y poco á poco el horrible crímen que habíamos cometido, fué aminorando sus proporciones en nuestra imaginacion.

Entónces comencé á pensar en mi posicion.

Era preciso hacer algo.

Guadalupe me decia sin cesar :

— Pancho, un millon de reales es una miseria en este país tan rico donde tanto se gasta. Procura aumentar tu fortuna ; eres jóven todavía, y los desvelos del jóven aseguran las comodidades del anciano.

Sus consejos me recordaron mi vida pasada, y una noche, asomados ambos á la ventana, desde donde se divisaba el mar tranquilo y hermoso, alumbrado por los rayos de la luna, tuvimos esta conversacion :

— Hace algunos dias, querida Guadalupe, que me aconsejabas tomara alguna ocupacion para aumentar por este medio nuestro capital.

— Consejo prudente y previsor, — me contestó, — pues el que gasta de un fondo que no se renueva nunca, acaba por arruinarse.

— Es verdad, — repuse. — Y en prueba de que quiero complacerte, te diré que estoy decidido á emprender una ocupacion bastante lucrativa, por poco que la fortuna favorezca mi empresa. Sólo tengo el sentimiento de participarte que la mayor parte del año la pasaré separado de ti.

— ¡Ah, vamos! — me dijo, sin que le afectasen mis palabras. — Recuerdas tu antigua vida, y querrás volver nuevamente al mar.

— Sí ; pero de una manera mas honrosa ; porque esta vez mi buque será un buque mercante, que hará sus viajes bajo el amparo y proteccion de la ley.

— ¿Tu buque? — preguntó con asombro mi esposa.

— He dicho mi buque, porque se halla en venta un paquebot de ciento veinte toneladas, y pienso comprarle mañana mismo.

— ¿Has meditado bien lo que te propones?

— Sí; el buque está casi nuevo. Sirvió para llevar la correspondencia á Washington. Su armador se enriqueció y quiere venderle. Pide como último precio treinta mil dollars [1].

— Pero eso es mucho dinero.

— El trato es á pagarlo en dos plazos : uno al extender la escritura, y otro al año justo. Pero durante este tiempo el piloto del buque debe ser un marino de la confianza del vendedor.

— Pero una vez adquirido el paquebot, ¿cuál es tu pensamiento?

— Dedicarme al comercio. Recorreré los puertos de Salem, New-Port, Baltimore. Compraré los productos de las riberas del Missisipí para venderlos en Charleston, y las manufacturas de esta ciudad industrial trasladarlas á las orillas del agitado Missouri, adonde acuden los incultos habitantes de sus selvas, para trocarlos con polvos de oro, maderas preciosas y ricas pieles. En una palabra, enriquecerme haciendo el tráfico de buena ley, como lo hacen los hombres honrados.

Guadalupe se arrojó en mis brazos, exclamando con una alegría indefinible :

— ¡Yo iré contigo!

— Tú no puedes exponerte á los peligros de una vida azarosa, — le respondí. — Ademas, yo nece-

[1] El dollar es una moneda que tiene el valor de veinte reales próximamente

sito tener en tierra un rincon donde cobijarme, una tierna amiga que cuide con interes las ganancias que pueda proporcionarme mi negocio. Buscaremos una casita en las cercanías de la ciudad, y allí vivirás cuidando de tus flores y pensando en tu esposo.

Guadalupe se convino al momento con el plan indicado.

La poca insistencia que demostró en mantener la idea de acompañarme llamó mi atencion; pero pronto el poderoso influjo de su palabra me tranquilizó, y no pensé en otra cosa que en arreglar mis asuntos.

Nuestro primer cuidado al dia siguiente fué alquilar una bonita casa de campo á la orilla del mar.

Guadalupe estaba loca de contento; yo me creia feliz con su alegría.

Compré un negro y una negra para que la sirvieran, y arreglados mis asuntos con el armador, busqué cargamento para mi nuevo buque, y una noche me separé de los brazos de mi esposa con los ojos arrasados en lágrimas y me hice á la vela.

Nuestra casita tenia un alto mirador, donde Guadalupe colocaba una luz siempre que emprendia un viaje, para demostrarme que estaba alli pensando en mi.

Lo primero que buscaban mis ojos á mi regreso era aquella amorosa atalaya, que tanto echaba de ménos durante mi ausencia.

Por espacio de un año recorrí sin contratiempo los principales puertos del Pacífico; y mi suerte fué tan próspera, que me bastó ese tiempo para completar el pago del buque y doblar mi fortuna.

Cuando en medio del Océano, sentado sobre el castillo de popa, tendia mi vista por aquellas inmensas soledades de agua y cielo, el recuerdo de mi esposa se mecia en mi soñadora imaginacion, y el pensamiento, atravesando la dilatada distancia que nos separaba, iba á posarse sobre la azotea de la casita que tan gratos recuerdos conservaba de mi felicidad.

Nunca regresaba á Nueva York sin llevar á Guadalupe una memoria de mi cariño; la amaba tanto, que mi único deseo era embellecer todo lo posible aquel nido en donde yo, águila de los mares, iba á reposar de las borrascas del Océano, de mi vida agitada de marino.

El mulato se detuvo y exhaló un prolongado suspiro.

Despues continuó, fijando sus hundidos ojos en el venerable semblante del sacerdote:

— Padre mio, aquella mujer, por quien yo arriesgaba la vida, por la que habia abandonado á mis protectores despues de robarles, por la que hubiera vendido mi alma, era una infame, una miserable que, abusando de mi y burlando mi buena fe, me arrojaba al rostro el agravio, la afrenta que mas siente un hombre apasionado.

El moribundo volvió á suspender su relato, y pasándose la mano por la frente continuó :

— Pero no adelantemos la marcha de los sucesos. Me hallaba anclado en la hermosa bahía de Newport esperando un cargamento de pescado seco que debia trasladar á Portsmouth, desde donde pensaba dirigirme con otro cargamento de arroz y balas de algodon á Nueva Orleans, recorriendo las aguas del Mississipí.

Este viaje, segun mi cuenta, debia ocuparme tres meses, y escribí á mi esposa explicándole el itinerario que iba á seguir, diciéndole que tenia el sentimiento de participarle que lo ménos en noventa dias no podria tener la felicidad de verla, pero que esperaba hacer un gran negocio.

Una circunstancia imprevista me obligó á cambiar de rumbo. El dueño de la pesquería de Newport, que habia fletado mi buque, me dijo que cartas de Nueva York recientemente recibidas le obligaban á poner en aquel puerto una gran partida de salazon, negocio de grande importancia para la casa, atendida la escasez del citado comestible en aquella capital, y me invitó á hacer el transporte.

En Nueva York estaba Guadalupe, así es que yo accedí con gusto á los deseos del comerciante, y dos noches despues puse la proa de mi paquebot en direccion á aquel puerto.

Cuando despues de unos dias de viaje divisé desde el puente de mi buque la cenicienta línea que

me indicaba la tierra, mi corazon latió de placer, porque iba á ver á Guadalupe, á abrazarla.

Ella no me esperaba, y la sorpresa de una vuelta imprevista para los amantes tiene encantos indefinibles.

Pronto, á favor de mi anteojo, distinguí la casita blanca como un cisne, con sus persianas verdes y su cercado de piedra, por encima del cual salian los movibles penachos de los árboles frutales.

La delgada quilla de mi buque cortaba con velocidad las tranquilas aguas, haciendo saltar con el cabeceo millones de cristalinas gotas sobre cubierta.

Á la caída del sol tomé puerto, y arregladas las formalidades de costumbre, salté á tierra llevando un pequeño cofrecillo bajo el brazo, dentro del cual venian algunas monedas de oro y un rico collar de perlas para Guadalupe.

La noche me sorprendió á unos quinientos pasos de mi casa.

Veia entre las sombras destacarse la modesta empalizada, y con el corazon palpitante de alegría me dirigí á la puerta.

Estaba cerrada, y me detuve.

Queria sorprender á mi esposa, y en vez de llamar salté la empalizada, y deslizándome entre los árboles del jardin, llegué junto á una ventana del piso bajo que tenia la persiana corrida.

Aquella pieza era nuestro comedor.

Guadalupe la preferia á todas las demas.

Vi luz y me dije :

— Ahí estará.

Nadie me habia visto ; yo me sonreia interiormente por el susto que mi presencia iba á causarle. Pero ¡ cuán léjos me hallaba de pensar lo que iban á ver mis ojos y á oir mis oídos !

La persiana caia como una cortina á la parte exterior, y alcé con cuidado un extremo de ella para ver la habitacion.

La sangre se agolpó á mi corazon, las sienes me latieron, y por mis ojos pasó como una ráfaga de viento frio y húmedo que me cegó por un momento.

Guadalupe, mi esposa, sentada junto á una pequeña mesa, departia amigablemente con un hombre jóven y bien parecido.

Aquella mesa estaba servida, y sobre el blanco mantel descansaban algunas botellas y humeaban dos tazas de café.

Creí que soñaba en el camarote de mi buque ; porque nunca la menor sospecha de adulterio habia asaltado mi mente ; pero, padre mio, aquella infame mujer hacía mucho tiempo que se gozaba en mi deshonra.

Sus palabras me lo revelaron ; las llevo escritas en mi memoria, y me queman el cerebro cuando las recuerdo y los labios cuando las pronuncio ; pero en este momento no debo ocultar nada al bondadoso sacerdote que escucha mi confesion.

Roque de Lara hizo un movimiento de cabeza,

afirmando las palabras del mulato, y continuó su rezo, porque el humilde siervo de Dios estaba anonadado ante la relacion de aquel hombre.

El enfermo continuó :

— Escuche usted, padre mio, lo que oí en hora infortunada, para hacerme el mas infeliz de los hombres.

Con los ojos fijos en aquella mujer infame, como el tigre sobre la presa que espera devorar; con el rostro pegado á las persianas, para oir mejor mi deshonra; con el corazon destrozado por la desesperacion y los celos, vi cómo mi esposa ofreció á su amante una copa despues de haberla llevado á sus labios, y escuché este diálogo, que tuvo un desenlace sangriento :

— ¿ Conque el imbécil de tu marido te ha escrito que tardará tres meses ?

— Sí ; piensa recorrer varios puntos; esto nos da treguas para nuestro plan.

— No conviene ser confiados ; él está, segun parece, enamorado de ti como cuando os casasteis, y puede volver de un dia á otro.

— ¿ Has decidido ya el punto ?

— Sí. España. Tengo allí intereses, y de una pedrada matamos dos pájaros. Ya sabes que sólo por ti estoy retrasando mi viaje hace tres años, y en verdad que me alegro ; ahora, gracias á los desvelos de tu marido, podremos hacer el viaje con comodidad.

Y aquel miserable soltó una carcajada que resonó en mi cráneo como el ruido de un rayo.

— Mira, Luis, — dijo mi esposa sirviéndole otra taza de café : — yo estoy resuelta á seguirte adónde quieras, porque aborrezco á Pancho desde la noche que por primera vez magulló mi cuerpo con sus brutales golpes; pero todo lo que tiene de tierno y bondadoso cuando mi perjuro labio le finge amores, tiene de terrible cuando la cólera le ciega.

— ¡Bah! Lo que ménos me ocupa es lo que él pueda hacerse al verse chasqueado, — dijo con tono despreciativo aquel hombre. — En Puerto Príncipe, donde te conocí; en la Habana, adonde te seguí, y en Guanabacoa, en donde combinamos el plan que vamos á llevar á cabo, me hubiera deshecho de ese espantajo, á no ser porque teníamos la esperanza de que nos sirviera. Pero ahora tú eres rica, y la cosa varía de aspecto. Afortunadamente para mí, y desgraciadamente para él, soy maestro de armas, y como se atreviera á ponerse delante de la punta de mi florete ó del cañon de mi pistola, entónces podias contarte en el número de las viudas.

— No, Luis; te amo demasiado para verte expuesto á un peligro por mi causa. Ántes que llegar á ese extremo, es preferible echar mano de aquel frasco que me diste, cuyos efectos son tan terribles.

— ¡Bah! ¿Dudas de mi valor? ¿Temes que no sea bastante fuerte?

— ¡No! ¡no! — replicó Guadalupe con viveza.

— Colocarte delante de él es arriesgar tu vida, y eso ni quiero ni puedo consentirlo. Prefiero el veneno; es mas seguro y ménos arriesgado.

El amante de Guadalupe se encogió de hombros, demostrando una indiferencia que tal vez estaba muy léjos de sentir, y dijo :

— Como quieras. Con tal de que ese hombre no me robe ni un átomo de tu cariño, á todo me avengo.

— Mas padezco yo fingiendo lo que no siento, que tú pensando lo que no ves.

— Es que los celos me dan unas noches horribles. Ausente de tu lado, mi imaginacion se forja mil ideas que me desgarran el corazon. Si no te amara, todo me sería indiferente.

— ¡Luis! ¡Luis! — balbuceó aquella infame, reclinando su cabeza sobre el pecho de su amante.

Entónces mis ojos vieron cómo aquel hombre depositaba un beso impuro sobre la frente de aquella mujer sin decoro.

Fuera de mí por la ira, sin saber cómo, di un salto y fuí á caer en la habitacion, junto á aquellos infames que se gozaban rasgando en jirones mi honra.

Su asombro, su espanto fué tan grande, que no hallaria palabras con que describirlo.

Guadalupe y su cómplice se quedaron clavados en las sillas, pálidos, trémulos y aterrados.

Ántes de darles tiempo para reponerse, cogí á mi esposa por la garganta, la arranqué de su silla y

sentí sus huesos crujir entre mis manos. Su cuerpo se agitó convulsivamente en el aire, un grito ahogado se exhaló de aquel pecho criminal, y luego la arrojé con furia léjos de mí.

¡Era un cadáver!

Mis dedos, con la colosal fuerza que presta la desesperacion, la habian estrangulado.

Entónces acerqué mi rostro al suyo, y la dije, con voz bronca:

— ¡Así mueren las adúlteras!

Volvíme para hacer lo mismo con su cómplice; pero ¡ay! el miserable habia desaparecido.

Ciego de ira, loco por la desesperacion y los celos, salté por la ventana, recorrí el jardin, salí al campo. ¡Nada! ¡nada! ¡El cobarde habia sabido librarse de mi venganza!

Aquella misma noche di sepultura al cadáver de mi esposa.

Su muerte es un secreto que el mundo ignora, y que hoy por la primera vez en mi vida asoma á mis labios.

Precipitadamente recogí algunas joyas y dinero, y fuí á llorar mi vergüenza y mi crímen en el camarote de mi buque, abandonando para siempre aquella casita risueña, donde tan feliz y tan desventurado fuí á un mismo tiempo.

CAPÍTULO V

LA TEMPESTAD

El enfermo temblaba, como si un frio interior le helara la sangre.

Hizo un esfuerzo, como si quisiera terminar su larga confesion, y ántes que el sacerdote le dirigiera la palabra, continuó de este modo :

— Solo en el mundo, sin mas afecciones sobre la tierra que el deseo de venganza, busqué inútilmente por todas partes al hombre que habia matado mi felicidad para arrancarle la vida. Pero en vano recorrí una gran parte de aquel país : mis pesquisas fueron inútiles, y recordando sus infames proyectos de partir á España, pensé trasladarme al viejo mundo, con el único objeto de buscarle.

La América, ademas, tenia para mí una historia de remordimientos y de sangre; temia á cada paso encontrarme con un testigo de mis crímenes. Por lo tanto, reduje á dinero mis efectos, giré letras contra varios comerciantes de Cádiz por valor de

ochenta mil duros, y tomé pasaje en una fragata que partia con un cargamento de algodon y azúcar.

El trato de gentes me disgustaba; triste y con e corazon desgarrado, quise hacer la travesía sin ver á nadie, y pude lograr que el consignatario del buque me cediera, con un aumento de precio, un camarote reservado en el departamento de proa, donde, solo con mis recuerdos y algunos libros que me proporcioné, me prometí hacer el viaje ocupándome en escribir mis desventuras y en pensar en mi venganza, para el caso de que la suerte me colocara frente á frente de mi rival.

Por las noches, cuando todos los pasajeros descansaban tranquilamente en brazos del sueño, solia abandonar mi estrecha habitacion, y pasearme por espacio de una hora por la cubierta.

Á pesar de mi retraimiento, algunas veces, al tender mis ojos por la inmensa superficie del mar, viendo el azul estrellado del cielo, traia á la memoria los recuerdos de mi vida de pirata, y la brisa de la noche se llevaba un suspiro desde el fondo de mi corazon.

Otras, no pudiendo resistir la curiosidad, me acercaba al hombre de cuarto que velaba sobre cubierta, ó al silencioso timonel, para preguntarle en qué mar nos hallábamos; pero pronto volvia á encerrarme en mi camarote para no salir hasta la noche siguiente.

El buque, segun el derrotero marcado por el consignatario, debia hacer escala en varios puertos de

América y en Lisboa, yendo á terminar su viaje en Cádiz.

Yo no salí nunca de mi encierro durante las pocas horas de suspension que pasábamos en las bahías.

Llevábamos cuarenta y siete dias de navegacion sin que hubiera ocurrido el menor incidente, cuando una noche comprendí por el precipitado y desigual cabeceo del buque y los crujidos prolongados del maderámen que habia marejada.

Seguí por espacio de una hora sin ocuparme de aquel incidente, al que estaba tan acostumbrado, cuando llegó á mis oídos el penetrante sonido del pito del contramaestre llamando sobre cubierta á la tripulacion. Luego sentí ruido de pisadas y gran movimiento en la parte alta del buque, y por último la voz del capitan, que con toda su fuerza gritaba desde el castillo de popa :

— ¡ Señores, todo el mundo abajo !

Yo era marino, y comprendí que sucedia algo extraordinario.

Entónces subí sobre cubierta, y sin moverme del último escalon de la escotilla, lancé en torno mio una mirada investigadora.

El cielo tenia un color plomizo.

Las nubes recorrian el espacio con una velocidad espantosa.

Una brisa bastante fuerte soplaba del Norte y del Oeste, y las jarcias gemian, como si se lamentaran de las ásperas caricias que le tributaba su enemiga.

De vez en cuando los relámpagos alumbraban la agitada superficie de la mar, y á lo léjos el sordo rumor del trueno anunciaba que la tempestad iba aproximándose hácia nosotros.

Una fuerte ráfaga de viento inclinó el buque sobre la banda de babor, rociando la cubierta con la espuma del mar; pero immediatamente volvió á enderezarse, continuando su marcha con algun trabajo.

Convencido de que el peligro era inminente, y temiendo que aun fuese mayor el que pudiera sobrevenirnos. volví á bajar á mi camarote, saqué de mi maleta una cartera que contenia mi fortuna, coloqué esta cuidadosamente en el bolsillo de mi gaban y volví á subir sobre cubierta.

— ¿ Adónde vais, amigo mio? — me dijo en inglés el capitan del buque, colocando familiarmente su mano sobre mi pecho.

— Soy marino, — le dije. — He mandado un buque por espacio de algunos años, y mi deber es ayudar en el peligro á mis hermanos de mar.

— ¡ Ah! ¿ Conque sois marino? Entónces, ya podréis figuraros la broma que nos espera. La tempestad se echará encima muy en breve, y segun el preludio, esto va á ser una sinfonía á toda orquesta. ¡ Qué lástima! Mañana hubiéramos tomado puerto en Lisboa, si no hubiésemos sufrido este contratiempo.

— ¿ En qué aguas nos encontramos? — le pregunté, sin dar pábulo á su buen humor.

— En las peores del mundo : en las costas cantábricas, donde nos vamos á estrellar esta noche, si Dios no hace un milagro.

— El marino nunca debe perder las esperanzas.

— ¡ Diantre ! ¿ Creéis que yo las he perdido? Mirad, — dijo sacando una pistola del bolsillo de su levita. — Miéntras no veáis la boca de este cañon colocada sobre mis sienes, no creáis que el capitan Dikson ha perdido la esperanza de salvacion; porque el buque se hundirá conmigo ó se salvará conmigo : es mi consigna.

— Entónces, aprovechemos el tiempo, — le dije. — Mirad : la mar cada segundo se alza mas gruesa é irritada en derredor nuestro; el viento es fuerte; la fragata apénas obedece. ¿ Queréis hacerme el honor de permitirme que me siente á la barra?

No pudo contestarme, porque una ola colosal saltó por la popa, y pasando por encima de nosotros, se llevó consigo varios objetos de cubierta.

— ¡ Todo el mundo á amainar velas! — grité con toda la fuerza de mis pulmones y como si yo fuera el capitan del buque.

La tripulacion se dispuso á obedecer mis órdenes; y por cierto que ya era tiempo.

— ¿ Creéis que debemos ponernos á la capa? — me preguntó el capitan.

— No queda otro recurso; pero como la marejada no nos da tiempo para poner las velas de estay, y á palo seco la obra muerta se resiente mucho, aunque

yo no conozco la construccion del buque, soy de parecer que dejéis la mesana y dos gavias, y enfilemos la proa tres grados á barlovento; así podremos resistir algunas horas los golpes de mar si el buque está bien calafateado. Pero no olvidéis mandar que sujeten la barra, porque, segun los golpes que le está dando á la popa, temo que la haga pedazos.

El capitan dió las órdenes que le indiqué, y la fragata, como si agradeciera aquella maniobra, comenzó á cabecear con gallardía, salvando las inmensas montañas de agua que se estrellaban mugiendo sobre la banda de proa.

Miéntras tanto, la alarma habia cundido en las cámaras, y algunos viajeros invadieron la cubierta; desobedeciendo las órdenes del capitan.

Puesto el buque en aquella disposicion, no corria peligro por entónces; pero era de todo punto indispensable que funcionaran las bombas, para descargarle de la inmensa cantidad de agua que habia embarcado.

El capitan Dikson lo comprendió así y mandó la maniobra.

El espanto cunde con una rapidez prodigiosa en los momentos de peligro.

La grandeza de una tempestad empequeñece el espíritu de los hombres mas bravos.

Primero se lucha con los vientos, se hace cara á las iras del cielo, al furor de las olas; luego se piensa en la salvacion de la vida, y por último,

cuando la muerte presenta todo su poder ante los ojos del náufrago que lucha agarrado á un cable ó á un tonel, entónces se piensa en Dios y se le encomienda el alma.

Sólo presenciando una tempestad sobre la cubierta de un buque que lucha con ella, puede apreciarse lo imponente, lo terrible de su poder.

La que nos amenazaba entónces era la mas grande que habia visto en mi vida de marino.

La voz del huracan dominaba el mugido del trueno. Montañas inmensas de agua se estrellaban con furia sobre el castillo de popa, barriendo con su poderosa marcha la cubierta.

La fragata tan pronto se elevaba á las nubes como caia en profundos precipicios.

Los continuados relámpagos alumbraban esta escena horrible.

Los viajeros presentaban un cuadro aterrador: los unos lloraban elevando fervorosas súplicas á Dios; los otros, abrazados á las personas queridas de su familia, se cubrian la cara por no ver la muerte que los amenazaba; otros, mas serenos, esperaban con una pistola en la mano el momento supremo para poner fin á su vida.

Yo comprendí que estábamos perdidos.

Viendo venir sobre el buque una montaña de agua que se elevaba á la altura de las cofas, me agarré fuertemente á una driza, gritando con toda la fuerza de la desesperacion:

—¡ Todo el mundo á los obenques y á las cabillas! ¡ Orzad! ¡ orzad, ó nos vamos á pique!

La maniobra se ejecutó tarde y mal, y un monte de agua pasó por encima de la cubierta, llevándose consigo á dos infelices marineros que sujetaban la barra del timon.

Un hombre que se hallaba á mi lado, con todos los síntomas de la embriaguez, soltó una ruidosa carcajada. diciendo :

—¡ Las *ballenas*[1] se llevan á los tripulantes! ¡ Esto va ya muy malo!

Y efectivamente, el beodo tenia razon : el naufragio era seguro.

El capitan del buque, que era un bravo marino, intentó el último esfuerzo y ordenó que se cortara el mástil. Esta vez la tripulacion comprendió que se arriesgaba la vida.

Cuatro hombres armados de hachas emperazon á cortar el palo mayor.

El resto de la tripulacion, con los cuchillos en las manos, acudian á los estais, esperando la señal para cortar los aparejos.

La voz serena y vibrante del capitan volvió á resonar en medio de la tempestad, diciendo :

— ¡ Señores, el mástil caerá por la banda de sotavento! ¡ Todo el mundo á barlovento!

Los viajeros se agruparon sobre la banda indicada, y poco despues, aprovechando un golpe de

[1] Las olas.

mar, el inmenso mástil crujió y se vino abajo con estruendo, rodando al abismo.

La fragata, libre de aquel enorme peso que la agobiaba, comenzó á enderezarse; pero pronto otro furioso golpe de mar, como si quisiera castigar su soberbia, hizo que el cargamento de la estiva se inclinase sobre la proa, haciendo hundir el baupres en las aguas.

En medio de aquel espanto en que la muerte nos amenazaba por todas partes, corrí á popa para ver el estado del timon, cuando otra ola, con esa fuerza que no se explica, destrozó con su empuje la forrada pala, arraacando dos de sus argollas.

El buque desde entónces iba á ser juguete de los vientos embravecidos.

Giré en torno mio los ojos, buscando algun medio de salvacion, y vi al capitan, impasible, con la mirada serena y agarrado á la barandilla del alcázar, con una pistola en la mano.

Me acerqué á él y le dije:

— Valiente marino, la fragata está perdida.

— Ya lo sé, — me respondió con calma. — El lastre ha pasado á sotavento, y la pobre no tiene fuerzas para levantar la cabeza. El timon nos ha abandonado. En fin, amigo mio, cuando oigáis un tiro, procurad agarraros á una tabla ó á un palo, porque un segundo despues nos iremos á fondo.

— ¿ Conque es decir — le repliqué — que os entregáis en brazos de la Providencia?

— Ella sólo puede salvarnos. Perdido el timon y desordenada la estiya, el buque se va á fondo; ya lo sabéis, puesto que sois marino. Ademas, los tripulantes ya no me obedecerian; saben que van á morir, y como buenos ingleses se han bajado á la bodega á beber ginebra. ¡Pobres chicos! Su mayor placer es morir borrachos: de este modo no se siente la muerte. Yo haria lo mismo si no hubiera jurado morir firme y sereno con mi pobre *Angelita*.

— ¡Angelita! — murmuré yo con asombro, recordando el nombre de aquella hermosa niña cuya fortuna habia robado tan villanamente.

— Sí, ese es el nombre de la fragata, — volvió á decir el capitan. — Pero no perdáis el tiempo.

En este momento oí detras de mí una voz que me era conocida.

Aquella voz decia:

— ¡Ángela! ¡Ángela! ¡Aquí!

Volví la cabeza á tiempo que un relámpago, rasgando las oscuras tinieblas, vino á alumbrar el horrible cuadro del naufragio, y entónces á su luz pude ver clara y distintamente á un hombre.

Era el dueño del ingenio de Guanabacoa.

Espantado, me alejé de aquel sitio; pero otra voz femenina, desfallecida, amedrentrada por el terror, repitió las voces de:

— ¡Ángela! ¡Ángela! ¿Dónde estás?

Otra exhalacion alumbró por segunda vez las titieblas, y entónces vi, padre mio, á la noble señora

que me habia recomendado su hija, á la madre infeliz que depositando en mí su confianza habia sido víctima de mi infamia incalificable.

Corrí de popa á proa, para no oir aquel nombre, que resonaba en mi alma como el doloroso grito del remordimiento.

Por doquiera que dirigia mis pasos, en medio de aquel estruendo, dominando la voz de la tempestad y el estrepitoso mugido de las olas, oia gritar sin cesar :

— ¡ Ángela ! ¡ Ángela ! ¡ Ángela !

¡ Dios, con su infinito poder, me presentaba su Providencia en medio de la tempestad !

CAPÍTULO VI

LA PROVIDENCIA

— ¡ Sí, hijo mio ! — exclamó el sacerdote. — Dios te presentaba tus víctimas en la hora del peligro, para que lavases tu culpa.

— Pero yo, egoista y malvado, huí de ellos, — dijo con voz temblorosa el enfermo. — En vez de tenderles una mano amiga, procuré mi salvacion olvidándome de la suya. La materia pudo mas que el alma ; el egoísmo venció á la generosidad.

Los gritos, las blasfemias, las oraciones, se elevaban desde la cubierta de la fragata, mezclándose con la poderosa voz de la tempestad.

Jamas me pareció la vida tan bella como en aquel momento de espanto y desolacion ; nunca sentí dentro de mi sér mas hambre de existir que en aquel instante de desesperacion.

Como la fiera encerrada en un círculo de fuego, giré en torno mio los ojos, buscando la tabla de salvacion.

Un grito de gozo exhaló mi alma, y empuñando un hacha, me cogí fuertemente de un cable, á cuyo extremo se hallaba amarrada una de las lanchas del buque, que no sé quién habia botado al agua.

La frágil barquilla, juguete de las olas, chocaba contra el costado de babor de la fragata, expuesta á estrellarse.

Yo me dejé caer, y al verme dentro de ella, corté con un solo golpe la cuerda que la sujetaba, y empujado en aquel momento por una ola, me vi separado del buque algunas brazas.

Entónces respiré, como el hombre que mira terminada una tarea fatigosa, y empuñando los remos, confiando en mis fuerzas y mi valor, comencé á remar á la ventura, cuando una voz que heló la sangre de mis venas llegó á mis oídos.

Aquella voz decia :

— ¡ Aquí, Francisca ! ¡ Á proa ! ¡ á proa !

Y luego, lanzando un grito desesperado, repitió :

— ¡ Maldicion ! ¡ Ángela, hija mia, Dios tenga piedad de ti !

Despues sólo oia el silbido del huracan y la voz poderosa del trueno ; y al resplandor de los prolongados relámpagos que por breves momentos iluminaban la atmósfera, veia montañas de agua por todas partes, y á lo léjos la fragata luchando con el embravecido Océano.

Despues de esfuerzos inauditos, logré colocar mi

lancha de modo que el empuje de las olas la ayudara á hacer camino.

El débil bajel corria por la superficie de las revueltas aguas como un pez.

Se elevaba á las nubes y caia en el abismo para volver â elevarse otra vez.

El sudor inundaba mi cuerpo y el agua empapaba mi ropa; pero yo seguia remando sin perder la esperanza ni sentir la fatiga, porque la desesperacion presta al hombre mas débil las fuerzas del atleta; porque el náufrago que lucha con la muerte, que disputa su presa á la eternidad, convierte sus músculos en acero, sus manos en tenazas y su aliento en fuego.

Conozco, padre mio, que fuí entónces muy egoista; en mi lancha podia haberse salvado alguno de los desgraciados pasajeros; pero permanecer un momento mas junto á la fragata, era exponerse á ser estrellado contra su fuerte casco.

Yo, mas audaz, mas atrevido que mis compañeros de infortunio, solo en medio de aquel cuadro aterrador, jóven y habriento de vida, con una fortuna en el bolsillo de mi levita, lo olvidé todo, todo, ménos aquel eco que flotaba en medio de la tempestad, aquella voz que repetia sin cesar:

— ¡Ángela!... ¡Ángela!...

Este nombre era para mí un remordimiento que me despedazaba el corazon.

Ignoro el tiempo que luché con las furias del irri-

tado mar; pero en mi espíritu renacia la esperanza, porque observé que el viento comenzaba á soplar con ménos fuerza y las olas disminuian en ímpetu y elevacion.

Entónces suspendí por un instante mi fatigoso trabajo de remero, y sacando el frasco del ron que habia guardado en mi bolsillo, bebí un sorbo para reanimar mis fuerzas.

La dudosa claridad del dia comenzó á asomar por Oriente, donde pesadas nubes encapotaban el cielo, miéntras que por Occidente, aunque algo confuso por las sombras de la noche, aparecia despejado el cielo.

Indudablemente la proa de mi lancha se hallaba dirigida hácia la tierra.

Yo habia remado, segun mi cálculo, mas de tres horas; el capitan me habia dicho cuando nos sorprendió la tempestad que nos hallábamos en el mar Cantábrico y cerca de la costa; la tierra, pues, estaba hácia Occidente; yo no habia perdido el tiempo.

Este cálculo me causó gran alegría, y ya me disponia á seguir remando en la misma direccion, cuando percibí un gemido débil y lastimero que me hizo dejar de repente los remos.

Fijé la atencion, y efectivamente, un sér se quejaba cerca de mí. Mas ¿dónde? Lo ignoraba.

Como aun no era de dia claro, por mas que dirigí los ojos en derredor mio, no vi nada, y creyendo aquel gemido una ilusion de mi estado calenturiento

y exacerbado, comencé á remar de nuevo; pero bien pronto volví á dejar los remos para poner atencion, pues los lamentos se oian mas cercanos y mas frecuentes.

Sentí un miedo horrible.

No me atrevia á moverme del banquillo donde estaba sentado.

La Providencia, durante la tempestad, me habia mostrado un rayo de su luz divina; el nombre de Ángela, resonando en el revuelto espacio, habia helado mi sangre, y á la claridad del relámpago mis ojos habian visto á los padres de aquella hermosa niña, víctima de mi debilidad.

Durante los cortos momentos en que el miedo enervaba mi vigor y el remordimiento me traia dolorosos recuerdos á la memoria, el crepúsculo matinal avanzó lo bastante para que pudiera distinguir los objetos que me rodeaban.

Bajo el asiento de la popa de mi lancha, vi un envoltorio; hasta entónces yo no habia reparado en él, pero, creyendo que era un capote de marinero, no me llamó la atencion.

Dirigí mis ojos hácia Occidente, y con gran gozo observé á lo léjos una faja cenicienta.

¡Era la tierra! ¡La tenia allí, á dos ó tres millas de la lancha!

Estaba salvado, porque la tempestad se desvanecia con rapidez.

Entónces busqué con la vista la fragata, pero sólo

vi mar y cielo por Oriente y la costa por Occidente.

Dediqué un recuerdo á aquellos desgraciados, y comencé á remar con vigor.

Miéntras mis brazos se ocupaban en aquella tarea que debia conducirme á la playa deseada, mis ojos se fijaron en la popa de la lancha.

Con asombro noté que el envoltorio se agitaba, como si entre sus pliegues hubiera algun sér.

La curiosidad me hizo dar un paso hácia popa, y vi que era una manta. Alargué mi mano para cerciorarme de lo que contenia, y sentí bajo mis dedos un cuerpo pesado, y luego oí una voz débil, pero dulce como el canto del ruiseñor, que decia :

— ¡ Mamá, tengo frio !

Aquella voz me hizo estremecer, y retrocedí lleno de espanto.

Entónces... ¡ oh ! entónces la Providencia volvió á presentarse ante mi vista con todo su infinito poder ; porque vi dos manos blancas y pequeñas que, separando la envoltura, acabaron por descubrir la hermosa cabeza de una niña rubia como el oro, hermosa como el ángel de la castidad.

¡ Aquella niña, padre mio, era Ángela, la *Vírgen pequeña*, la heredera de la fortuna que yo guardaba en el fondo de mi cartera !

Su inesperada presencia en la lancha me aturdió, me volvió loco.

Una idea infernal cruzó como un relámpago por mi mente.

Cogí la niña, la alcé á la altura de mi cabeza, y la iba á lanzar al abismo, cuando una ola, estrellándose sobre mi barca, me hizo perder el equilibrio, y caí con la niña en el fondo de la lancha.

Ángela se agarró á mi cuello con espanto, y sus labios depositaron un beso en mi frente. Aquel beso derramó un calor extraño en todo mi cuerpo, porque era el beso con que la inocente víctima pagaba al miserable ladron la idea de su crímen.

— ¡Llévame con mamá! ¡llévame con mamá! — decia aquel ángel inocente, cubriendo mi rostro de lágrimas y caricias.

Tuve miedo, pero un miedo horrible.

En la mirada de aquella niña creia ver escrita la cólera de Dios.

Pensé suicidarme, porque la presencia de Ángela era un tormento para mí.

Sin decir una palabra, sin tranquilizar su espíritu, pues el terror habia anudado mi lengua á la garganta, volví á colocarla en el mismo sitio, y comencé á remar con vigor.

La playa estaba cerca, muy cerca; pero á mí me pareció que la tierra, espantada de mis crímenes, deseando rechazarme de su seno, huia delante de la popa de mi lancha como un sueño fantástico.

Durante aquellos momentos de angustia, temblaba como un azogado, oia el resuello de mi pecho, los latidos de mi corazon, y el choque de mis mandíbulas.

Yo cerraba los ojos para no ver á aquella niña, y sin embargo, la veia á traves de mis párpados, con las manos tendidas hácia mi y los ojos llenos de lágrimas, y oia su voz, que repetia :

— ¡Llévame adónde está mi mamá!

¡ Momento horrible, espantoso, con que el cielo me castigaba! Porque el remordimiento, ese castigo misterioso y cruel de la Providencia, hiere como el rayo; sus huellas quedan grabadas en el corazon, y el polvo que levantan en torno del criminal, es de sangre.

Preocupado con el miedo que me dominaba, no advertí que la playa, á pocas brazas de mi lancha, me iba á ofrecer su amparo.

La quilla, al introducirse en la arena, hizo crujir mi frágil embarcacion, y el brusco sacudimiento que sentí me hizo caer de rodillas.

Entónces permanecí indeciso un momento, y sin saber qué partido tomar.

¿Qué debia hacer de aquella niña que me miraba con los ojos llorosos y las manos extentidas con ademan suplicante?

No trato de disculparme, padre mio; ademas, seria inútil, porque eso toca á Dios. He sido un miserable, un infame, un ladron, un asesino; pero al saltar á tierra, lo hice con la niña en brazos.

Podia haberla exterminado, pero me faltó el valor para cometer aquel crímen espantoso; y ahora bendigo á la Providencia, que indudablemente vino en mi ayuda en aquel momento.

Libre ya de los peligros del mar, reconocí la tierra con una mirada.

Como á cien pasos de mí se arrastraba un rio bastante caudaloso, enturbiando con su rojiza corriente las aguas del mar.

No vi una casa ni un sér racional á quien poder preguntar qué sitio era aquel.

Algunas aves marinas cruzaban de una á otra parte del rio, lanzando graznidos agudos.

Tomé la orilla y seguí andando hácia el interior.

Á poco rato observé queÁngela se habia dormido en mis brazos, y comencé á reflexionar.

De mis meditaciones deduje que si aquella inocente criatura vivia á mi lado, iba á ser mi constante, mi eterno remordimiento.

Esta idea me asustó hasta el punto de cometer una infamia.

Tendí al pié de un árbol la manta, y coloqué con cuidado á la niña.

No se despertó. La estuve contemplando un segundo; gozaba el sueño de los ángeles.

Yo queria abandonarla, y una mano misteriosa, un poder extraño, me retenia en aquel sitio.

Registré mis bolsillos, por si habia perdido algo. En mi cartera encontré las letras, y en mi cinto una cantidad bastante considerable en onzas de oro, mi reloj y mis botones de diamantes y una gruesa sortija. Nada habia perdido, exceptuando mi ropa y algunos efectos.

Resuelto á abandonar villanamente á aquella criatura, coloqué veinte onzas junto á la hermosa cabeza de aquel ángel, y eché á correr como el cobarde ladron que huye despues de haber consumado un delito penado por la ley.

— ¡El ladron hizo una limosna á su víctima! — exclamó el sacerdote. — ¡Oh! ¡Dios tenga piedad del culpable! ¡Dios perdone al hombre que abandona á un ángel del cielo!

— ¡Sí! ¡sí! — tartamudeó el mulato. — ¡Dios tenga compasion de mi alma!

Y diciendo esto, cayó desplomado en su lecho, perdiendo el conocimiento.

—

CAPÍTULO VII

EL PESCADOR DE CAÑA

El sacerdote tiró de la campanilla.

Peco despues entró un criado.

— Este caballero se ha desmayado; avise usted al médico, — le dijo.

Algunos segundos despues, el médico pulsaba al enfermo, moviendo la cabeza con ademan de tristeza.

— Se muere, — dijo, como hablando consigo mismo.

— Pero ¿se muere ahora? — preguntó el sacerdote con interes.

— Precisamente ahora, no, pero muy pronto, tal vez mañana, porque las enfermedades del pecho son rebeldes. Como el enfermo ve la muerte frente á frente, lucha con ella. Estos desmayos son muy comunes. Sin embargo, la ciencia sólo debe ceder y confesarse vencida cuando comienza Dios.

El facultativo frotó las sienes del enfermo con una

esencia, roció su rostro con unas gotas de éter y volvió á tomarle el pulso, diciendo :

— La sangre comienza á circular, aunque con fatiga; el pulso está muy débil, pero indica que aun queda un resto de vida en este cuerpo.

El mulato, como si quisiera afirmar las palabras del médico, exhaló un suspiro.

— Caballero, — dijo el cura dirigiéndose al doctor, — suplico á usted nos deje solos, porque este moribundo está terminando su confesion.

— Es muy justo, pues sólo Dios tiene en sus manos la vida de este hombre.

El médico salió.

El sacerdote sentóse otra vez junto á la cabecera, y dijo, acercando sus labios al oído del enfermo :

— ¡ Hijo mio, valor ! ¡ Un esfuerzo mas ! Dios espera el final de tus culpas para derramar sobre tu frente su infinita misericordia.

— ¡ Oh ! ¡ Sí, sí, padre mio ! — dijo con voz opaca y desfallecida el mulato.

Y despues de exhalar un suspiro, continuó de este modo la suspendida narracion :

— Yo corria, como el crímen delante de la ley, como si el soplo del infierno me empujara.

Mi carrera era cada vez mas precipitada.

Lo áspero del terreno no detenia mis pasos.

Cuando tropezaba con una roca, la saltaba sin mirar cómo.

Así continué por espacio de una hora.

El aire comenzó á faltarme; me ahogaba; mis piés estaban ensangrentados, mi rostro se encendia, y mi cuerpo, inundado de sudor, helado al mismo tiempo por el viento, temblaba como la amarillenta hoja de los árboles agitada por las brisas del otoño.

De pronto, al volver un recodo que formaba el terreno, vi á unos cincuenta pasos de distancia á un hombre sentado á la orilla del rio.

Aquel hombre pescaba y leia á un mismo tiempo.

Al pronto, sin poder explicarme la razon, me asusté, y ocultándome detras de unos árboles, me puse á examinar al pescador.

Era un hombre como de cuarenta años; vestia un leviton bastante viejo y muy estropeado; junto á su pierna derecha se hallaba un paráguas de algodon y un saquito de tela rayada.

La bondadosa expresion de su semblante me tranquilizó un poco.

De vez en cuando apartaba sus ojos de las páginas del libro para fijarlos en el diminuto corcho que flotaba sobre las turbias aguas del rio, y una sonrisa imperceptible asomaba á sus labios; luego volvia á leer.

Yo salí de mi escondite y me acerqué adonde estaba, para prunguntarle por el pueblo mas inmediato.

— Buenos dias, buen hombre, — le dije, procurando dulcificar mi acento.

Levantó la cabeza con una serenidad admirable y se sonrió.

Aquel era indudablemente un hombre honrado, porque nada temia.

Su mirada era serena como las cristalinas aguas de una fuente.

— ¡Hola, amigo! — me dijo con una voz tan dulce que acabó de tranquilizarme. — ¿Qué se ofrece?

— ¿Se pesca? — volví á decirle, pues no encontró mi lengua otra frase mas oportuna.

— Dicen las malas lenguas que pesco; pero como no pican, leo, porque yo siempre he opinado que no se debe perder el tiempo.

Y mirándome con mas atencion, continuó:

— Usted no debe ser del país, es decir, del pueblo, porque yo no tengo el gusto de conocerle.

— Vengo de América, — le dije con precipitacion.

— ¡De América! — repitió con extrañeza.

Y dejando el libro y la caña sobre la yerba, se puso en pié.

— Sí, — le contesté; — el buque que debia conducirme á Cádiz ha naufragado en estas costas; yo he podido salvarme en una lancha; sólo deseo que usted me indique dónde me hallo.

— ¡Diantre! ¡diantre! — exclamó el pescador. — ¿De manera que los truenos y la fuerte ventisca de

esta noche han promovido por dentro una borasca? Pero ¿y el buque y los demas pasajeros?

— ¡Dios lo sabe! — le respondí.

El semblante del pescador tomó una dolorosa expresion, y despues de una pausa me dijo:

— Hermano mio, yo soy muy pobre, pero no está léjos de este sitio un pueblecillo en donde puedo ofrecer á usted una humilde vivienda.

— Gracias, caballero, — le dije. — Sólo deseo que usted me oriente.

— ¡Nada! ¡nada! — me respondió. — Yo le acompañaré á usted. La caridad es el primer deber de los hombres honrados, y yo me precio de serlo.

— Buen hombre, — le dije, — me basta con que me indique usted el camino del pueblo, porque no pienso detenerme; tengo impaciencia por llegar á Cádiz.

— Como usted quiera, — me contestó; pero Cádiz está muy léjos de estos sitios.

Y extendiendo el brazo en direccion á una vereda, continuó:

— Tome usted ese camino, que él le conducirá á San Cristóbal de Goyan; una vez allí, le será fácil encontrar una caballería que le transporte á Tomiño, que dista legua y média, ó á Tuy, que se halla, poco mas ó ménos, á la misma distancia, pero en camino opuesto; y desde cualquiera de estas dos villas, no ha de faltarle un caballo que le lleve á Pontevedra ó á Orense, pues no están léjos las dos capitales.

Pero crea usted que siento mucho no poder servirle en algo.

Ante la bondad de aquel hombre, una idea humanitaria asaltó mi mente.

Me acordé de Ángela, á quien dejaba abandonada y le dije :

— Si usted quiere ejercer la caridad, siga la corriente del rio, y á una hora de estos sitios hallará una niña dormida á la sombra de un árbol.

— ¿Una niña?

— Sí ; una pobre criatura, víctima, como yo, del naufragio.

— ¡Y usted la ha abandonado!

Nada le repondí, y siguiendo el camino que me habia indicado, me separé de aquel hombre, cuya honradez me avergonzaba.

El pescador desarmó su caña, recogió sus chismes de pescar, y lanzándome una mirada de desprecio, tomó á buen paso la orilla del rio.

Yo volvia la cabeza de vez en cuando, viéndole siempre marchar en direccion opuesta á la mia.

Luego llegué al pueblo, alquilé un caballo que me condujo á la villa de Tuy, y desde esta, en un carruaje, me dirigí á Orense.

Algun tiempo despues, realizadas mi letras en Cádiz, fuí á establecerme á la corte.

Mi vida, desde entónces, fué la del hombre de negocios. Con mi nombre supuesto disfruté de una

gran fortuna que no me pertenecia, y que fué la base de otra mayor.

Despues pasaron los años, y la muerte llegó, recordándome mis crímenes, y ahora sólo en Dios confío.

Esta es, padre mio, la relacion de mi vida, la confesion de mis culpas.

Cesó de hablar el mulato.

El sacerdote se puso en pié.

— Pero ¿y aquella niña? — exclamó con asombro. — ¿Qué fué de aquella criatura?

— Lo ignoro, padre mio.

— ¿Nunca el corazon te impulsó á buscar á tu inocente víctima?

— Sí, pero tuve miedo; y este miedo me hizo sufrir atroces remordimientos que gastaron mi salud y amargaron mis horas, poblando de fantasmas mis sueños y de canas mi cabeza.

El sacerdote guardó silencio, y como el dia comenzaba á clarear abrió la ventana.

Luego acercándose á una mesa tomó una pluma y escribió sobre un papel:

« San Cristóbal de Goyan. — Orillas de un rio. — Á dos leguas de Tomiño. — Ángela. »

Despues se guardó aquel papel en el bolsillo.

El enfermo, que habia observado lo que el sacerdote hacía sin comprenderlo, le preguntó:

— ¿Qué hace usted, señor cura?

— Escribo tu salvacion en un papel.

— ¡Así sea! — exclamó el enfermo.

— Y ahora, hijo mio, como tus culpas son grandes, aprovecha las horas de vida que te quedan para desenojar á Dios. La fe todo lo alcanza; la verdadera contricion abre las puertas del paraíso.

— Bendecidme, padre mio, ántes de abandonarme, — dijo con triste acento el mulato.

— Dios y Señor nuestro, — murmuró el sacerdote, extendiendo sus manos sobre el enfermo y alzando los dolorosos ojos al cielo, — clemente y misericordioso Creador del universo; Tú, que has escuchado la contricion de este criminal; Tú, que puedes valuar su verdadero arrepentimiento, envía tu perdon sobre su cabeza, pues que lo puedes todo.

— Ahora, padre mio, tome usted, — repuso el mulato, sacando de debajo de la almohada dos paquetes. — Guarde usted estos papeles hasta que yo espire. Un hombre dará á usted la noticia de mi muerte tan pronto como Dios me llame ante su tribunal; prométame usted no romper el lacre de su cubierta hasta ese dia.

— Serás obedecido.

— Cuando un emisario llegue á su casa á decirle: « Aquel hombre ha muerto », entónces usted romperá el sobre y cumplirá mis últimas é irrevocables disposiciones.

Mi deber es cumplir fielmente los mandatos de los muertos.

— ¡Gracias! Ahora... ya puede venir la muerte;

la espero tranquilo; mi conciencia se ha aliviado del enorme peso que la agobiaba.

El sacerdote abandonó poco despues el establecimiento de baños de Ledesma para trasladarse á su humilde curato del Carrascal.

Durante el camino no despegó los labios.

Profundos suspiros se escapaban de su pecho.

Su semblante estaba triste, sus ojos llorosos y su mente preocupada.

Al llegar á su casa, Francisca salió sobresaltada á recibirle y le preguntó el motivo de su tardanza, á lo que contestó con estas palabras :

— ¿Se salvará ese hombre?

María y Diego, sus amigos de la infancia, sus hermanos del corazon, quisieron tambien averiguar qué le habia acontecido durante su ausencia; pero él se sonrió con amabilidad y murmuró á média voz :

— ¡ San Cristóbal de Goyan ! ¡ Oh ! ¡ La niña ! ¡la niña !

Esto era muy extraño, y se comenzó á comentar en casa del sacerdote.

En cuanto el moribundo mulato, rezó mucho y durmió un poco.

La palabra perdon no se borraba de sus labios; el nombre de Dios estaba siempre en su boca, y las lágrimas del arrepentimiento no se secaron en sus ojos.

CAPÍTULO VIII

EN DONDE EL MULATO SE DISPONE PARA EL ÚLTIMO VIAJE

Al dia siguiente, Pancho el mulato, sintiéndose algo mejor, mandó á los criados que le sentaran en un sillon y que acercaran este á la ventana.

El médico entró poco despues.

Viendo á su enfermo, que se entretenia dando golpecitos con las yemas de los dedos sobre los cristales, se dijo para sí :

— Estos ricos están llenos de caprichos; pero nosotros debemos sufrirlos con paciencia. No sé cómo no se le ha ocurrido dar un paseo á caballo.

El enfermo miraba el bello paisaje que se extendia ante sus ojos, con un estoicismo admirable. Diríase que aquel hombre gozaba de una salud completa, si su rostro demacrado no llevara impresos todos los signos característicos del sér que se halla próximo á tropezar con la muerte.

La visita del médico fué corta y terminó con la frase sacramental de :

— Seguimos lo mismo.

El enfermo se encogió de hombros con un valor digno de mejor suerte, y siguió dando golpecitos sobre los cristales.

Poco despues volvió á abrirse la puerta y entró un camarero.

Este se dirigió hácia donde estaba el mulato, con esa sonrisita que nace en los dientes y muere en los labios, tan propia del prójimo que sirve mas por la propina que por el salario.

— ¡Hola, don Pedro! — dijo el criado. — ¡Eso me gusta! Ya parece que el ciego dice que ve.

— Veo perfectamente, — respondió con amarga ironía el enfermo.

— ¿Sí? — articuló el criado con una expresion qne hubiera dado envidia á un actor cómico.

— Veo la muerte que va acercándose, deseosa de contraer relaciones íntimas con esta vida que está ya muy cansada de mí.

Esta contestacion semijocosa del enfermo, casi hizo llorar al camarero, el cual puso una cara compungida y dijo en tono balbuciente :

— ¡ Bah ! No piense usted en esas cosas, señor don Pedro. ¡ Qué diantre ! Usted no se morirá aquí. ¡ No faltaba otra cosa !

— Agradezco tu buen deseo ; pero hablemos de otra cosa. ¿Tienes hijos ?

— Sí, señor.

— ¿Cuántos ?

— Tres.

— ¿Y los quieres mucho?

— ¡Toma! Los quiero mas que á mí mismo, porque los hijos son la fortuna de los pobres. Ellos nos dan fuerza para el trabajo y nos hacen pensar en mañana. De seguro que mi mujer no daria ni por un millon el mas feo de los tres.

El mulato se sonrió; pero aquella sonrisa tenia algo de extraño, de amargo; era fria, como el viento Norte á la caída de una tarde de Diciembre.

El camarero se puso serio, porque el huésped parecia en aquel momento un cadáver.

— Coloca sobre esta mesa aquella maleta, — volvió á decir el enfermo

El criado obedeció, y repuso:

— Ya está, señor.

— Ábrela con esta llave.

— Al momento, — respondió.

Y mirando al fondo de la maleta, despues de abierta, continuó, sin poderse contener:

— ¡Caramba! ¡Cuánto oro!

— Tú me has servido bien, — dijo el enfermo, como si no hubiera oido la exclamacion del camarero; — has sufrido con la sonrisa en los labios todas mis impertinencias; y aun creo que un dia que me encontraba de mal humor, te tiré un tintero á la cabeza porque me raspaste la cara con el cepillo.

— Sí, sí, ya lo recuerdo; pero ¿quién hace caso

de eso, señor? A los enfermos se les debe tener consideracion y se les debe sufrir todo, hasta los golpes. ¡Vaya! ¡Pobrecitos! ¡Bastante desgracia tienen!

— Tienes razon, somos muy desgraciados; porque nunca tiene tantos encantos la vida como cuando se ve amenazada por la muerte. Esa es la condicion de la criatura : anhelar lo que no tiene, lo que no puede conseguir. Pero volvamos á ti, que es lo que importa. Toma lo que quieras de esa maleta.

— ¿Que tome lo que quiera? — exclamó palideciendo el criado.

— ¡Sí, hombre! Mete la mano en la maleta y toma el dioero que quieras.

— ¿Yo, señor?

— ¡Tú, majadero!

— ¡Vaya! ¡Eso será una broma! — dijo el criado, rascándose el cogote, dando un paso atras y mirando el oro con ojos alegres.

— ¡Eh! ¡No seas imbécil! Toma lo que quieras, — repitió el mulato. — Voy á morir pronto y no tengo herederos. Tú me has servido bien y justo es que te recompense.

— Pues entónces, con el permiso del señor, tomaré una moneda de cien reales.

— Toma mas, — volvió á decir con indiferencia cl enfermo.

— ¡Caramba! Pues... tomaré dos.

— Toma mas.

— Vaya, pues que sean tres, y que Dios se lo pague á usted, señor.

El enfermo, miéntras el camarero metia el pulgar y el índice en la maleta con la elasticidad de dedos de un escamoteador que desea probar que juega limpio, cogió la maleta por una punta y vació todo el oro que contenia sobre la mesa, diciendo con frialdad :

— Tómalo todo.

— ¡Todo! — exclamó el criado, retrocediendo asustado, como si hubiera visto entre aquellas monedas de oro que brillaban desparramadas por la mesa la cabeza de su padre.

— ¡Todo, sí! Yo te le doy, te lo regalo. Tómalo, y no me incomodes mas, pues tengo que hablarte de otra cosa mas importante.

— ¡Pero, señor, si aquí hay lo ménos cuatrocientos duros!

— No, que hay novecientos. Pero sean lo que sean, tómalos ó los tiro por la ventana.

El criado, con una precipitacion y un aturdimiento que hizo sonreir al enfermo, se embutió en los bolsillos del pantalon y de la chaqueta aquellas monedas de oro que le enloquecian.

Cuando el mulato vió que habia desaparecido el oro de la mesa, dijo al camarero, que se hallaba á su lado con la expresion mas estúpida del mundo :

— Serénate y escucha bien lo que voy á decirte.

— Soy todo oidos, señor.

— Cuando yo muera, qua será pronto, quiero que uno de tus hijos me cierre los ojos.

— Sí, señor; se los cerrará á usted.

— Quiero tambien que por espacio de nueve dias recéis por el descanso de mi alma todas las noches al toque de oraciones.

— Sí, señor; rezaremos.

— Tan pronto como espire, tomarás un caballo y te trasladarás al Carrascal del Obispo, á casa del cura don Roqüe de Lara, á quien ya conoces.

— Sí, señor; le conozco.

— Y le dices estas palabras: « Señor cura, aquel hombre ha muerto. »

— Se lo diré, señor.

— ¿Ves este libro? — añadió el enfermo señalando *Los Evangelios.* — Pues júrame por él que cumplirás lo que te he encargado.

— Lo juro por él, y por la salvacion de mi alma, y por la de mis hijos, á los cuales acaba usted de enriquecer, señor. ¡ No faltaba mas sino que yo no cumpliera la última volundad de un caballero tan generoso como usted, tan magnánimo, tan noble!

— Ahora, toma; regala esta sortija á tu mujer como un recuerdo mio, y díle que le agradeceré mucho sus oraciones.

Y el mulato quitóse el grueso diamante que llevaba en el dedo y se le dió al camarero, el cual exclamó transportado de alegría:

— Pero, señor, ¡ yo me voy á volver loco con todo

lo que me pasa! ¡Yo rico! ¡Mis pobres hijos ricos! ¡Mi buena Blasa con un diamante de tanto valor! ¡Ah, señor! ¡Permítame usted que le bese los piés y que vengan mis hijos á bendecirle!

— Vamos, véte, véte á dar esa buena noticia á tu mujer, y no te olvides de cumplir lo prometido.

El criado salió de la habitacion tropezando con los muebles, sin acertar con la puerta, y con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Pobre muchacho! —murmuró el enfermo.— Con tal que el alegron no le vuelva loco...

Y siguió dando golpecitos sobre el cristal y mirando al campo que se extendia ante su vista.

Aquella noche la mujer y los hijos del camarero fueron á darle las gracias, con esa alegría, con esa espontaneidad servicial del pobre á quien se le entra la fortuna por las puertas de su casa, sin darle los buenos dias, sin avisarle.

Las lágrimas de gratitud corrieron con abundancia por los ojos de aquella familia que rodeaba el lecho de muerte de su bienhechor.

La esposa del camarero, que era una buena mujer, suplicó al moribundo, arrodillada á los piés de su cama, que le permitiera no separarse de su lado hasta que Dios fuera servido disponer de su alma.

El mulato accedió, no sin verter una lágrima, pues le habian enternecido las bendiciones de aquella honrada mujer.

Durante la noche, la nueva enfermera y su ma-

rido entreabrieron infinitas veces las corridas cortinas de la alcoba del moribundo ofreciéndole con solicitud y dulzura sus cuidados.

Á los niños se les improvisó una cama en un rincon de la sala, y durmieron con ese sueño tranquilo de la inocencia.

Cada vez que la cuidadosa mano de la enfermera limpiaba el copioso sudor que bañaba la frente del enfermo, este decia en voz baja é ininteligible :

— ¡ Oh! ¡ Qué tarde he conocido que la caridad es el mayor placer de los ricos! Sin embargo, otro la ejercerá por mí, estoy seguro. ¡ Dios me lo tomará en cuenta!

Á eso de las dos de la madrugada el enfermo se puso tan malo, y su respiracion se hizo tan fatigosa, que el camarero y su mujer, creyendo que se iba á morir, llamaron al médico.

Este suministró al momento una bebida muy recargada de éter, de la que bebió el enfermo algunas cucharadas, y abriendo los ojos y sonriendo, dijo :

— Esta alcoba empieza ya á tener el perfume de la muerte.

Poco despues se levantó un viento bastante fuerte, y las persianas de la ventana se agitaron, produciendo un ruido acompasado al chocar con las paredes y los marcos de los cristales.

El enfermo dijo con fatigado acento :

— Es el viento de Marzo que viene por mi vida ;

al fin se la habremos de dar, pues ya no hay remedio.

Cuando amaneció, mandó llamar al dueño del establecimiento, y le dijo :

— Amigo mio, voy á morir, y quiero ántes decirle que dejo por hederera de mi ropa, mi reloj y mis botones de brillantes, á esta buena mujer que me sirve.

Y señaló á Blasa.

El dueño del establecimiento hizo un signo de asentimiento.

El mulato continuó :

— En cuanto á mi entierro, entregará usted mi cuerpo á la persona que venga â pedirlo con una carta mia, cuya persona pagará á usted lo que le deba.

Despues suplicó al hijo mayor de Blasa, que sabía leer, que se sentara junto á la cabecera de su cama, y leyera en voz alta *Los Evangelios.*

El chico se puso á leer y él cerró los ojos, plegó las manos, entre las cuales tenia un rosario que le habia dejado el cura, y rezó en voz baja.

De pronto quiso erguirse sobre la cama, abrió la boca como si le faltara aire, y lanzó un grito espantoso, entre el cual pudieron distinguirse estas papalabras :

— ¡ Dios me perdone !

Luego volvió á caer desplomado sobre el lecho.

Era un cadáver.

Su alma flotaba en el espacio, en busca de la mansion que le habia destinado el Eterno.

Una hora despues, una mujer y tres niños lloraban y rezaban á los piés del lecho mortuorio, y un hombre montado en un caballo, corria á galope por las pedregosas veredas dèl monte de Ledesma, en direccion á la villa del Carrascal del Obispo.

Los pobres, agradecidos, cumplian su promesa sagrada al cadáver del rico caritativo.

La caridad tiene su recompensa sobre la tierra y su premio en el cielo.

Los hombres, aun por egoísmo, deben praticar el primer precepto del cristianismo.

LIBRO IV

CIENTO CINCUENTA MIL DUROS

CAPÍTULO PRIMERO

LA ÚLTIMA VOLUNTAD DEL DIFUNTO

El cura durmió poco.

Durante la noche, dos cosas le preocupaban sobremanera.

Una de estas cosas debia resolverse en el cielo; la otra podia haberse resuelto en la tierra.

Como el alma y el cuerpo, como la materia y el espíritu, la una era divina, la otra humana: la clemencia de Dios y la caridad de los hombres. Seamos mas claros: el Sér Supremo podia perdonar las culpas del muerto; el humilde pescador de caña pudo recoger en su pobre hogar á la niña abandonada.

¿Qué será del alma de ese hombre?

¿ Qué habrá sido de la pobre Ángela ?

Estas eran, aunque revestidas de diferente forma, las preguntas que cien veces se hizo el sacerdote durante la noche que siguió á la confesion.

Como se comprende fácilmente, nunca pudo darse una respuesta satisfactoria, y esto le preocupaba, le tenia de mal humor.

Daba paseos y mas paseos por su cuarto, como el hombre que revuelve su imaginacion, buscando el medio de salir de un trance difícil.

Debemos decir en honor de la verdad, que la idea que mas se aferraba en su mente era la terrenal.

Su corazon cristiano y caritativo acabó por dejar á Dios el cuidado del culpable, y se dedicó de lleno á pensar en la niña.

— ¿ Qué habrá sido de Ángela? — se decia. — ¿ Cómo encontrarla ? Si yo escribiera al párroco de San Cristóbal de Goyan marcándole la época del naufragio... Pero ese hombre no me ha dicho el año de la catástrofe. ¡ Qué desgracia !

Y depues de exhalar un suspiro añadió con muestras de desaliento :

— ¡ Quién sabe si, no hallándola el pescador, moriria abandonada en medio de aquellas soledades !

Pero, como arrepintiéndose de su anterior pensamiento, repuso con precipitacion :

— ¡ No ! ¡ no ! La Providencia está en todas partes. Ella salvó á la inocente víctima de las manos de su verdugo, y habrá velado por ese ángel perdido.

Hizo una pausa y volvió á decir:

— De todos modos, es preciso que yo vuelva á ver á ese hombre. Debo exigirle mas explicaciones, y si no ha muerto me las dará. ¡ Oh, sí, me las dará!

Este soliloquio fué interrumpido por el râpido galope de un caballo que, viniendo desde el pueblo, se detuvo junto á la puerta del sacerdote.

Este se asomó á la reja, y vió efectivamente que un hombre echaba pié á tierra y ataba el caballo al tronco de un árbol.

Tanto el jinete como el animal, demostraban haber corrido mucho.

El forastero, poco despues, entró en la habitacion del sacerdote y quitándose el hongo, dijo con acento inseguro y cansado:

— Buenos dias, señor cura. Vengo del establecimiento de baños de Ledesma, á decir á su merced que aquel hombre ha muerto.

— ¡ Ah! — exclamó el cura juntando las manos con beatitud. — ¡ Dios le haya recibido en su santa gracia!

— Ha muerto como un santo, — volvió á decir el mensajero con acento doloroso. — ¡ Sí, señor! ¡ Con el nombre de Dios en los labios y la cruz de un rosario entre los dedos! ¡ Pobrecito señor! ¡ Qué bueno era!

El sacerdote, inmóvil y con los ojos fijos en el suelo, nada dijo.

Pensaba en los crímenes del mulato, ó tal vez en la tierna niña abandonada.

— Mi mujer y mis hijos — continuó el portador de la fúnebre nueva, viendo que el cura no despegaba los labios —, se han quedado junto á su lecho, rezando por su alma, hasta que se presente una persona que, segun él dijo ántes de morir, es la encargada de las últimas disposiciones y debe reclamar su cuerpo.

Estas palabras arrancaron de su profunda meditacion al cura que, recordando los pliegos cerrados que el mulato le habia entregado al terminar su conferencia, se dirigió al mensajero y le dijo :

— Tú tendrás ganas de tomar algo. Díle á Francisca que te dé de almorzar, y ántes de marcharte entra á verme, pues tal vez te necesite.

El hombre salió, y el sacerdote, viéndose solo, cerró la puerta con llave y fué á sentarse ante su modesto escritorio; abrió uno de sus cajones, sacó dos paquetes sellados y los dejó encima de la mesa.

— Cumplamos ahora la última voluntad de un moribundo, — murmuró.

Y diciendo esto, rompió el sobre del primer paquete que halló al alcance de su mano.

Este paquete contenia un retrato de fotografía, bastante grande, de Pancho el mulato.

Al rededor del retrato, y formando un semicírculo por la parte superior, se leia en caractéres hechos

á mano, pero de una letra redonda y clara, esta nscripcion :

RETRADO DE UN CRIMINAL ARREPENTIDO.

El virtuoso sacerdote fijó sus ojos por un momento en aquellas facciones duras y atrevidas, y murmuró en voz baja :

— Hé aquí un criminal que hubiera podido ser un hombre de bien. Pero le faltó el ejemplo, la atmósfera que educa el corazon de la criatura.

Dejó el retrato y vió que tambien habia una carta.

Abrióla y vió que decia así :

« Cuando lea usted el contenido de esta carta, Dios estará pidiéndome cuenta de mis crímenes. Los ruegos de los justos son atendidos en la eternidad. Ruegue usted por mí, padre mio.

» Con la seguridad de que sus oraciones no han de faltarme, voy á pedir á usted dos casas que espero que me conceda.

» La primera es que mi cuerpo sea enterrado en el cementerio del pueblo en que usted vive, sin mas ornato que una losa negra que tenga esta inscripcion :

AQUÍ YACE FRANCISCO EL MULATO.

ROGAD Á DIOS POR SU ALMA.

» La segunda es que coloque usted mi retrato en el modesto cuartito donde me desayuné, despues de aquella noche en que tuve la honra de conocerle para mi salvacion; pues en mi alma, ciega á la santa creencia, entró el rayo de luz que le dejó ver la eternidad que desconocia.

» Á Dios, padre mio. Muero resignado, porque muero creyendo en Dios, y espero el perdon de mis culpas de su infinita misericordia.

» Ruegue usted á Dios por este pecador que le debe tal vez su salvacion. » FRANCISCO. »

— ¡ Sí ! ¡ sí ! ¡ Yo cumpliré tus deseos, y Dios se apiadará de tu alma ! — dijo el sacerdote, dejando la carta junto al retrato y abriendo otro paquete.

Este contenia un testamento en regla y algunas cartas cerradas, dirigidas á varios señores de Madrid.

El sacerdote comenzó á leer el testamento.

Á medida que sus ojos avanzaban en la lectura, iba palideciendo hasta el punto de que cuando terminó estaba completamente trastornado.

Diríase que aquel hombre iba á desmayarse.

Dejó el pliego sobre la mesa y se apretó las sienes con ambas manos, como si temiera que se le escapase la razon.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! — exclamó. — ¿ Será verdad lo que he leido? Pero ¡ no me cabe duda ! Está aquí escrito, legalizado por un escribano, firmado por testigos, y este es mi nombre. ¡ Roque de

Lara, cura párroco del Carrascal del Obispo, heredero universal de tres millones, de ciento cincuenta mil duros! ¡ Oh! ¡ Es imposible! Ese hombre tiene un heredero mas legítimo, mas verdadero que yo; ese heredero es Ángela, la hija de sus protectores, la pobre niña abandonada.

Y diciendo esto, tiró el testamento sobre la mesa y abrió el tercer paquete.

Este contenia un fajo abultado de billetes de Banco y una escritura de pertenencia de dos casas situadas en Madrid.

El humilde sacerdote, aturdido, nervioso, se levantó y empezó á medir á grandes pasos la habitacion.

Hablaba solo, hacía gestos y ademanes.

Si alguno de sus discípulos le hubiera visto entónces á traves de la reja, habria dicho á sus compañeros :

— No vayáis á la escuela, porque el señor cura se ha vuelto loco.

— Pero vamos á ver, — se decia. — ¿ Qué hago yo con tanto dinero? ¿ Para qué me sirve? ¡ Para darme disgustos! Pero lo cierto es que ese hombre ha muerto; y ahora vaya usted á decirle : « Señor mio, esta fortuna me acarrea un dolor de cabeza espantoso; porque yo no necesito nada : tengo lo suficiente, casi lo superfluo. »

Y volvió á pasearse y á hacer gestos, y á hablar solo. Cada vez se embrollaba y aturdia mas.

Últimamente metió los papeles y los billetes en un cajon, cerró, guardó la llave, y abriendo la puerta, como si le faltara aire que respirar, se encaminó al jardin, donde volvió á pasearse, sin dejar nunca de hacer visajas y hablar solo.

El humilde sacerdote, que apénas se daba cuenta de lo que le acontecia, volvió á exclamar, con los síntomas mas característicos del asombro :

— Pero este testamento es completamente nulo, porque la ley prohibe que el sacerdote sea heredero de aquel á quien ayuda á bien morir, de aquel de quien recibe el sagrado depósito de la confesion. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! ¡ Podrá dudarse de mi acrisolada honradez ! ¡ Podrá creerse que yo he conducido la débil y fatigada imaginacion de un moribundo para que me deje esta inmensa fortuna que tengo entre las manos ! Pero ¡ no ! ¡ no ! Mi conciencia está tranquila ; y ademas, ¿ quién se atreveria á dudar del padre Roque, del hombre que no tiene nada suyo, del sacerdote que busca á los pobres, á los afligidos, para derramar en sus corazones los dulcísimos consuelos del Evangelio ?

El cura hizo una ligera pausa, y volvió á decir :

— ¡ Oh, si ! Y el testamento está en regla ; no me cabe duda, yo soy el heredero ; pero juro ante ese Dios clemente que tiene fijas sus miradas en la criatura, dedicar mi vida con incansable afan á buscar á esa pobre niña abandonada.

Miéntras tanto, el criado de los baños, repuesto

con el almuerzo, se presentó á decir al cura que si no mandaba otra cosa se volvia á Ledesma.

La presencia de este hombre hizo recordar al cura los encargos del muerto, y llamando á Antonio, le dijo :

— Véte á casa de mi hermana María y dí á su marido Diego que haga el favor de dejarte la yegua, pues tengo que ir á un pueblo inmediato á cumplir la voluntad de un difunto.

Miéntras Antonio fué por la caballería, el cura sacó la carta del mulato, donde se consignaban los dos encargos, y se la metió en el bolsillo.

Un cuarto de hora despues, el cura y el criado de Ledesma se hallaban montados delante de la puerta, á punto de partir.

María, Diego y sus hijos habian acudido, deseosos de saber la causa de aquel segundo viaje, tan repentino como el primero.

Le preguntaron, pero él dió una respuesta incoherente, porque no sabía explicar lo que le pasaba; tal era su aturdimiento.

Cuando le perdieron de vista, María dijo con tristeza á su esposo :

— ¿Sabes que Roque me tiene con cuidado desde que asistió á ese enfermo de Ledesma?

— Y á mí tambien.

— ¿Qué será? ¿Qué causa puede obligarle á partir tan de repente?

— Lo ignoro, pero me admira.

— ¡Ah! ¡Dios quiera que todo esto no sea mas que una aprehension nuestra!

— ¡Dios lo quiera! — murmuró Diego.

Y ambos esposos se encaminaron á su casa, pensativos y silenciosos.

CAPÍTULO II

COMENTARIOS SOBRE UN CADÁVER

El cura regresó al dia siguiente.

El asombro, la admiracion y el pasmo de los habitantes del Carrascal llegó á un grado superlativo, inverosímil; porque su merced no venia solo: traia una caja, y dentro de ella un cadáver.

¿Quién era el muerto?

¿Por qué le conducian al pueblo?

¿Qué iban á hacer con él?

Estas eran las preguntas que se hicieron los unos á los otros.

Esto es lo que se preguntaban á su vez María y Diego, Francisca y Antonio.

Pancho el mulato fué enterrado en el humilde cementerio de la aldea.

En la ermita se celebraron sus honras fúnebres con un lujo y una ostentacion sin ejemplo entre aquellos ingenuos montañeses.

Hubo orquesta y coristas, profusion de luces y abundancia de incienso.

La pequeña nave de la iglesia brillaba como un ascua. Las voces de los cantores tuvieron durante los Oficios con la boca abierta á aquellos honrados campesinos, que nunca habian visto ni oido cosa igual.

Se distribuyó una crecida limosna de dinero y pan entre los pobres del lugar.

En una palabra, el señor cura, en obsequio y conmemoracion del cadáver, tiró, como suele decirse, la casa por la ventana.

Cuatro dias despues llegó de Salamanca un arriero que traia á lomos de un poderoso macho un objeto grande, de forma plana, envuelto cuidadosamente con unos manojos de paja.

Aquello debia ser un cargamento frágil, segun el cuidado con que lo transportaban.

El arriero preguntó por el señor cura, y casi todo el pueblo, ó por curiosidad, ó por servir al arriero, le acompañó hasta la puerta de su merced.

Descargó el hombre su bulto, tomó el dinero, saludó al señor cura, y se fué por dónde habia venido.

En aquel momento la curiosidad se pintaba en todos los semblantes.

El sacerdote buscó con una mirada dos mozos que tuvieran buenas espaldas, y encontrándolos, les dijo :

— Muchachos, coged eso y seguidme.

Los elegidos cogieron aquel pesado bulto largo y plano, y echaron á andar detras del cura.

La gente curiosa, ó por mejor decir, la concurrencia en masa, siguió detras de los que llevaban la carga misteriosa.

Llegaron al cementerio.

La aventura picaba en historia.

El bello sexo, con ciertos rasgos característicos, demostraba la impaciencia que bullia en su cerebro.

— ¿Si será otro muerto? — dijo una vieja á los que tenia á su lado.

— ¡Ca! Si fuera un muerto, estaria ahí la música, — dijo un montañes con cara de bruto, recordando la fiesta pasada.

— ¿Cómo ha de ser un muerto, si es plano como la tabla de una mesa? Á no ser que lo hubieran prensado... — repuso un tercero.

— Yo me alegraria de que fuese un muerto, — repuso otro.

— ¿Tú? ¡Ya lo creo! Por comer de balde... — dijo á su vez un muchacho á quien aquella desvergüenza le valió un soberbio puntapié.

El cura mandó á los que conducian el bulto que cortaran las sogas y que lo destaparan.

La gente se apiñó en derredor de la *cosa*, formando un círculo con las cabezas, que se asomaban unas entre las otras para ver mejor.

Por fin la encubridora cubierta de paja cayó á los

piés del sacerdote, y los curiosos vieron á su placer el objeto de sus ansias.

Era una losa mortuoria, de mármol negro, con letras doradas.

Colocóse, por mandato del cura, sobre la tierra removida que cubria el cuerpo del muerto misterioso.

Uno de los presentes, metiendo la cabeza por entre los hombros de dos mujeres, leyó en voz alta la inscripcion de la lápida.

Decia así :

AQUÍ YACE FRANCISCO EL MULATO.

ROGAD Á DIOS POR SU ALMA.

— ¡ Era un mulato ! — exclamó una vieja, santiguándose espantada.

— ¡ Un mulato ! — repitió un labriego que se hallaba á su lado.

— ¡ Un mulato ! — murmuraron várias voces al mismo tiempo.

— Madre, ¿ qué es un mulato ? — preguntó un muchacho á una mujer que le llevaba de la mano.

— Un mulato es un moro, hijo mio.

— ¡ Ca ! No, señora, no es un moro ; es un beduino, — repitió un montañes, echándola de erudito.

— Pues no es ni lo uno ni lo otro, — exclamó una vieja. — Porque un mulato es un judío de

aquéllos que escupieron la santa faz del Nazareno.

— ¡ Pícaro moro! — exclamó otra. — ¿ Y por qué le entierran en nuestro comenterio, en donde sólo hay huesos de cristianos rancios?

— Y tan rancios como están, tia Bernarda, — dijo un pillete, haciendo una mueca extraña y mezclándose en la conversacion.

— ¡ Muérase usted ahora, — murmuró una ochentona, — para que la entierren al lado de un hereje!

— Hemos llegado á tales tiempos, que ni morirnos podremos, — dijo otra, haciendo aspavientos y visajes.

— ¡ Vaya, señora, cuando el cura lo entierra en sagrado, bien hecho estará ! — repitió un montañes que habia escuchado los escrúpulos de las viejas del lugar.

Miéntras tanto, el sepulturero y los dos conductores de la lápida la habian colocado sobre la tierra, y el cura, viendo la faena terminada, volvió la cabeza hácia el auditorio, y con la sonrisa mas amable del mundo y la entonacion mas dulce posible, les dijo, arrodillándose junto á la losa fúnebre :

— Hijos mios, recemos un Padre Nuestro por el eterno descanso del alma del cristiano cuyo cuerpo yace bajo esta piedra.

Todos se arrodillaron y rezaron.

Las súplicas de un sacerdote tan bueno, tan caritativo y tan amigo de los pobres como aquel, eran órdenes terminantes.

El Padre Nuestro fué una especie de lazo que estranguló la murmuracion en la garganta de aquella gente sencilla é ignorante.

— Ahora, hijos mios, — volvió á decir el bondadoso cura levantándose y sacudiendo la tierra que habia cogido la sotana, — puesto que ya sabéis que lo que cubre esa fúnebre lápida es el cuerpo de un mulato, lo que segun parece os ha admirado mucho, cada cual á su trabajo miéntras Dios vela por nosotros.

Todos salieron del cementerio.

El cura se encaminó á su casa, los hombres al campo y las mujeres al pueblo.

Dos pobres viejas, á quienes la extremada debilidad de sus piernas los ponia en el caso de caminar á retaguardia, seguian el camino santiguándose y haciendo mil gestos.

— ¿Ha oido usted, tia Blasa? ¡Un mulato! — le decia la una á la otra, deteniéndose para descansar.

— ¡Ay! ¡No me lo diga usted, por Díos, tia Ruperta! ¡Un mulato!

— ¡Dios quiera que la maldicion del cielo no caiga sobre nuestro pueblo!

— ¡La Vírgen del Valle, nuestra protectora, vele por nosotros!

— Ahora mismo voy á encargar una vela de dos onzas á Bruno el arriero, para colocarla en el altar mayor, á los piés de la Santísima Vírgen, á fin de que alumbre su divino rostro.

— Pues mire usted, encárguele dos, y la otra irá por mi cuenta.

— ¡Un mulato! ¡un mulato! Conque hasta la tarde, tia Ruperta.

— ¡Un mulato! Hasta la tarde, tia Blasa.

Y las dos viejas se despidieron á la entrada del pueblo, repitiendo en voz baja :

— ¡Un mulato! ¡La Santa Vírgen del Valle nos proteja y vele por nosotros!

Aquellas dos pobres ancianas repitieron várias veces las palabras : « ¡Un mulato! » como si con ellas hubieran desentrañado todo el misterio de aquel cadáver que tanto las admiraba.

Pero la verdad del caso es que en el pueblo casi todos quedaron con la misma duda, pues la mayor parte de ellos ignoraban lo que era un mulato; y algunos, mas supersticiosos, lo creian un monstruo del averno, incapaz de sacramentos, y sobre todo, indigno de ser enterrado en sagrado.

Por lo demas, el padre Roque lo habia dispuesto de aquel modo, y nadie se atrevió á murmurar del caso en voz alta.

Cuando el señor cura mandaba una cosa, los honrados montañeses del Carrascal del Obispo solian decir esta frase :

— El cura lo manda, y no hay mas que obedecer.

CAPÍTULO III

EN DONDE EL CURA SE PERSUADE DE QUE POSEER TRES MILLONES ES UNA DESGRACIA

—Pero, Señor, ¿qué le pasa al amo, que apénas come, se levanta por las noches sobresaltado, se pone á pasear y todo el dia está como un palomino bobo, hablando solo? Esto no es natural; esto no ha sucedido nunca; esto tiene una causa. Mas ¿cuál es esta causa? Lo ignoro; pero es necesario averiguarlo. ¿Y cómo? Porque esto no puede continuar así sin graves consecuencias. Lo mejor es ir á casa de doña María, su hermana, y decírselo, á ver si entre ella y yo podemos arreglar este asunto, que ya parece cosa grave.

Así se expresaba Francisca, la vieja criada del señor cura, viendo el malestar de su amo, desde que el cadáver del mulato habia sido enterrado en el cementerio del pueblo.

La buena mujer espiaba todos los movimientos de su amo, mas que por curiosidad, por cariño y por

gratitud, pues á él debia el modesto bienestar que disfrutaba en aquella casa hospitalaria.

Volvíase loca y hacía mil conjeturas, pero no adelantaba un paso, y sus dudas quedaban siempre á la misma altura.

En vano eran todas sus cavilaciones.

Por fin no pudo mas; tuvo miedo de que el señor cura enfermara, y formó la resolucion de comunicarse con María, para atacar juntas el mal que amenazaba al padre de almas.

Resuelta á dar el paso premeditado, una tarde, despues de lanzar una ojeada á la cena que cocia en la marmita, se sujetó la caña de la rueca á la cintura, cogió el huso con el índice y el pulgar de la mano derecha, y por no perder trabajo, se encaminó hilando á ver á la señora María, que habitaba en una hermosa casa de campo, á la entrada del pueblo.

Doña María, como la llamaban en el Carrascal, en el momento que Francisca entró en su casa con la idea que ya sabemos, se hallaba en su sala de labor, cosiendo al lado de sus dos hijas, niñas hermosas y modestas que eran el encanto de aquella buena madre y el consuelo de todos los pobres del pueblo, porque por sus manos se distribuia la caridad en aquella casa, para avezarlas con el ejemplo á respetar el primero de los preceptos del Cristianismo.

La mayor contaria catorce años, y la menor diez,

y ambas tenian un parecido tan exacto, que hubiera sido una oficiosidad preguntar si eran hermanas.

María tenia, ademas de las niñas, dos hijos mas: el mayor estudiaba Medicina en la corte, y el segundo, al lado de su padre, rico ganadero, iba instruyéndose en los negocios de la casa.

— ¡Hola, Francisca! — exclamó María viendo entrar á la anciana. — ¿Qué ocurre por casa de mi hermano?

— Mucho y malo, señora, — le respondió la interpelada, haciendo una caricia á las niñas.

— ¡Cómo! — exclamó con marcado interes María, dejando la labor.

— Quiero decir, señora, que en casa pasa algo gordo; porque el señor cura no es el mismo.

— ¿Está enfermo, por desgracia?

— No, gracias á Dios; pero siguiendo así corre peligro de estarlo.

— Vamos, explíquese usted, señora Francisca, y sepamos de una vez lo que pasa.

Francisca hizo una seña á María indicándole las niñas, y ésta, comprendiendo que queria quedarse sola con ella, les dijo:

— Hijas mias, idos al huerto á pasear; ya habéis trabajado bastante.

Las niñas salieron, y María, dirigiéndose à Francisca, volvió á decir:

— Hable usted; ya estamos solas.

—Pues bien, señora: el padre cura hace ocho dias que anda por la casa como un loco, y eso no es natural. Por las noches se levanta sobresaltado, y da largos paseos por la habitacion hablando solo; él cree que nadie le oye, pero yo no duermo. ¿Y cómo he de dormir? ¡Pobre señor! ¡No faltaba mas sino que yo durmiera cuando él se pasa las noches de claro en claro!

—¿Y usted no ha oido alguna palabra que pueda descubrirnos la causa de su malestar?

—¡Vaya! Sí, señora; pero las junto todas despues, y como no las saco sentido, por eso digo que el señor no está bueno.

—Sepamos lo que dice.

—Dice: «¡Tres millones! ¡Ciento cincuenta mil duros! ¡Y la pobre niña tal vez se esté muriendo de hambre!» Aquí hace una detencion y se pasea; pero al momento vuelve á hablar y exclama: «¡Jamas! ¡Ese hombre no puede salvarse miéntras yo no halle á la niña!» Vuelve á callar y luego continúa: «¡Sí! La buscaré, la buscaré, aunque para encontrarla tenga que recorrer toda la costa y emplear lo que me queda de vida. Es indispensable, es preciso; hay un alma que me ha confiado su salvacion. Y ademas, ¿para qué quiero yo tres millones? Con tanto dinero, un hombre como yo es desgraciado.» Por último, á veces se detiene delante del retrato de aquel señor moreno que se hospedó una noche en casa, y dice, gritando, unas palabras que yo he aprendido á fuerza

de oirlas, pero que deben ser latin, porque no sé lo que significan.

—Á ver, repita usted esas palabras,—dijo María con interes.

—Dice: « ¡Parricidio! ¡Homicidio! ¡Infanticido! »

María se quedó meditabunda.

Lo que le contaba aquella buena mujer era extraño, muy extraño.

Ella habia observado tambien alguna variacion en la conducta de su hermano adoptivo, y habia participado á su esposo sus observaciones, pero este le habia dicho:

— Eso será aprehension tuya.

Lo que Francisca le contaba era mucho mas transcendental. No era aprehension; era, segun ella, algo grave; así es que despidió á Francisca, diciéndole que aquella misma tarde iria con su marido á ver al señor cura; y apénas se fué la buena mujer, corrió á buscar à su esposo y le contó lo que acababa de saber.

Miéntras los esposos, apurados y absortos con lo que le acontecia al señor cura, se devanaban los sesos pensado en lo que harian, entremos nosotros en el gabinete del padre Roque y veamos por encima de sus hombros en qué se ocupa.

Hallábase colocada una mesa junto á la ventana.

Sobre esta mesa veíase extendida una carta geográfica de España.

El sacerdote tenia un lápiz en la mano y se ha-

llaba casi echado sobre el mapa, recorriendo con la mirada las costàs cantábricas, y en particular las líneas que marcan las corrientes del rio Miño y de la ria de Pontevedra.

—Aquí debió acontecer la catástrofe, — se decia el cura, marcando con el lápiz un punto del Atlántico entre el Miño y el cabo de Finisterre, — segun la relacion del difunto. El primer pueblo que vió al tocar tierra fué San Cristóbal de Goyan; por consiguiente, el rio debió ser el Miño. Si el pescador de caña halló á la niña, lo probable es que la llevara à Goyan. Pero aquí veo indicados dos pueblos muy cercanos. La Guardia, á la orilla del mar, y Villanova de Cerveira á la orilla del rio. Ademas, en estas cercanías debe haber multitud de pueblecillos, que los señores geógrafos se dejan en el tintero, y que esta fértil tierra sustenta con el fruto de su seno. Si no está en San Cristóbal de Goyan, recorreré todos los pueblos que se hallen en tres leguas á la redonda. Con el mapa en la mano y la fe en el corazon, Dios me guiará.

Aquí se detuvo, rascóse de un modo significativo la barba, y como el hombre que tropieza con una dificultad volvió á decirse:

—¡Diantre! ¡diantre! Para registrar todos estos pueblos con escrupulosidad casa por casa, recordando el naufragio acaecido no sé cuando, se necesita mucho tiempo. Porque si al ménos supiera yo el año de la catástrofe... ¡Esto es grave, muy grave!

¡Oh! ¡Cuando yo digo que esa herencia, esos tres millones, van á causar mi desgracia!... Porque durante todo ese tiempo tendré que vivir léjos de mi casita, de mi pobre iglesia, de mi querida hermana y de mis amados feligreses. Pero, Señor, ¿por qué me habrá dejado ese hombre una fortuna de tres millones de reales, que para nada necesito, que de nada absolutamente me sirve, y que me da tantos disgustos?

Y el cura tiró el lápiz sobre el mapa y se puso á pasear.

Al segundo paseo se detuvo, extendió los brazos como si fuera á abrazar á álguien, y dijo en voz alta:

—La fe es la poderosa palanca del cristiano. ¿Por qué me desaliento? Yo encontraré á esa niña y le daré esos tres millones que para nada quiero y que le pertenecen. ¡Tres millones! ¿Qué diantre haria yo con una fortuna tan colosal? ¡.Perder la tranquilidad, el sueño y el apetito! ¡Nada! ¡nada! Mañana mismo abandono el pueblo, y luego... Dios dirá.

El cura estaba tan abstraido en su perorata y en sus reflexiones, que no observó que por la reja de la ventana le estaba observando una mujer, detras de la cual se ocultaba un hombre.

María y Diego, su esposo, pues estos eran los curiosos, sobresaltados por las noticias de la oficiosa criada, y resueltos á aclarar aquel misterio, se habian dirigido á casa del señor cura, y precisamente

al pasar por delante de la ventana oyeron que pronunciaba las alarmantes palabras de:

—¡Nada! ¡nada! Mañana mismo abandono el pueblo.

Esto era grave, y se detuvieron por ver si podian sorprender otra frase que explicara el motivo de aquella repentina fuga.

El sacerdote, sin observar el espionaje de que era objeto, se dió una palmada en la frente, como el hombre que halla lo que busca, y dijo lleno de gozo:

—Mi ausencia no será muy larga. Sí; esto es: llego á un pueblo, hablo con las autoridades, les explico el caso, se busca al pregonero, pregono la niña, y espero instalado en la casa del Ayuntamiento las noticias que el vecindario venga á darme sobre este particular. De este modo el viaje estará terminado en un par de meses. Si la encuentro, Dios sea loado. Pero ¿y si no la encuentro? Si no la encuentro...

El cura cortó su discurso, hizo un gesto como si buscara una frase, y por fin, dando una patada en el suelo, exclamó:

—Si no la encuentro, ¿qué hago entónces? ¡Oh! ¡Esos tres millones van á hacerme el hombre mas desgraciado del pueblo!

María y Diego se apartaron de la ventana y se miraron el uno al otro.

Los dos estaban inmutados, absortos, perplejos.

En aquella mirada larga, detenida, que se dirigieron podia leerse esta frase:

—¡Está loco! ¡Qué desgracia!

Por fin, el marido rompió el silencio diciendo:

—¿Qué dices de esto, María?

—¿Qué quieres que diga?

—¿Estará loco?

—Mucho lo temo.

—Es preciso tomar una resolucion.

—¿Y si se empeña en abandonar el pueblo?

—Yo no le dejaré salir. Es nuestro hermano, y nuestras súplicas le convencerán.

—Pero...

—Tenemos un derecho para ello.

—¿Y si las súplicas no alcanzan nada?

—Entónces, persuadido de que su juicio desgraciadamente no está sano, como alcalde que soy del pueblo le encerraré, dándole su casa por cárcel hasta que el médico decida lo que debe hacerse con él.

—Pero encerrarle... — repuso María, juzgando la medida algo dura.

—¿Te parece mas prudente que le dejemos vagar por el mundo en busca de una niña imaginaria? — le respondió el marido.

—Yo siempre he dicho que ese afan, ese desvelo por los muchachos que le tiene siempre ocupado ahora en su escuela, luego en los paseos, llegaria á serle perjudicial algun dia.

— Pues esta noche le hablaremos, y segun lo que resulte tomaré mis medidas.

— ¿Y por qué no entramos ahora? — dijo María.

— Porque ántes quiero que le vea el médico, para ir preparado. Vén, vamos á buscarle.

Y los dos esposos se encaminaron al pueblo.

El cura continuó dando paseos y echando medidas y cálculos sobre la carta geográfica que tenia encima de la mesa.

CAPÍTULO IV

SÍNTOMAS ALARMANTES

Aun no habia transcurrido una hora cuando el médico y los dos esposos entraron en casa del señor cura, de puntillas y con el dedo índice sobre los labios, indicando silencio.

La buena Francisca comprendió al momento de lo que se trataba, y dijo por señas que su amo estaba en su cuarto.

— ¿Podré verle sin que me vea? — preguntó el médico á la criada; pero tan bajo, que esta se puso la mano en forma de teja al rededor del oído.

— Por el ventanillo de la puerta podrá usted lograr lo que desea, — le contestó.

El médico, siempre de puntillas, fué á colocarse junto al agujero indicado, donde permaneció un momento.

De vez en cuando movia los ojos con disgusto.

Este signo de desaprobacion sobresaltaba á los

parientes que, algo apartados de *la ciencia*, esperaban con afan su fallo.

Miéntras tanto, el cura, ignorante de lo que se tramaba alrededor suyo, seguia paseándose, haciendo visajes y hablando solo, con la misma vehemencia, con el mismo calor que si fuese un loco encerrado en una casa de orates.

El buen sacerdote, preocupado con aquellos *malditos* millones, estaba muy léjos de figurarse el peligro que corria; peligro tanto mas inminente, cuanto que era el cariño desinteresado de sus amigos el que los iba agrupando en torno de él.

El médico dejó el agujero y fué á reunirse con los que le esperaban, con la cara compungida y cerrando los ojos con dolorosa actitud.

— ¿Qué es lo que tiene? — preguntó María con afan, pero muy bajo.

— ¡Esto es grave! ¡Sí, muy grave! — le respondió el doctor mordiéndose el labio inferior y haciendo un visaje desconsolador.

— ¿De véras? — exclamaron los tres personajes casi á un mismo tiempo.

— Creo que está loco, — volvió á decir el médico con una seguridad que hubiera convencido al mismo doctor Orfila.

— ¡Loco! ¡Dios mio! — repitieron los oyentes con doloroso acento.

— Sin emhargo, — repuso el médico, — para una enfermedad tan transcendental no le basta á la ciencia

mirar por un agujero; es preciso que estudie mas los diferentes síntomas que acompañan á esa terrible dolencia. Vengan ustedes conmigo.

Y el médico, para que no le oyera el paciente, se fué al corral, adonde le siguieron los amigos, ansiosos de conocer su opinion.

— Veamos, — dijo, una vez allí, con su voz gutural. — Usted, señora Francisca, que es la primera que ha dado el grito de alarma, respóndame la verdad á todo lo que voy á preguntarle.

— Señor, todo lo que usted quiera. ¡Dios mio! ¡Loco mi amo! Pregunte usted, pregunte usted. Bien sabe Dios que daria un ojo de la cara con tal de que semejante desgracia no cayera sobre nosotros.

Francisca dijo todo esto derramando cada lágrimon como un garbanzo, lágrimas que hicieron salir otras á los ojos de María.

— Vaya, esta no es ocasion de llorar, — repuso Diego. — Aquí lo que conviene es atacar el mal con mano firme y enérgica.

— Eso es, don Diego, energía. La amistad nos impone este penoso deber. Si el mal es cierto, se traerá un sillon de fuerza, y con esto, los laxantes, las sangrías y los baños de impresion, mediante Dios, devolveremos la salud á nuestro querido párroco.

El médico estaba sublime: aquellas palabras le parecieron dignas de un polvo, y sacó la caja; y á tiempo que introducia el índice y el pulgar en ella para sacar el tabaco, preguntó con gravedad:

— Diga usted, señora Francisca : por las noches ¿ está desvelado?

— ¡ Ah! ¡ Mucho, señor, mucho! Apénas duerme, y se levanta tres ó cuatro veces.

— ¡ Malo! — dijo el médico, sorbiendo el tabaco.

— Y dando paseo arriba y paseo abajo se está las horas enteras.

— ¡ Malo! malo! — repitió el médico, acabando el resto del tabaco que le quedaba en la yema de los dedos.

— Despues, con un lápiz en la mano, hace rayas y mas rayas sobre un papel ; se da fuertes palmadas en la frente, y exclama : « ¿ Para qué quiero yo tres millones? ¡ Para nada! Es una desgracia esa fortuna. »

— ¿Dice que para nada quiere tres millones? — preguntó el médico, abriendo desmesuradamente los ojos y mirando fijamente á la criada.

— Sí, señor, — respondió Francisca, casi asustada.

— ¿Y que es una desgracia esa fortuna ? — prosiguió el médico.

— Sí, señor, — dijo Francisca haciendo pucheros como si las preguntas del médico cayeran sobre su cabeza como una maldicion.

— ¡ Loco! ¡loco! ¡ loco rematado, señores! — exclamó el médico dándose una terrible palmada en el muslo, y con una conviccion que hizo estremecer á las tres personas que le oian.

Las dos mujeres echaron á llorar amargamente; en cuanto á Diego, se le vió cambiar de color y murmuró en voz baja:

— ¡ Qué desgracia!

El médico irguió la cabeza, como el general que, viendo la batalla perdida, concibe la idea de mandar una de esas evoluciones que son de vida ó muerte para un ejército, y dijo:

— No hay que apurarse. Yo voy á verle, á hablarle, y mañana si es necesario, usted, Diego, se irá á Salamanca á buscar un par de colegas, y tendremos una consulta. Espérenme ustedes; pronto vuelvo.

Y el médico se encaminó al cuarto del señor cura, y entró con la misma majestad que Julio César en el Senado de Roma.

El padre Roque se hallaba inclinado sobre la mesa con unas tijeras en la mano y estaba recortando el mapa de España.

— Buenas tardes, don Roque.

— ¡Hola, don Cipriano! ¿Usted por aquí? — le respondió el cura.

— Sí; pasaba por la puerta y me he dicho: Voy á ver al señor cura.

— Gracias, gracias, amigo mio. ¿Y cómo va la salud pública por el pueblo?

— ¡Psth! Así, así...

El cura, miéntras hablaba, seguia recortando cuidadosamente el mapa.

Al médico le pareció un síntoma alarmante que un hombre grave y económico echara á perder una carta geográfica de aquel modo; así es que le cogió el brazo, diciéndole con extrañeza:

— ¿Qué hace usted?

— Estoy cortando á España por la mitad.

Aquel chiste alarmó al médico; fijó sus ojos en los del cura de una manera escrutadora, y luego dijo con dolorosa expresion:

— ¡Señor don Roque! ¡señor don Roque! Eso no está bien hecho.

— Tiene usted razon; esto para usted es tirar un par de pesetas á la calle, que es el valor del mapa; pero cada cual se entiende: á mí, hoy por hoy, no me sirve de España mas que un trozo; por eso he metido las tijeras por la embocadura del rio Duero, las dirijo por Salamanca, las haré pasar por la provincia de Búrgos, y luego, cortando en dos las nevadas montañas de Reinosa, haré salir la punta por el golfo de Vizcaya. Todo esto, por supuesto, si usted me hace el obsequio de soltarme el brazo.

— Pero, ¿por qué quiere usted privar á España de ese trozo importante de su territorio? — preguntó con gravedad y sin soltar el brazo el médico.

— Porque, amigo mio, á mí no me sirve para nada el resto de España; así es que no tengo inconveniente en regalárselo á usted, incluso las islas Baleares; y no creo que me trate usted de ambicioso porque me quedo con la octava parte del reino y le

doy las siete restantes. Busque usted en la Historia un monarca mas desprendido que yo.

Y el sacerdote se echó á reir con la candidez de un niño que cree haber dicho una agudeza.

El médico soltó el brazo del cura y se puso grave y reflexivo, porque aquella risa le partia el corazon.

Roque acabó de cortar el mapa, y guardando en un cajon el trozo útil para su itinerario, presentó el resto al doctor, diciendo con cierta gravedad cómica :

— Señor don Cipriano, aquí le entrego á usted la parte de España que le he ofrecido. El Mediterráneo es de usted, desde el cabo de San Vicente hasta el golfo de Lyon ; yo me quedo con el Atlántico y el golfo de Vizcaya. Creo que no quedará usted descontento de mi generosidad y desprendimiento.

— Pero ¿es posible, señor don Roque? — exclamó el médico en tono de amistosa reconvencion, y juntando las manos con el ademan de un hombre admirado. — ¿ Es posible que un sacerdote que peina canas, que tantas muestras ha dado de sano juicio y moderacion, y á quien todos respetamos en el pueblo por su conducta y rectitud, se entretenga, como un chiquillo destrozon y caprichoso, en partir en dos nuestra querida España?

— Señor mio, — respondió el cura con cierta extrañeza, — yo no comprendo ni una jota de todas esas admiraciones que usted me dirige.

— Vamos á ver : sea usted cuerdo, — volvió á decir el médico. — ¿ Por qué ha estropeado ese mapa?

— Porque es grande, y para mi objeto no me sirve mas que el trozo que he guardado.

— ¿Y cuál es su objeto de usted!

— Recorrer la costa desde el rio Duero hasta el cabo de Finisterre, porque precisamente en esa costa debe encontrarse la niña.

— ¿Y qué niña es esa?

— La que naufragó, y á la cual es preciso que yo busque para devolverle los tres millones.

— Pero ¿qué tres millones?

— Los del mulato.

— ¿De qué mulato?

— Del muerto.

— ¿De qué muerto?

— De Pancho.

— ¡Don Roque! ¡don Roque! — exclamó el médico dando un salto y apoderándose de la mano del cura y tomándole el pulso.

— Pero ¿qué hace usted? — preguntó con extrañeza el sacerdote.

— Cumplir con un deber.

Y diciendo esto levantó con los dos dedos índice y pulgar el párpado izquierdo del cura, y púsose á examinar con detenimiento la córnea del ojo.

El sacerdote no oponia resistencia á los reconocimientos del médico.

Sin embargo, causándole asombro aquella pantomima, le dijo con tono jovial:

— ¿Está usted loco, señor don Cipriano?

El médico no le contestó, pero apoderándose de las tijeras se las guardó en el bolsillo.

Luego pasó revista al cuarto con una mirada, y viendo sobre una silla un martillo y varios clavos, los cogió y los guardó tambien.

Roque miraba todo esto lleno de asombro, aunque sin despegar los labios.

Dudaba del juicio del buen doctor, y le compadecia en silencio.

El médico, por su parte, creyendo al cura loco de remate, quitaba todos los objetos que podian producir una desgracia en caso de un acceso de furor.

Aquellos dos cuerdos se compadecian mutuamente; y en verdad que ambos, sin sospecharlo, y por una equivocacion, pudieran haber pasado por dementes á los ojos de un tercero.

El médico se encaminó hácia la puerta, andando de espaldas, dirigiendo una mirada triste y compasiva al sacerdote.

El padre Roque le envió á su vez otra, llena de doloroso sentimiento.

El médico salió del cuarto cerrando la puerta y quitando la llave de la cerradura.

— ¡Calla! ¡Pues me encierra! — exclamó el sacerdote. — ¿Si estará verdaderamente loco don Cipriano?

Miéntras tanto, María, Diego y Francisca salieron al encuentro del médico.

— ¿Qué hay? — preguntaron.

— ¡De remate! ¡de remate! — respondió con acento compungido el médico.

María y Francisca se echaron á llorar amargamente al oir estas palabras.

— Y bien, ¿qué hacemos? — preguntó Diego cruzánzándose de brazos.

— Mandar inmediatamente un propio á Salamanca en busca de un facultativo; necesito una consulta.

— Entónces vamos á mi casa, y allí se dispondrá todo, — volvió á decir Diego.

— Sí, vamos.

Y dirigiéndose á la criada del cura, añadió:

— Usted, señora Francisca, no abra esa puerta aunque se lo pida el amo.

— Así lo haré, señor.

Los dos esposos y el médico salieron, y la pobre criada se quedó gimoteando en la cocina.

El cura los vió pasar por delante de la reja, y se asomó gritando:

— ¡Eh! ¡Don Cipriano! ¡Señor doctor! ¡No se lleve usted la llave! ¡María! ¡Diego! ¡Pedidle la llave! El pobre hombre debe haber tenido algun disgusto, y me encierra aquí. ¡Qué lástima! ¡qué lástima! ¡Á sus años! ¡Verdaderamente es una desgracia!

El sacerdote vió con asombro que se alejaban sin hacer caso de él.

— Pues, señor, esto es muy extraño, — añadió.

— Se alejan, no hacen caso de mí, y María va llorando. Aquí pasa algo.

Y se encaminó á la puerta.

— ¡Señora Francisca! ¡señora Francisca! — comenzó á gritar, asomándose al ventanillo. — ¿Está usted sorda? ¡Abra usted!

La vieja criada miró con espanto hácia el sitio por donde se veia el rostro de Roque, y exhaló un suspiro.

— ¡Señora Francisca! — volvió á gritar el cura, con toda la fuerza de sus pulmones. — ¿Por qué no abre usted la puerta? ¿No me oye usted?

— ¡Ay! ¡Sí, señor, que le oigo! — respondió la criada haciendo pucheros.

— Pues si me oye usted, obedézcame.

— ¡Ay, pobre amo mio! ¡No puedo abrir!

— ¿Cómo que no puede usted abrir? ¿Y por qué?

— Porque me lo han prohibido.

— ¿Quién, señora?

— Don Cipriano, el médico.

— ¡Bah! ¡No haga usted caso de un pobre loco, y abra pronto!

— Usted lo ha dicho.

— ¿Qué he dicho yo?

— Que no haga caso de un loco.

— Sí, señora, y lo repito.

— Pues por eso mismo no abro.

— ¿Que no abre usted?

— ¡No puedo, no debo, señor!

Y la vieja rompió á llorar con estrépito, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¡ Señora Francisca, — exclamó el sacerdote, verdaderamente indignado, — esa broma á sus años me parece de muy mal género !

— ¡ Ay ! ¡ No es broma ! ¡ Crea usted que se me parte el corazon oyéndole !

— ¡ Y á mí se me acaba la paciencia de sufrirla á usted ! Conque terminemos.

— ¡ No puedo, señor, no puedo !

Y la criada, aturdida oyendo los golpes que el irritado sacerdote descargaba sobre la puerta, comenzó á gritar con lastimero tono :

— ¡ Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia !

CAPITULO V

EN DONDE EL MÉDICO PIERDE LA BRÚJULA

La noticia alarmante, inesperada, casi inverosímil, de que el cura se habia vuelto loco, corrió de boca en boca por todo el lugar.

Mandóse un propio á Salamanca en busca de un médico, porque el caso era grave, y un caso grave reclama una consulta formal.

Como es de suponer, los curiosos menudearon por los alrededores de la casa del paciente, porque un loco es casi siempre un objeto curioso, pues detras de la locura se oculta un drama, una historia, que todo el mundo desea saber.

Ademas, un demente suele hacer gestos, movimientos ridículos, y esto es algo.

De vez en cuando suelta frases incoherentes que entretienen, y por último se rie y hace reir á los necios, que sin comprender que el horrible infierno que arde en su cabeza, que los terribles dolores que destrozan su corazon, son dignos de làstima hasta

el punto de merecer que se llore por el mal que á ellos les produce risa.

Porque la demencia es la enfermedad mas cruel con que Dios ha castigado á la criatura.

Un loco es un niño con la energía de un hombre; un enfermo con la salud inmejorable; un sér, en fin, sensible é insensible á la vez, que recibe una herida material, un golpe violento, una contusion dolorosa, sin pestañear, sin quejarse, con la sonrisa en los labios; y que sin embargo, el eco de una voz, el recuerdo de un nombre, la impresion de una mirada, le hacen temblar, estremecerse y lanzar alaridos de rabia y de dolor.

Pero dejando á un lado enojosas reflexiones sobre la enajenacion mental, pasemos á decir llana y sencillamente que la noticia de que el cura se habia vuelto loco cundió por el pueblo, y que Francisca, por la primera vez de su vida, se atrevió á desobedecer las órdenes de su amo.

El sacerdote, miéntras tanto, encerrado en su habitacion, como un hombre peligroso, se condolia con toda el alma de su criada, creyéndola á su vez demente, pues sólo habiendo sido atacada de una enfermedad tan terrible podia explicarse su proceder.

Así es que, viendo que ni sus mandatos ni sus súplicas convencian á su criada, y que la puerta permanecia cerrada, acabó por encogerse de hombros, esperando que la casualidad le proporcionara el medio de salir de su encierro.

Transcurrió una hora y luego otra.

La situacion iba poniéndose grave, y la paciencia del sacerdote se agotaba; así es que volvió á insistir llamando á la pobre Francisca con toda la fuerza de sus pulmones, pero Francisca se hizo la desentendida y el cura acabó por reirse.

Llegó la noche, rechinó la llave en la cerradura, abrióse la puerta, y el doctor, con un farol en la mano, entró en el cuarto del cuerdo loco.

— ¡Ah! ¡Por fin! — exclamó el sacerdote, como si viera terminado su cautiverio con la aparicion del doctor.

— Buenas noches, — dijo este, cerrando la puerta y guardándose la llave en el bolsillo.

— ¡Vamos! — dijo el cura para sí. — Está visto que la locura reinante en el pueblo es cerrar las puertas.

El facultativo levantó el farol á la altura de la frente del sacerdote, y á sus débiles reflejos estuvo observando sin despegar los labios la fisonomía del que él juzgaba enfermo.

Luego dejó la luz sobre una mesa, cerró la ventana y se apoderó de la mano del cura, sin duda para tomarle el pulso.

Toda aquella mímica tenia absorto al pobre viejo, que siguió con espantados ojos y nerviosos movimientos los ademanes del médico.

Cada visaje del sacerdote arrancaba un frunci-miento de cejas al médico.

Esta pantomima duró algunos minutos.

Por fin, Roque se cruzó de brazos y, colocándose delante del médico, le dijo :

— Mi querido y apreciable señor don Cipriano : ¿ tendrá usted inconveniente en decirme qué observa en mi fisonomía que le arranca esos visajes ? Porque no comprendo, por mas que me devano los sesos en descifrar lo que me sucede, ni entiendo una palabra, y esto me desconcierta, me vuelve loco.

— Esa es la desgracia, señor don Roque, — contestó el médico exhalando un suspiro.

— Sí, señor ; pero es una desgracia que no me explico ; y yo le daria á usted las gracias si me hiciera la gracia de explicármela.

Este juego de palabras estuvo á punto de hacer llorar al médico, y conteniendo su emocion, dijo con voz grave y sentida :

— La mayor desgracia es eso.

— Pero ¿ qué es eso ?

— Que usted no comprenda su desgracia.

El sacerdote miró fijamente al médico, y despues de hacer una ligera pausa, colocó una de sus manos sobre el hombro del doctor, diciendo :

— Amigo mio, mucho me temo que á uno de nosotros se nos haya trastornado el juicio.

— Soy del mismo parecer. Pero no debe usted perder la confianza ; la ciencia ha hecho grandes adelantos, y con su auxilio y el de Dios saldremos bien de este asunto desagradable.

— ¡Ah, vamos! — exclamó el sacerdote, como si hubiera dado con la clave del misterio. — ¿Conque soy yo el loco?

El médico, por única respuesta exhaló un segundo suspiro, pero mas extenso que el primero, y agitó várias veces la cabeza, como afirmando las palabras del virtuoso sacerdote.

— Lo siento con toda el alma, — añadió el cura, imitando todo lo posible la dolorosa actitud del médico. — La locura ha sido siempre la enfermedad que mas lástima me ha inspirado; pero puedo asegurar á usted, mi querido don Cipriano, que si soy loco, soy un loco pacífico á quien es inútil guardar bajo llave.

— Sin embargo... — murmuró el doctor.

— No hay miedo de que los excesos produzcan daño á un tercero. Bajo mi responsabilidad, puede usted dar las órdenes necesarias para que cese mi clausura, pues tengo precision de hablar con mis hermanos María y Diego esta noche, de un asunto de la mayor importancia.

El tono sosegado y á la par humorístico que el cura empleara para decir las anteriores palabras, comenzó á desorientar al facultativo. Así es que apénas pudo articular estas palabras:

— Dice el refran que hombre prevenido ...

— Sí, sí, sé lo demas; pero en esta ocasion ese refran es una necedad, porque mi cabeza está tan sana y mi juicio tan sólido, que toda precaucion es inútil: por lo tanto le ruego que mande levantar el

arresto; y si esto le parece una imprudencia, voy á suplicarle que me haga el favor de decirles á Maria y Diego que manana abandono el pueblo por unos dias, y tengo ántes que hablarles de un asunto importante.

— Haré lo que usted me encarga, — respondió el médico que comenzaba á temer que se hubiese engañado al creerle loco.

— Al mismo tiempo, puesto que se me prohibe la salida, ruego á usted diga á la señora Francisca que éntre el velon de pantalla grande y un brasero, porque es insufrible el frio que aqui hace.

Habia tal naturalidad en las palabras del sacerdote, su voz era tan tranquila, que el médico, casi avergonzado de haberle creido loco, salió de la habitacion sin acordarse de cerrar la puerta.

Roque de Lara se sonrió con su acostumbrada bondad, diciendo al mismo tiempo en voz baja :

— ¡ Vamos ! El bueno de don Cipriano, á fuerza de quererme, viéndome distraido, preocupado, se ha dicho : « Esto no es natural. » Y buscando la causa me ha creido loco. ¡ Pobre médico ! ¡ Ya se ve ! Me quiere como á un hermano.

Y luégo, encogiéndose de hombros, continuó con acento triste :

— Con tal que sea este el último disgusto que me den los tres millones... Pero tengo yo para mi que he de pasar todavia muy malos ratos ántes de que ese dinero esté en poder de la niña.

En aquel momento Francisca entró el velon, y Antonio el brasero.

El sacerdote se paseaba y creyó conveniente no dirigirles la palabra, para evitarles la vergüenza que su conducta pudiera causarles.

Poco despues la risueña cabeza de María asomó por la puerta, y detras la de su esposo Diego.

— Entrad, entrad, — les dijo el sacerdote sonriendo con dulzura. — El loco está en un momento lúcido; no temáis que os maltrate, porque es pacífico, y sobre todo con vosotros, hermanos mios.

— ¿Conque es decir que tu locura, segun ha dicho el doctor... — murmuró María.

— Es una locura que no hace daño á nadie, — respondió el sacerdote.

Y diciendo esto, cerró la puerta por dentro.

— ¡ Ya decia yo que esa enajenaciou repentina... — articuló Diego.

— Es que Francisca nos ha alarmado á todos, — repuso María.

El cura dirigió una mirada tranquila á los esposos, y respondió :

— No le ha faltado razon; porque hace algunos dias que, por una causa que vais á saber, hablo solo, me levanto durante la noche, y cometo mil tonterías capaces de infundir sospechas á todos los que me rodean, sobre el estado de mi cerebro. Pero sentaos y escuchadme con atencion, pues lo que voy á deciros es mas grave de lo que parece.

Los esposos es sentaron al rededor del brasero, como les habia indicado Roque.

En sus rostros se veian impresas las muestras del mas vivo interes.

Roque de Lara abrió un cajon de su mesa, sacó de él los papeles que le habia entregado en Ledesma Pancho el mulato, y despues habló como se verá en el siguiente capitulo.

CAPITULO VI

DE HERÓDES Á PILÁTOS

— Diego, María, vosotros sois mis hermanos, si no por la sangre, por el corazon. Habéis hecho que vuestros hijos me quieran y respeten como á un padre : yo veo en ellos la familia que rodeará de cuidados mi vejez, como nosotros cuidábamos al inolvidable padre Juan, que en santa gloria se halle. Oidme, pues, y luego aconsejadme.

El sacerdote se detuvo, cogió con gravedad el testamento de Pancho el mulato, y alargándoselo á Diego, volvió á decir :

— Lee, hermano mio. en alta voz, para que María se entere de este documento.

Diego leyó el testamento, por el que Pancho el mulato declaraba heredero de sus bienes á don Roque de Lara, cura del Carrascal del Obispo.

— ¡ Tres millones ! — exclamó María con asombro. — ¡ Eso es una fortuna colosal !

— Sí, es una fortuna inmensa, — dijo á su vez Diego, demostrando una algería que en vano procuraba dominar.

— Efectivamente, — repuso el sacerdote; — ciento cincuenta mil duros es mucho dinero, demasiado dinero para un pobre sacerdote que nada necesita mas que el cariño de sus feligreses, la paz de su espíritu y la clemencia de Diós.

Y cogiendo el paquete de los billetes, se lo entregó á Diego, diciendo :

— Aquí tienes la mitad de mi herencia en billetes del Banco de San Fernando de Madrid ; el resto se halla en aquella capital, en dos casas, como indican estas escrituras de pertenencia. Ya veis que la donacion está en regla ; nadie puede oponer el mas pequeño obstáculo, la mas remota duda.

— Sí, sí, — dijo Diego, absorto y examinando los papeles ; — todo está en regla, todo corriente, y con los requisitos que manda la ley.

Y luego, mirando á su mujer, continuó :

— Pero ¡ esto parece un cuento de *Las Mil y una noches !*

El sacerdote nada respondió, y puso en las manos de Diego otros papeles.

Eran las cartas del mulato.

Una de ellas, como recordará el lector, era la que le suplicaba que acudiera á recibir su confesion ; la otra, la que le encargaba que le enterrara modestamente en el cementerio de su pueblo, colo-

cando sobre la tierra que debia cubrir su cuerpo una lápida sencilla que dijera:

AQUÍ YACE FRANCISCO EL MULATO.

ROGAD Á DIOS POR SU ALMA.

— Pero ¿ quién es ese hombre sin familia, — preguntó María, — que así instituye heredero á un desconocido? ¿Qué historia es la suya? ¿De dónde venia? Porque te juro, hermano mio, que todo lo que nos cuentas y vemos, es capaz de trastornar el juicio de una pobre mujer como yo.

— En cuanto á la historia de ese muerto, — respondió el cura, — quedará por siempre oculta bajo el misterioso é impenetrable manto de la confesion; jamas asomará á mis labios; conmigo bajará á la tumba. Sólo puedo deciros que esos tres millones me obligan á abandonar mañana mismo este pueblo, pues mi deber de sacerdote así me lo aconseja. Ante los hombres, la fortuna que me ha legado, es mia, pero ante Dios corresponde á otro sér, tal vez muy desgraciado. Debo, pues, buscar á esa criatura abandonada y entregarle ese dinero, que me roba el sueño, que turba mi tranquilidad.

— ¿ Conque es decir que piensas abandonarnos? — preguntaron á la vez con sobresalto los esposos.

— Ese es mi deber, — contestó el cura con calma. — El muerto necesita el perdon de los vi-

vos : yo debo alcanzar ese perdon devolviendo ese dinero á su primitivo y legítimo dueño.

— Pero ese viaje, en lo mas crudo del invierno, es una locura, — objetó María. — Tú no eres ya el jóven fuerte y robusto que podia arrostrarlo todo sin peligro; los años no pasan en vano.

— La fe fortalece, y Dios guia á la criatura cuando la ve marchar hácia el bien, — dijo el sacerdote. — Sé el punto adonde me dirijo; ignoro el lugar adonde me conducirán las circunstancias; pero no importa : buscaré á la infeliz niña, y cuando la encuentre regresaré con el alma tranquila y el corazon alegre, porque habré llevado á término feliz una mision sagrada. Inútil es que os opongáis; tengo mi plan formado, y no cederé : mis deberes de sacerdote y de cristiano me imponen esa honrosa peregrinacion, y espero que Dios se apiadará del alma del culpable, que llama á la puerta de su eterna justicia implorando su gracia.

— Tú eres bueno y justo, hermano mio, — dijo á su vez Diego; — no intento descubrir las razones que te obligan á abandonarnos; pero en nombre de nuestra amistad te suplico que prolongues tu partida algunos dias, los suficientes para que escribamos á Madrid y venga de la corte mi hijo Juan Antonio, para que te acompañe en tu expedicion.

— Sí, sí, que te acompañe Juan, — exclamó María, — y nosotros quedaremos mas tranquilos.

— Juan Antonio no puede dejar sus estudios,

sobre todo este año, que es el mas importante para su carrera, — dijo el sacerdote. — Nada temáis. ¿Quién puede ofender á un pobre sacerdote?

— Pues si no quieres que te acompañe el chico, — volvió á decir Diego, — te acompannaré yo.

— Tú tienes obligaciones imprescindibles en el pueblo; ademas, mi viaje será corto ó largo; eso depende, como os he dicho, de las circunstancias; yo mismo lo ignoro. Durante mi ausencia, mis feligreses tendrán que resignarse á ir al pueblo inmediato los dias festivos á cumplir con Dios, y yo por mi parte me entretendré lo ménos posible. Ahora, querido Diego, recoge estos billetes y estos papeles: te nombro depositario de ese capital; guárdalo hasta el dia que el Señor sea servido de disponer de él, conduciéndome ante la puerta de la pobre niña abandonada.

Diego y María eran honrados, conocian perfectamente la rectitud del sacerdote, y aunque afligidos por la repentina noticia, guardaron silencio, conociendo que serian inútiles todas las súplicas que emplearan para detenerle en el pueblo.

La caridad impulsaba al noble sacerdote á abandonar las comodidades de su casa; su generoso corazon rechazaba la inmensa fortuna que tan inesperadamente habia llamado á sus puertas.

Detener su paso, poner obstáculos ante el glorioso camino que iba á emprendar, hubiera sido mirado con malos ojos por aquel siervo de Dios, practicador

de las palabras de Jesus; por aquella alma sencilla y recta; por aquel santo varon, comentario vivo de la nueva ley del Mártir del Gólgota.

Dispúsose el viaje, y al dia siguiente el pueblo en masa acompañó á su virtuoso párroco hasta la carretera que conduce á Salamanca.

Los sencillos montañeses le vieron perderse entre las revueltas del camino, con los ojos llenos de lágrimas y el corazon oprimido.

Aquella noche, ni uno solo dejó de elevar sus oraciones al Todopoderoso por el feliz regreso de su bondadoso párroco.

Diego escribió á su hijo Juan Antonio, estudiante en Madrid, participándole la novedad que habia afligido á todo el pueblo.

. . . .

. . . .

En cuanto á Roque de Lara, llegó á Salamanca, despues se trasladó á Orense, y desde allí pasó sin perder tiempo á Tuy, en donde, buscando un guia práctico, comenzó sus pesquisas, recorriendo las hermosas riberas del rio Miño.

Llegó à San Cristóbal de Goyan, pueblo indicado en la narracion del difunto mulato, y parecióle prudente comenzar sus averiguaciones dirigiéndose á casa del cura párroco.

Pero ¡ ay ! el párroco era un jóveu de veintiocho años, y sólo hacía algunos meses que desempeñaba tan honroso ministerio en aquel pueblo.

Este fué el primer contratiempo; pero no desmayó, porque la fe, esa antorcha rica y poderosa que vivifica y fortalece sin cesar el alma del cristiano, residia en su corazon.

Como ignoraba el punto fijo, la época de la catástrofe y el nombre del pescador que segun todas las probabilidades debió recoger á la niña, no era muy fácil descubrir el paradero de Ángela.

Por fin, despues de várias indagaciones, pudo averiguar que en las costas inmediatas, por el tiempo que él decia, no recordaban que hubiese ocurrido ningun naufragio mas que el de un buque inglés, procedente de América, cuya tripulacion se habia salvado, y entre la cual no vieron á ninguna niña.

De conjetura en conjetura, de averiguacion en averiguacion, con un celo incansable, supo por un anciano posadero, que efectivamente hacia unos doce años que un organista del pueblo, aficionado á pescar, recogió á una niña; pero que dicho sujeto faltaba hacia mucho tiempo del pueblo, ignorando su paradero.

De Goyan pasó á Vilanova de Cerveira, al otro lado del rio.

En este pueblo no fué mas afortunado que en los anteriores.

Con el mismo fruto recorrió todos los del contorno, en ocho leguas á la redonda, publicando en algunos de ellos, por el pregonero, el nombre y algunos detalles de la niña que le eran conocidos.

Veinte dias despues regresaba á su pueblo, triste y sin esperanza de hallar á la infortunada víctima de Pancho el mulato.

Le quedaba un medio: recurrir á la prensa.

Entónces pensó en Madrid.

Además, su presencia en la corte era indispensable, pues todavía no se habia incautado del resto de la herencia, y era preciso tenerlo todo corriente por si parecia Ángela.

Ante esta idea, se decidió á hacer un viaje á la capital de España, y dió principio á los preparativos, comunicando su proyecto á María y á su esposo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

LIBRO I.

UN RAYO DE LUZ.

LIBRO II.

BAJO EL SOL DE LOS TRÓPICOS.

LIBRO III.

LA PROVIDENCIA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD.

LIBRO IV.

CIENTO CINCUENTA MIL DUROS

Paris. — Tip. de GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères (Cl.) 110.9.89.

